

¿La calle es mía?

Poder, miedo y estrategias de empoderamiento de mujeres jóvenes en un espacio público hostil



**Maria Rodó-de-Zárate
Jordi Estivill i Castany**

Junio de 2016



Becas de trabajos de investigación en materia de igualdad de mujeres y hombres 2015

*“El miedo de la mujer a la violencia del hombre es
el espejo del miedo del hombre a la mujer sin miedo.”*

Eduardo Galeano

Queremos agradecer a todas las personas jóvenes que se han prestado a participar en este proyecto, especialmente a las integrantes de *Liletak* de Hernani y de *Iretargi* y del *Makala II Gaztetxea* de Barakaldo. Sin vosotras esto no habría sido posible. *Segi aurrera!*

También agradecemos su interés, su tiempo y la ayuda que nos ha prestado *Arremanitz*, en especial Ibon (*Gora Harremonak!*), así como a los directores, jefes de estudios y tutoras del Instituto BHI de Hernani y de la escuela San Prudencio y del instituto Koldo Mitxelena de Vitoria-Gasteiz. Gracias también a Jokin, Alixe y Xabier que nos guiaron con sus comentarios en los complicados inicios. Un reconocimiento especial y nuestro cariño también para Nerea Eizagirre Telleria por su ayuda imprescindible. Y por último nuestro agradecimiento a Emakunde, Instituto Vasco de la Mujer por el apoyo brindado en estos tiempos difíciles e inciertos, donde las oportunidades para las personas jóvenes que investigan brillan por su escasez.

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	5
2. MARCO TEÓRICO	10
2.1 Estudios sobre Juventud.....	10
2.2 Juventud, género y espacio público.....	13
2.3 El miedo: diferentes perspectivas	17
2.4 La perspectiva interseccional.....	19
2.5 El estudio de las masculinidades	21
2.6 Metodologías participativas	23
3. METODOLOGÍA.....	25
3.1 Introducción: Un acercamiento feminista, participativo e innovador.....	25
3.2 La Investigación Acción Participativa.....	26
3.3 Los <i>Relief Maps</i>	27
3.4 Fases del proyecto y metodologías	32
4. ANÁLISIS DE LOS RESULTADOS.....	42
4.1 Los relieves del miedo: una cuestión de género.....	42
4.2 Elementos distintivos de la configuración del miedo en el contexto vasco.....	48
4.3 'Aquí no pasa' y otras trampas de la invisibilización	54
4.4 Desentrañando el miedo	58
4.4.1 El miedo tiene género	58
4.4.2 El miedo situado: cuándo, dónde, cómo y de quién.....	60
4.4.3 ¿Y ellos? ¿Tienen miedo?	67
4.4.4 Intersecciones entre edad y género: transiciones en la adolescencia	69
4.5 La discusión sobre las fuentes del miedo y sus implicaciones	71
4.6 El acoso en el ocio nocturno: la cotidianidad de la violencia	77
4.7 Las otras experiencias de género y edad: el bienestar del grupo de iguales	86
4.8 Masculinidades: continuidades y brechas en la perpetuación del miedo	89
4.8.1 La territorialización del espacio	91
4.8.2 La cultura de la violencia	92
4.8.3 La empatía como potencial transformador: oportunidades y límites	95
4.9 Conciencia feminista: efectos sobre la percepción y la respuesta al miedo	100
4.9.1 La misma encarnación del miedo, pero unos discursos alejados	101
4.9.2 Similitudes en las reacciones individuales, diferencias en las colectivas ..	103
5. CONCLUSIONES.....	109
6. RECOMENDACIONES	115
7. BIBLIOGRAFÍA	118

1. INTRODUCCIÓN

Este documento es la memoria del proyecto *¿La calle es mía? Poder, miedo y estrategias de empoderamiento de mujeres jóvenes en un espacio público hostil*. Esta investigación se desarrolló durante los últimos meses de 2015 y la primera mitad de 2016, gracias a una de las becas para trabajos de investigación en materia de igualdad de mujeres y hombres de Emakunde – Instituto Vasco de la Mujer. A parte de los objetivos específicos de este trabajo, que se detallan a continuación, la intención de este proyecto, igual que el del organismo que lo financia, es contribuir positivamente a la superación de las desigualdades entre mujeres y hombres. Y en el tema concreto que nos ocupa, construir esa igualdad no empezó ni termina con este trabajo. Las personas y grupos implicados durante el proceso, investigadoras¹, facilitadoras, agentes clave, participantes, etc. ya habían puesto antes su foco e interés en esta temática. Pero especialmente queremos destacar que las vías de trabajo que abre en distintas dimensiones y el hecho de que algunas se están desarrollando ya no cierran esta dinámica de investigación y trabajo con la redacción de este documento.

El uso y la experiencia del espacio público por parte de la gente joven están fuertemente condicionados por el género. El objetivo de este proyecto es ver cómo esta intersección entre la edad y el género provoca una serie de prácticas y de comportamientos determinados que repercuten en la manera cómo la juventud vive las ciudades y sus espacios. En base a distintas técnicas cualitativas, con especial énfasis en los innovadores *Relief Maps* y aproximaciones participativas, y partiendo de la controvertida relación que vive la juventud con el espacio público, el análisis se centra en la relevancia que tiene la visibilidad del cuerpo sexuado en la calle y la forma cómo el patriarcado condiciona tanto las prácticas como la experiencia de estos espacios. Centrándonos en el miedo en las calles, se analiza cómo el género, pero también la edad, condicionan el acceso y la movilidad en el espacio público urbano. El objetivo es ver también cuáles son las diferentes percepciones diferenciales entre mujeres y hombres y entre personas que disponen de una conciencia feminista y las que no.

En los últimos años se ha avanzado y ha habido distintas iniciativas para tratar de desarrollar una planificación urbanística sensible a las cuestiones de género, o que cuanto menos tratara de minimizar los espacios peligrosos o que facilitaban

¹ Para utilizar un lenguaje no sexista durante todo el texto se ha intentado optar por términos colectivos (juventud, personas, etc.) o se ha usado el femenino plural como genérico. Para referirnos solo a ellas o a ellos, se especifica concretamente en el texto.

situaciones de riesgo y agresiones. Todas estas iniciativas actúan directamente en el terreno práctico y físico, como los mapas del miedo, de los puntos negros o de la ciudad prohibida, para terminar dando respuestas de mejora urbanística como por ejemplo poner mejor iluminación². Sin quitar relevancia a esta mirada a la ciudad, la sensación es que no se sabe sobre la forma cómo se configura y qué implicaciones tiene, el miedo que sienten las mujeres en el espacio público y aún menos sobre las actitudes que llevan a cabo los hombres y sus percepciones. Nuestra perspectiva sobre el miedo en el espacio público no se basa tanto en ver los condicionantes urbanísticos o arquitectónicos que pueden condicionar el miedo sino en adentrarnos en las causas de este miedo, el funcionamiento y las consecuencias que el miedo tiene para el acceso de las mujeres a la ciudad. Queremos ver de una forma crítica cómo se configura el miedo, a qué obedece y qué implicaciones generales tiene para la perpetuación de la violencia contra las mujeres.

En el contexto vasco, pero también fuera, se suceden las noticias, artículos y estudios que alertan de la presencia (o continuidad) de valores patriarcales entre los adolescentes y jóvenes. Asistimos al surgimiento de nuevos mecanismos de control y roles de poder en las relaciones sexo-afectivas entre personas de esas edades, a través de las nuevas tecnologías y las redes sociales. Pero cuando se aborda el tema de la violencia de género en general, rara vez se centra en una mirada hacia la juventud, cuando esta hostilidad y dominación es sufrida de forma más acusada por las mujeres jóvenes³. Así pues, resulta cuanto menos preocupante darse cuenta que el anhelado cambio de valores que erradique la lacra de la violencia machista no llega con la siguiente generación y que las actitudes de dominación, precedentes y antecedentes a posibles situaciones de violencia perviven entre las personas jóvenes de nuestra sociedad.

Se ha observado además un creciente interés por poner encima de la mesa la cuestión del derecho al espacio público, a la libertad de movimientos y el goce sin limitaciones y con seguridad de este por parte de las mujeres. Tanto desde un nivel

² Desde que en 1996 la plataforma política de mujeres Plazandreok publicara el Mapa de la Ciudad Prohibida de Donosti, han sido muchos los municipios vascos que han seguido esta iniciativa como herramienta para asegurar la participación de las mujeres en el análisis crítico del urbanismo. Es importante la trayectoria de Hiria Kolektiboa realizando estos mapas con dinámicas participativas en distintos municipios. También cabe destacar las distintas ediciones que ya ha tenido en el caso de Bilbao, impulsado por el Consejo de las Mujeres de Bilbao por la Igualdad.

³ En el ámbito de la violencia machista, por ejemplo vemos como según el informe *Análisis e interpretación de datos estadísticos sobre violencia contra las mujeres en la CAPV* de 2014 publicado por Emakunde, durante ese año, las mujeres de entre 18 y 30 años representaban el 11,6% de la población femenina, pero representaron el 25,4% de las víctimas de violencia por parte de su pareja o expareja. Si nos fijamos en concreto en las agresiones contra la libertad sexual, vemos que directamente casi todas las víctimas fueron mujeres menores de 30 años.

más institucional⁴, como especialmente desde el movimiento asociativo y feminista. Cabe señalar la sucesión de marchas feministas con el lema “El miedo va a cambiar de bando” o similares en el contexto de las fiestas de diversas ciudades vascas durante 2014 y 2015. La marcha nocturna organizada en el marco de los San Fermín de 2014 en Pamplona con el objetivo de denunciar las agresiones sexistas es un ejemplo de ello⁵. Estas ocupaciones simbólicas del espacio público, con una estética y contenido rompedora y provocadora, para señalar el hartazgo por los acosos y agresiones continuadas sufridas, provocaron un importante debate social.

De una forma u otra, para contribuir desde la investigación a la transformación efectiva en esta cuestión es imprescindible conocer las vivencias y desentrañar las coordenadas del miedo de las mujeres. En este proyecto el espacio público, el género, la juventud, la interseccionalidad y el activismo se han puesto en diálogo generando potencialidades innovadoras y de transformación en el contexto vasco.

El trabajo específico con hombres jóvenes es poco habitual en investigaciones específicas sobre esta temática y en general en investigaciones feminista. Sin embargo, igual que para entender la femineidad hegemónica es necesario conocer la masculinidad hegemónica, para conocer la experiencia diferencial del espacio público de las mujeres creemos que es relevante conocer también la perspectiva y posición masculina. No solo eso, sino que para contribuir efectivamente al cambio es importante estudiar las percepciones y auto-percepciones de los hombres jóvenes sobre esta problemática, cuáles son las continuidades pero también cuáles son las rupturas y los avances que se están produciendo y que permiten vislumbrar acciones para el cambio. La introducción de la variable de las personas activas en colectivos que asumen el ideario de la igualdad y del feminismo y a las que por tanto se presupone una conciencia crítica en las cuestiones de género, también va en esa dirección. El dinamismo del movimiento feminista en los últimos tiempos y especialmente la incorporación de mujeres jóvenes, abre la pregunta de si disponer de unos valores y una formación en este ámbito cambia la percepción del miedo y las técnicas o estrategias para hacerle frente. Y en el caso de los hombres ver si esos discursos críticos con la masculinidad hegemónica producen cambios en sus prácticas y posibilidades de cambio a través de su impulso.

4 En el V Plan para la Igualdad de mujeres y hombres en la CAE se señala que “es necesario aumentar la seguridad de las mujeres, tanto en lo que se refiere al diseño urbano, eliminando los lugares o espacios físicos que por su diseño o por su falta de iluminación o aislamiento suponen un peligro real o infunden una sensación de inseguridad, como en lo que se refiere a la implantación de procedimientos o protocolos de prevención”

5 Ver artículo sobre este caso: <http://www.pikaramagazine.com/2015/07/el-miedo-va-a-cambiar-de-bando/>

Fijado el interés de investigación que se proponía en este proyecto y conocido en cierta medida el contexto previo, los **objetivos** específicos se concretan de la siguiente forma:

- Conocer la vivencia del espacio público de las mujeres jóvenes en Euskadi en relación a su percepción del miedo a sufrir agresiones y al uso libre y no condicionado.
- Analizar los roles y comportamientos de los hombres jóvenes en el espacio público que tienden a generar situaciones de desigualdad, miedo y dominación patriarcal y descifrar su percepción sobre tales situaciones.
- Observar las estrategias de las mujeres jóvenes para disminuir el miedo y el riesgo a sufrir agresiones, centrándolo en sus formas de empoderamiento y la influencia del feminismo en estos procesos.
- Determinar las continuidades y las rupturas individuales y grupales en estos procesos, en función de la disposición o no de una conciencia crítica con el modelo androcéntrico entre las personas jóvenes y grupos de jóvenes.

Fruto de estos objetivos y teniendo en cuenta las variables y las características de los grupos incluidos, el estudio se basa en dos **hipótesis** principales. La primera cuenta con dos hipótesis subsidiarias y la segunda hipótesis principal cuenta con tres de ellas.

1. El acceso y el uso del espacio público de las personas jóvenes se encuentra fuertemente condicionado por su posición en el sistema sexo-género.

1.1 Las mujeres jóvenes perciben el espacio público como un espacio de poco confort y por tanto de potencial inseguridad y miedo.

1.2 Los hombres jóvenes desarrollan actitudes de preponderancia, dominación frente a las mujeres jóvenes y territorializan el espacio público a través de su ocupación.

2. Las mujeres y hombres jóvenes están construyendo estrategias y comportamientos que contribuyen a cambiar o superar las situaciones de poder, desigualdad e inseguridad en el espacio público por cuestión de sexo-género.

2.1 Las mujeres jóvenes sin conciencia crítica feminista desarrollan estrategias de supervivencia en un entorno hostil a base de limitar o condicionar su tránsito y uso del espacio público (zonas y horarios de no paso, tránsito en grupo, etc.)

2.2 Las mujeres jóvenes con conciencia crítica feminista desarrollan estrategias de empoderamiento y confrontación individual y colectiva a la realidad desigual y patriarcal del espacio público.

2.3 Los hombres jóvenes con una conciencia crítica sobre la masculinidad y el poder desarrollan comportamientos de mitigación o facilitación de las posibles percepciones de miedo e inseguridad de las mujeres con las que coinciden en el espacio público.

Para abordar estos objetivos e hipótesis, el presente documento se divide en distintas partes o secciones de forma ordenada. En primer lugar en el marco teórico se desarrollan las perspectivas científicas de las que parte nuestra mirada y las aportaciones académicas existentes en los temas tratados. En segundo lugar se aborda la descripción de la metodología cualitativa que se ha utilizado en el trabajo de campo. Y en tercer lugar, el bloque dedicado al análisis de los resultados refleja de forma pormenorizada todo el conocimiento obtenido a través de la observación detallada de los frutos del trabajo de campo, en diálogo con la literatura previa y de forma reflexiva y creativa. Siguen unas breves conclusiones a modo de resumen final y cierre, con una serie de recomendaciones abiertas. Cierra el documento la correspondiente bibliografía y los anexos.

Esperemos pues, que todo este trabajo plasmado en los contenidos se convierta en una aportación positiva y que sea cuanto menos un granito de arena para construir esta sociedad igualitaria que anhelamos. Por último nos parece interesante reproducir aquí las reveladoras palabras de la escritora vasca Mariasun Landa, que Teresa del Valle recogió en 1997 en su imprescindible libro *Andamios para una nueva ciudad*:

“Creo que me cuesta ser consciente de los espacios que me niego. Lo tengo tan asimilado –por ejemplo, pasear por la playa de noche sola- que me resulta difícil mencionarlos aquí. [...] Las mujeres deberíamos tener la libertad de movimientos que los hombres secularmente han tenido, la libertad de moverse y perderse por las calles me refiero. Me parece que en muchos casos, esta limitación está incrustada en nuestro “estar en la vida”. Una especie de miedo atávico transmitido de abuelas a madres e hijas, algo que en mi fuero interno, lo denomino como “el síndrome Caperucita Roja”. Creo que para una mujer cobarde, como yo, esta limitación ha sido frustrante y dolorosa.”

2. MARCO TEÓRICO

La literatura sobre juventud y espacio público muestra cómo esta relación es compleja y controvertida. La calle es un espacio donde la gente joven encuentra libertad y es un lugar de gran relevancia en un momento de construcción de la identidad y de necesidad de encontrar espacios fuera de la mirada adulta (Gough y Franch, 2005). Pero a pesar de esto, el espacio público está adultificado, está construido por y para las personas adultas y está producido como un espacio adulto. Dada esta hegemonía espacial (Valentine, 1996), la gente joven está excluida de un espacio que se entiende como cívico y supervisado por la presencia de las personas adultas, que lo definen y controlan (Collins y Kearns 2001; Driskell, Fox y Kudva 2008; Chiu 2009). A pesar de ello, la juventud no es un grupo homogéneo y un análisis interseccional muestra la diversidad en la forma cómo se vive el espacio público. Las geógrafas feministas han apuntado que 'el espacio de la ciudad se ha generizado de forma que excluye a las mujeres del espacio público, o las incluye solo en unos roles altamente planificados y delimitados' (Ruddick, 1996: 135). Por lo tanto, no es lo mismo ser una chica que un chico en el espacio público. La movilidad espacial de los chicos está menos controlada que la de las chicas (Thomas, 2005), ya que su género marca los roles y disciplina sus cuerpos para que las chicas se comporten de forma 'apropiada' en el espacio público. Los cuerpos de las mujeres en las calles son sexualizados por la mirada masculina en el espacio público, hecho que tiene importantes consecuencias en la forma cómo viven las ciudades (Hyams, 2003). La cuestión del miedo también ha sido analizada como un factor fundamental que marca una importante desigualdad de género en el acceso a las ciudades (Valentine 1992; Ruddick 1996; Koskela 1997; Pain 2001). El miedo que las mujeres sienten en el espacio público es producto de una violencia sistemática estructural (Pain, 2001) que sirve como recordatorio de su vulnerabilidad (Koskela, 1997). En el contexto del estado español y desde otros ámbitos y disciplinas también se ha analizado cómo el diseño del espacio público influye en la inseguridad y la violencia contra las mujeres (Del Valle, 1997; Freixanet, 2011).

2.1 Estudios sobre Juventud

Estudiar la juventud exige de entrada plantearse la propia definición del concepto. La realidad compleja y variable según el contexto temporal y geográfico de este colectivo social, dificulta el consenso y la concreción. La juventud está socialmente construida y no es un concepto universal, entendiendo que hay diferencias culturales, de clase y de

género importantes y que las fronteras entre la juventud, la infancia y la edad adulta son ambiguas y cambiantes de acuerdo con cada tiempo y lugar. Los límites de edad son del todo variables, de manera que en el ámbito anglosajón podemos encontrar una franja que aquí identificaríamos con la adolescencia, además de la confusión en la diferenciación entre *child* y *young*, ya que muchos textos usan los dos conceptos indistintamente. También cabe destacar que las aproximaciones al estudio de la juventud se realizan desde distintas concepciones: la edad cronológica, la psicológica (que tiene que ver con la apariencia) y la social (las actitudes y los valores que se le atribuyen) (Hopkins, 2010).

Algunos estudios muestran cómo el concepto de juventud, por lo menos entre las clases medias y altas, ha sufrido un alargamiento de la fase de dependencia y no se alcanzan los indicadores tradicionales de acceso a la vida adulta (la transición de la escuela a la formación o al trabajo, la independencia económica y el paso del hogar familiar al hogar propio –vinculada al matrimonio monogámico heterosexual– (Ruddick, 2003). Esta concepción de la juventud, además de dejar de lado muchas cuestiones relevantes como la ciudadanía o la sexualidad, actualmente es muy variable y compleja (McDowell, 2003). Hay otras investigaciones que muestran cómo, en los últimos años, han tenido lugar grandes cambios en la adquisición de la autonomía por parte de la gente joven, ya que han surgido estilos nuevos de emancipación, aunque están muy determinados por la asunción de la precariedad como situación aceptada en esta etapa de la vida (Merino y García, 2006). Otra cuestión relevante en la definición de juventud es, como sucede con la categoría mujer, la universalización y la sobre-simplificación de la complejidad de identidades (Valentine, 2000). Contra esto, se apuesta por considerar la juventud como diversa en sí misma y como concepto sociocultural para alejarse de la homogeneización.

La relación entre la gente joven y el espacio público urbano es una relación controvertida. Como sucede con la definición de juventud, la conceptualización de espacio público también ha sido debatida ampliamente. En general, y sin entrar en la profundidad de este debate, se parte de una concepción de espacio como “producto social, o una compleja construcción social, que forma las percepciones y las prácticas espaciales, basadas en valores y en la producción social de significados” (Lefebvre a Robinson, 2009: 505). Así, el espacio público aparece como un lugar culturalmente construido, producto de la sociedad y con una función colectiva importante (Lieshout y Aarts, 2008), tanto por lo que respecta a su capacidad de construcción de la diferencia, el parecido y la identidad, como porque el hecho de acceder es una condición necesaria para ejercer la ciudadanía (Ehrkamp, 2008). Los espacios

públicos son lugares concretos y simbólicos, definidos por las prácticas socioespaciales y demandados y territorializados por los distintos grupos sociales (Gough y Franch, 2005). Y, en estos espacios, la calle aparece tanto como un producto de las condiciones materiales y de los mecanismos de control social, como un lugar de contestación, de dominación y de resistencia, de placer y ansiedad (Cahill, 2000; Gough y Franch, 2005). Así, en la experiencia en la calle, se crean identidades y prácticas sociales que forman y que reorganizan el espacio material. Se refuerzan las desigualdades y se convierten en lugares de exclusión y dominación (Ehrkamp, 2008; Robinson, 2009; Shildrick, 2006) donde se inscribe la cultura hegemónica constituida por el poder de la mayoría. Pero es también a la vez un lugar con un fuerte potencial emancipador, de demanda política y de resistencia (Gough y Franch, 2005).

El espacio público aparece para la gente joven como un lugar con una relevancia importante. Ante las relaciones jerárquicas y personales del hogar y el control que supone, la calle deviene un universo impersonal, un lugar de autonomía y de construcción de identidades individuales y colectivas (Gough y Franch, 2005). Es un espacio de no supervisión y de libertad que permite encontrarse con otras personas de manera no controlada, al menos no al mismo nivel que dentro del hogar; significa un espacio de libertad, de privacidad y de anonimato (Lieshout y Aarts, 2008). De este modo, la distinción tradicional entre el espacio público y el privado se vería transformada por este grupo social, puesto que el refugio que podría suponer el hogar (espacio privado) para la gente joven se encontraría en la calle (espacio público), por la noche y lejos de la autoridad de la gente mayor (Valentine, 1996a, 1996b).

Pero este espacio público está construido por y para personas adultas, y está concebido como un espacio adulto. Debido a esta hegemonía espacial adulta, la juventud queda excluida de un lugar que o bien es cívico, limpio y purificado o bien está diseñado para uso infantil (Valentine, 1996a; Chiu, 2009). Desde la perspectiva de la gente joven, la mayoría de los espacios públicos están supervisados por la presencia de personas adultas y han sido definidos, gobernados y controlados por éstas de la manera que más les ha convenido (Driskell et. al., 2008). La gente joven está vista como peligrosa, puesto que supone una amenaza para el orden adulto del espacio público (Thomas, 2005), es excluida y no es bienvenida. A esta adultificación espacial se añade la concepción dicotómica que se tiene sobre este grupo de edad, que, según Valentine, se basa en el binomio «ángeles o demonios»: o bien son personas vulnerables a quienes hay que proteger o bien son una amenaza, es decir, están en riesgo o son el riesgo propiamente dicho (Valentine, 1996a; Mattingly, 2001).

Aún así, la calle también tiene una relevancia primordial en la gente joven en su función de formación de sujetos. Con el concepto de «aprendizaje de la calle» (“street literacy”), Cahill hace referencia a los «procesos dinámicos y experimentales de producción de conocimiento y construcción del yo en un contexto específico, el espacio público urbano» (Cahill, 2000: 252). Es, pues, una prueba de cómo el entorno ambiental restringe y forma las subjetividades, mientras reconoce a la vez la capacidad de la gente joven para negociar su condición social (Cahill, 2000).

2.2 Juventud, género y espacio público

A las dificultades de definición de juventud y de espacio público, hay que añadir que la experiencia de la calle como joven varía según el género. El heteropatriarcado determina unos roles para cada género y disciplina los cuerpos para que se comporten de una forma determinada en el espacio público. Por ejemplo, el hecho de que las chicas sean vistas en la calle tiene repercusiones concretas sobre su experiencia en el espacio, ya que su cuerpo es sexualizado por la mirada masculina en el espacio público (Hyams, 2003). Los usos que harán de la calle variarán también según la percepción del miedo, que está del todo marcado por el género y condiciona la experiencia de la ciudad y la libertad de movimientos (Pain, 2001). Así, las chicas experimentan unas restricciones concretas a causa del género en el que se inscriben, haciendo que los significados que dan a los espacios puedan ser distintos a los de los chicos y los usen de una forma determinada y para actividades que encajan con el hecho de ser chicas jóvenes. Aunque hay que tener en cuenta que las prácticas de género se articulan y refuerzan con otros ejes de desigualdad (Erkhamp, 2008), como muestran estudios que relacionan el género con la clase (Gough y Franch, 2005; Evans, 2006; Hyams, 2003; Koning, 2009), la etnia (Erkhamp, 2008) y evidentemente la edad, que es objeto central del proyecto.

Estas restricciones se ven de manera relevante y reveladora en el espacio público, donde “las mujeres pueden ser aceptadas o recibidas cordialmente como invitadas (o ser agredidas como intrusas) pero no controlan ese espacio” (Darke, 1998b). El hecho de que a las mujeres se les presente como elemento al que se le invita a entrar o salir, revela la necesidad de buscar, transformar o generar un espacio “donde podamos ser nosotras mismas, precisamente porque nuestro comportamiento en la esfera pública está sometido a control por parte de otro” (Darke, 1998b).

Y es que la mentalidad patriarcal es la que, en definitiva, ha hecho de la ciudad un espacio por y para el hombre, donde esa “intrusión femenina” se hace realidad: se

vivifica ante la inseguridad que provocan algunos espacios o en el simple hecho relacional, donde la mujer que va sola se interpreta cómo sexualmente disponible sin derecho al reclamo de su privacidad, en donde la mujer que pasa por la calle es vista como un escaparate andante al que se le puede “piropear”, silbar, mirar, proponer, etc. como un elemento urbano más; como expone Jane Darke, cuando las mujeres utilizan la ciudad, “deben estar constantemente en guardia frente a la apropiación masculina” (Darke, 1998a) y a su “definición y percepción en términos sexuales” (Franck, 2002), en un entorno urbano que “constantemente transmite mensajes a las mujeres para que sepan cuál es su lugar” (Darke, 1998a) .

En relación a la concepción misma de espacio público, el sesgo de género está también presente. La teoría política tradicionalmente se ha centrado en la esfera pública de la vida, conceptualizando lo público como lo político y negando la esfera privada (Pateman,1995). Desde la economía feminista se ha enfatizado también la importancia de ampliar la concepción de la economía más allá del mercado y el trabajo remunerado, considerando en un lugar central los trabajos de cuidado y la sostenibilidad de la vida (Pérez Orozco, 2014). El conflicto entre el capital y la vida, la profunda separación y jerarquización entre el mundo productivo y el que contiene todo lo necesario para hacerlo posible han marcado no solamente las teorizaciones políticas y económicas sino también la configuración de las ciudades. La estructura de las ciudades gira alrededor a un usuario hombre blanco heterosexual, de clase media y en edad reproductiva (Rose,1993). Así, la planificación urbana, la movilidad, las representaciones simbólicas en los espacios públicos y la organización del trabajo tienen como modelo las necesidades e intereses de este sujeto conceptualizado como ‘neutro’. El menosprecio por el ámbito privado en el desarrollo teórico sobre las ciudades parte esencialmente de la división entre lo público y lo privado, fundamento del sistema patriarcal. Como señala Pateman:

“Lo privado o personal y lo público o político se entienden como cosas separadas y como irrelevantes la una para la otra; la experiencia cotidiana de las mujeres confirma esta separación y, simultáneamente, la niega y afirma la conexión integral entre las dos esferas. La separación de lo privado de lo público es parte de nuestras vidas y es a la vez la mistificación ideológica de la realidad liberal –patriarcal” (Pateman, 1983, p- 131)

Esta paradoja que muestra Pateman pone de relieve la complejidad de la experiencia de la dicotomía para las que tradicionalmente han estado excluidas del ámbito público y relegadas al privado. Las narrativas de género generan discursos de

feminidad y masculinidad que tendrán repercusiones diferentes en el uso y experiencia del espacio. La buena o la mala chica, los estereotipos, la asignación de roles, la concepción de los cuerpos, la percepción del peligro están condicionados por la estructura heteropatriarcal, y esta será la que determinará la relación generizada con el espacio. Una de las cuestiones claves aquí es la visibilidad diferencial, ya que una de las comprobaciones hechas en la mayoría de estudios es que hay una falta de visibilidad en los espacios públicos, que las mujeres jóvenes hacen menos uso o está más restringido.

En lo que se refiere a la masculinidad, Nolan explica cómo prácticas espaciales como el *skateboarding* suponen un ideal de superioridad masculina, hecho que implica que la creación de su identidad se base en la exclusión a través de la construcción de la alteridad, tanto de forma misógina como homófoba (Nolan, 2003). Como expresa Valentine: "repudiando unas identidades determinadas pueden formarse nuestras propias identidades. Las identificaciones se realizan a través de un proceso de desidentificación." (Valentine, 2000: 263-4). El nivel de libertad en la calle y la posibilidad de movilidad (Gough y Franch, 2005), la apropiación del espacio (Gough y Franch, 2005; Ehrkamp, 2008) o los grados de miedo que experimentan (Pain, 2001; Winton, 2005) son temas recurrentes. Pero, aún con esto, el análisis de la masculinidad está poco presente en los estudios, a pesar de la reivindicación que algunas autoras hacen sobre la necesidad de cambiar los roles que impone la masculinidad (McIlwaine y Datta, 2004; McDowell, 2003).

Respecto a la diferenciación de usos del espacio, es destacable la reproducción o la ruptura con los roles de género en relación a los espacios. Distintas autoras han reflexionado sobre la capacidad de las mujeres jóvenes para subvertir la situación y definir y reclamar el espacio (Evans, 2006; Pain, 2001). Pero otras autoras señalan la contradicción de que estas posibles transgresiones, puedan estar reproduciendo otros roles patriarcales asociados al ser mujer o a otras identidades sociales diferenciadoras como la clase o la etnia (Hyams, 2003; Thomas, 2005).

Sobre la primera cuestión, el cuerpo, como afirma Kato: "los cuerpos deben ser entendidos como situados en un espacio dado y, por tanto, influenciados por o asociados con las relaciones culturales y sociales encarnadas en ese espacio" (Kato, 2009: 52), remarcando también la capacidad que tienen para dar forma al espacio. Dicho de otra forma y tomando el concepto de performatividad de Judith Butler, es a través de las prácticas repetidas y reiteradas que se construyen mutuamente relaciones entre los sitios y las personas (Anderson y Jones, 2009), encarnando las normas hegemónicas pero también permitiendo la posibilidad de subvertirlas (Kato,

2009). Así, aunque los lugares creen los cuerpos a partir del poder heteropatriarcal, hay prácticas de resistencia posibles (Hyams, 2003). El cuerpo aparece, pues, como un espacio donde interseccionan las opresiones y los lugares de resistencia.

El hecho de que los cuerpos de las chicas sean visibles en un espacio público adulto, masculino y heterosexual las hace sujetos al dominio visual de la mirada masculina, que las objetualiza sexualmente (Hyams, 2003). Valentine apunta también como la internalización de la mirada masculina actúa como panóptico que disciplina las mujeres, tanto si son realmente vistas como si no (Valentine, 2000). Resulta sugerente traer a colación aquí la definición de Del Valle sobre la mirada femenina de la ciudad, como un caleidoscopio, por sus contrastes de luz y sombra que a veces se convierten en oscuridad profunda (Del Valle, 1997).

La literatura específica que ponga en relación el hecho juvenil, el género y el espacio público es muy reducida, si no inexistente, en el contexto vasco y muy reducida en el contexto estatal. Cabe señalar, por un lado, el título *Jóvenes y espacio público. Del estigma a la indignación* (Trilla, 2011), que si bien aborda cuestiones fundamentales sobre este grupo social y la relación que mantiene con el espacio público (estigmatización, identidad, participación), no incorpora la perspectiva de género de forma específica ni transversal. Por otro lado, desde el ámbito de la geografía son relevantes artículos publicados en la revista *Documents d'Anàlisi Geogràfica*⁶ de estudios sobre espacios públicos urbanos y género, aplicados al contexto catalán, español e internacional (Cucurella, 2007; Fernández, 2007; López, 2012; Ortiz, 2004; Patiño-Díe, 2016 Serra, 2007), y algunos artículos sobre la interacción de estas dos variables con la infancia (Katz, 2006; Ortiz, 2007).

En el caso vasco es especialmente relevante la obra de Teresa del Valle (1983, 1996, 1996b, 1997, 2005), que aunque no hace un análisis sistemático de la variable edad en la relación de las mujeres con el espacio urbano, es una autora fundamental y pionera en analizar la desigualdad de género en el acceso y uso de lo público y el diseño urbanístico androcéntrico en el contexto vasco. No solo descifra pormenorizadamente la dicotomía público-privado y autonomía-dependencia en las prácticas de hombres y mujeres en el espacio público, sino que también introduce los espacios urbanos de miedo y auto-censura de las mujeres y formas emergentes de apropiación disruptiva de la calle, ya en los años ochenta del siglo pasado. A partir de su experiencia estudiando el caso de dos ciudades distintas como Bilbao y Donostia,

6 Departament de Geografia de la Universitat Autònoma de Barcelona y Departament de Geografia de la Universitat de Girona.

Del Valle realiza en su clásica obra de 1997, *Andamios para una nueva ciudad. Lecturas desde la antropología*, una de las caracterizaciones más profundas sobre la relación entre género y espacio público en el contexto vasco.

Más allá de la producción estrictamente científica, el interés creciente por esta problemática en las dos últimas décadas ha hecho proliferar la publicación de documentos y estudios con el impulso de las administraciones públicas vascas. Es el caso de distintos trabajos sobre relaciones de género y juventud en entornos locales que abordan puntualmente cuestiones relacionadas con el espacio público (Vázquez, Estébanez y Cantera, 2009; Sortzen, 2010) o de la serie de informes Juventud Vasca que incluyen datos sobre la percepción del miedo de las jóvenes y los jóvenes en el espacio público por ejemplo (Bilbao, 2014). Cabe destacar especialmente el trabajo cualitativo *Agresiones sexuales. Cómo se viven, cómo se entienden y cómo se atienden*, realizado en 2011 por la consultoría Sortzen para el Departamento de Interior del Gobierno Vasco. Aunque aborda distintos temas centra una parte de su mirada en las mujeres jóvenes, en el miedo en el espacio público y en la mirada masculina, con lo que nos aporta bastantes claves coincidentes con el presente estudio.

2.3 El miedo: diferentes perspectivas

Uno de los ejemplos más recurrentes de las implicaciones del género, de la visibilidad del cuerpo sexuado y también de la expresión de la sexualidad es al miedo, el peligro y el riesgo como controlador del acceso al espacio público. Pain, en su artículo sobre el género, la raza, la edad y el miedo en la ciudad hace un análisis sobre cómo estos ejes generadores de opresiones repercuten en el miedo entendido como la “amplia gama de respuestas emocionales y prácticas que individuos y comunidades tienen ante el crimen y los disturbios” (Pain, 2001, p. 901). La autora pone sobre la mesa las narrativas que configuran los miedos de diferentes colectivos. La gente joven se considera tanto amenazante como amenazada; la gente de color como delincuente o víctima; los hombres son vistos como personas sin miedo pero también causantes del miedo y las mujeres como pasivas (Pain, 2001).

Distintas autoras han trabajado el riesgo y el miedo en contextos específicos de espacio público tan dispares como Tanzania, el Cairo, Guatemala o Recife, por ejemplo (Evans, 2006; Koning, 2009; Winton, 2005 y Gough y Franch 2005, respectivamente). Pero las narrativas expuestas implican, como señala Pain, dos paradojas: una sería que las chicas no sufren tantos ataques como el nivel de miedo a

la violencia podría hacer suponer y la otra que es erróneo el lugar donde sitúan la violencia, puesto que la mayoría de agresiones a las mujeres se dan en el espacio privado o doméstico. La autora explica también cómo las feministas han argumentado que el miedo que sienten las mujeres al crimen es una manifestación de la opresión de género y una forma de control a través de la reproducción del papel que tradicionalmente se les ha adjudicado (Pain, 2001). Es importante destacar, sin embargo, que estas dos paradojas las indica en el contexto del Reino Unido y, en cambio, los ejemplos mencionados hacen referencia a países del Sur.

Una de las aportaciones que Pain hace como discurso alternativo para las chicas es la visión que ellas pueden tener de la ciudad como lugar de oportunidades, aventuras y emociones fuertes, hecho que hay que tener en cuenta para no reproducir las nociones de debilidad hacia las chicas (Pain, 2001). En este caso es interesante la aportación de Hyams sobre las chicas latinas, puesto que señala que ven el barrio tanto como lugar de miedo (donde se producen crímenes) como un lugar donde ellas mismas son consideradas posibles *gangsters*: rechazan el sentimiento de vulnerabilidad y encuentran exótico el peligro de Los Ángeles (Hyams, 2003). López por su parte apunta que la relación entre exclusión social y espacio urbano también interviene en esta percepción del miedo (López, 2012). Citando a Corraliza afirma que la exclusión social es un fenómeno producido por muchas causas, como el género, que se manifiesta paralelamente a la exclusión espacial (Corraliza, en López, 2012). En un contexto más cercano como el de Zaragoza, López constata que en los barrios con más colectivos en situación de exclusión social hay una mayor percepción de miedo y que aunque otras dimensiones como la edad o la clase influyen, la percepción de los espacios del miedo está más ligada al género que a la clase social (López, 2012).

Las aportaciones que hace Pain sobre los chicos se basan en que, a pesar de ser vistos como peligrosos, son de los colectivos que más violencia reciben. También señala que los chicos jóvenes, a medida que van creciendo, aceptan menos que tienen miedo, puesto que van adoptando las identidades normativas adultas de la cultura masculina y heterosexual dominante que hacen menos aceptables estas posturas por parte de los hombres. Añade también que aquellos que se ven fuera de esta identidad están más en riesgo de sufrir violencia, ejemplificándolo con los chicos homosexuales (Pain, 2001).

La otra cara de la moneda sería la busca de seguridad. En este aspecto, los ejemplos son varios para mostrar cómo las chicas buscan espacios que les proporcionen seguridad (Abbott-Chapman y Robertson, 2009) en momentos concretos del día -los

miedos aumentan con la oscuridad- (Boratav, 2005). Estos espacios acostumbran a ser lugares cerrados, lejos de la visibilidad pública, donde ellas se sienten protegidas (Boratav, 2005; Koning, 2009; Ehrkamp, 2008) -hay que remarcar en este punto que los ejemplos son de chicas turcas y egipcias-. El ejemplo de Gough y Franch sobre las chicas de Recife ilustra también esta cuestión, destacando que los espacios propios de las chicas son las áreas que denomina “semi-reductos”, refiriéndose a los espacios que hay justo ante su casa, y remarcando que nunca están en la calle a no ser que sea de paso (Gough y Franch, 2005).

En resumen, a pesar de que el miedo es un factor fuertemente marcado por el género y de relevante importancia en el uso de los espacios en las ciudades, hay otras causas que también determinan los diferentes usos. En general, los espacios que más se usan son los espacios privados o domésticos (Abott-Chapman y Robertson, 2009; Hyams, 2003; Erhkamp, 2008) o aquellos espacios cerrados que proporcionan cierta seguridad por la vigilancia que hay -como por ejemplo centros comerciales o cafeterías- (Koning, 2009; Thomas, 2005). Los chicos, en cambio, toman las calles, ocupando aceras y esquinas (Erhkamp, 2008) contribuyendo a generar la sexualización del espacio privado con su mirada masculina (Hyams, 2003; Koning, 2009). El miedo aparece como un claro ejemplo de cómo los discursos de género, la visibilidad del cuerpo sexuado y también la expresión de una determinada sexualidad condicionan tanto el uso como la experiencia de los espacios públicos.

2.4 La perspectiva interseccional

El concepto de interseccionalidad fue introducido a finales de los años 80 por Kimberlé Crenshaw (1989) como una forma de describir las interconexiones existentes entre raza y género. La autora mostraba como ni los estudios sobre género ni los referentes a la raza podían dar cuenta de la opresión de las mujeres negras en Estados Unidos, ya que su experiencia no era la suma de esas opresiones sino una intersección concreta que conllevaba discriminaciones y violencias específicas. Sus contribuciones, enmarcadas en el Feminismo Negro norte-americano, seguían el intento de cuestionar el sujeto del feminismo, que se había construido sobre la idea de una mujer blanca, heterosexual y de clase media. La idea de que la experiencia de opresión de las mujeres no podía ser explicada por un solo marco explicativo como el género ya había sido desarrollada por movimientos sociales en diferentes lugares antes de la introducción del término (véase Platero, 2012), pero el desarrollo teórico del concepto de interseccionalidad a nivel internacional permitió la profundización teórica en relación

a las interconexiones de las estructuras de poder como el género, la raza, la sexualidad, la clase social, la edad o la discapacidad.

A pesar de que el concepto de interseccionalidad se desarrolló para poder explicar las experiencias específicas de opresión de las mujeres negras, también encajó con el deseo de las feministas postcoloniales y postestructuralistas de romper con las categorías homogéneas como 'mujer'. Así, algunas autoras han mostrado la capital importancia del concepto, como McCall, que asegura que "la interseccionalidad es la contribución teórica más importante que los estudios de mujeres, en relación con otros campos, han hecho" (McCall, 2005, p. 1771). Y Davis: "La interseccionalidad pone sobre la mesa la preocupación teórica y normativa más importante de la producción académica feminista: el reconocimiento de las diferencias entre mujeres. [...] Esto se debe al hecho de que "toca unos de los problemas más urgentes para el feminismo contemporáneo –el largo y doloroso legado de sus exclusiones" (Davis, 2009, p. 70).

Pero también se han apuntado limitaciones conceptuales a la interseccionalidad, especialmente a causa de su ambigüedad y vaguedad. Si se entienden las categorías como opresiones separadas que se juntan, su esencialización no se destruye por completo (Brown, 2011; Yuval-Davis, 2006; Garry, 2011) y puede tener implicaciones políticas negativas. Además, también se ha apuntado que la investigación sobre interseccionalidad no tiene ninguna dirección metodológica, que no aporta parámetros definidos sobre los que trabajar y que no deja claro cuántas categorías deberían tenerse en cuenta ni de qué forma (McCall, 2005; Davis, 2009; Stolcke, 2010; McDowell, 2008; Garry, 2011; Valentine, 2007).

A pesar de que en otros campos de las ciencias sociales es un concepto muy estudiado, la interseccionalidad se ha introducido solo muy recientemente en la geografía feminista (ver Valentine, 2007; McDowell, 2008; Brown; 2011). Como apunta Valentine, el hecho de que la interseccionalidad pueda dar cuenta de la experiencia vivida tiene implicaciones muy importantes para los análisis de la producción del espacio y el poder: "[la interseccionalidad] ofrece una herramienta potencialmente muy importante para la geografía feminista para contribuir a la conceptualización de las íntimas conexiones entre la producción del espacio y las producciones sistemáticas de poder' (Valentine, 2007; 19). De hecho, el mismo nombre de interseccionalidad se remite a una metáfora espacial y las autoras se han referido a rotondas, cruces y otros elementos con una gran connotación geográfica para referirse al hecho de que diferentes estructuras de poder nos atraviesan al mismo tiempo y en direcciones diferentes, causando opresiones específicas. Pero, a pesar de las importantes

connotaciones espaciales que implica la interseccionalidad y el amplio debate que se ha dado a nivel feminista, se le ha prestado poca atención en la geografía.

2.5 El estudio de las masculinidades

Las reflexiones sobre los hombres, los varones como colectivo humano o categoría genérica o de forma más concreta y reciente, el estudio de las masculinidades no es algo que ocupe a la sociología ni aún menos al feminismo o la investigación feminista hasta fechas bastante recientes.

Inicialmente la incorporación de los varones y la condición masculina como objeto de estudio en investigaciones realizadas por feministas y desde el feminismo, suponía un método de contraste para la investigación y más tarde apareció como un interés genuino hacia este campo de estudio, al permitir vislumbrar algunos obstáculos para la eliminación de prácticas culturales y sociales opresivas hacia las mujeres (Tena, 2010). Este segundo aspecto se puede concebir como un método para el feminismo, en el sentido expuesto por Harding (1989), por su utilidad para la agenda feminista.

Algunos autores defienden que los primeros estudios publicados sobre varones y masculinidades se produjeron en los años 80 y en Méjico y otros que no es hasta los noventa. Sin embargo, estos estudios no desarrollaron un corpus teórico propio ni una teoría de aplicación general, a excepción de los trabajos de Raewyn Connell (Tena, 2010). Pero ya a finales de los años cincuenta en Estados Unidos se publicaron las primeras discusiones e investigaciones acerca de “el rol sexual masculino”, los *Men's Studies*, en los que el tema central era su posibilidad de cambio. Una autora como Hellen Mayer Hacker fue más allá al ser capaz de incluir conceptos como el de dominio y opresión en su publicación “The New Burdens of Masculinity” de 1957.

Fue pues Connell quien introdujo en 1987 el concepto de masculinidad hegemónica. Con él pretendía definir el modelo tradicional de construcción social del género masculino, y describir sus características. Pero también diferenciarla de otros tipos de masculinidades como las cómplices, las subordinadas y las marginadas (Gil-Calvo, 2006).

La masculinidad tradicional o hegemónica es pues, el conjunto de roles y actitudes sociales que el sistema sexo-género atribuye a los hombres en una situación de desigualdad en la que ostentan una posición de poder y privilegio, prestigio y autoridad legítima.

Ser hombre implica seguir las reglas sociales, las normas de comportamiento impuestas por el colectivo y por el patriarcado. Es lo que Kimmel (1997) llama “vigilancia de género”, el control continuo que los hombres ejercen sobre ellos mismos y sobre los demás hombres en relación a sus discursos y prácticas para encauzarse en el modelo idealizado de “hombre de verdad” (Albelda, 2011). La masculinidad se confirma a través de la aprobación homosocial (Kimmel, 1997).

Una cuestión clave relacionada con los objetivos de esta investigación es el papel preponderante del hombre en el ámbito público o en el espacio público, campo tradicionalmente reservado para los varones y negado a las mujeres. Otro es la cuestión de la agresividad o la violencia. Un hombre debe ser violento porque la violencia es un valor social hábil para alcanzar objetivos, para demostrar fortaleza y mantener el poder (Kaufman, 1985). Es lo que Bonino (2003) llama belicosidad heroica, “una visión de la vida como desafío, y del mundo como campo de batalla en el que gana el más fuerte, donde la amenaza es constante y en el que la violencia puede ser requerida.” La concepción del otro/a “es de sujeto desconfiable, potencial adversario o humillador, peligroso, a doblegar, enemigo o competidor. Se construye la propia seguridad a costa de definirlo como enemigo. Si el otro es hombre, pese a ello es aliado en la participación de lo público (el territorio masculino) y digno de respeto-receloso. La mujer solo es aquí objeto eventual de conquista, dominación o público para aplaudir las hazañas masculinas” (Bonino, 2003).

Tal y como ocurre con la noción de feminidad, todos los teóricos relevantes apuntan a la construcción social de la masculinidad. Connell incide en la historicidad de la masculinidad, en el sentido de que está sujeta a diversas formulaciones en distintas épocas y contextos socioculturales. Esta diversidad y las posibilidades de ruptura y cambio se dan con mayor profundidad en momentos de crisis o transformación general del sistema sexo-género (Connell, 1995).

Aunque imaginemos la masculinidad hegemónica como la cumbre de la pirámide jerárquica de las masculinidades propuestas por Connell, es obvio que funciona como grupo de referencia (a diferencia del grupo de pertenencia), una especie de referente simbólico y normativo a seguir e imitar por el resto de varones (Albelda, 2011). Es probable que el contexto de nuestras sociedades, debamos imaginar a la mayoría de hombres en la categoría de la masculinidad cómplice, una versión silenciosa que sin formar parte de la minoría hegemónica, goza de los llamados dividendos patriarcales gracias a la sumisión de las mujeres. Sin embargo muchos autores y autoras, sea por su relevancia real o por la necesidad de un cierto optimismo, apuntan a tendencias emergentes de rechazo o de búsqueda de alternativas. Son las llamadas otras

masculinidades, nuevas masculinidades o masculinidades alternativas. A medio camino entre ciertos movimientos incipientes de auto-organización de hombres y el desarrollo más académico, estas nuevos modelos enfrentan no solo duras resistencias por parte de los modelos tradicionales, sino que también son observadas con cautela por la propia investigación feminista, que ve riesgos de relatos autoreferenciales más cercanos a la post-masculinidad o la reinención amable de un modelo tradicional quizás ya inviable en algunos casos (Azpiazu, 2013).

Estas posibles rupturas parece que deberían ir de la mano de las nuevas generaciones. Pero no siempre es así o cuanto menos hay una dialéctica compleja. Eso es así porque la construcción individual de la masculinidad vive un momento clave durante la adolescencia. Es cuando las construcciones simbólicas que definen los roles de género de mujeres y hombres toman su mayor expresividad y se asumen e integran dentro de la vivencia de la sexualidad, de las relaciones personales y de los proyectos de vida y comportamientos habituales (Pescador, 2008). En todo caso, como dice De Miguel, puede que los grupos de hombres y otros colectivos mixtos con visión feminista, “junto con la consolidación de los estudios de la masculinidad y las nuevas masculinidades sean ya esa minoría activa e influyente que tarde o temprano contribuye al cambio de las mentalidades y a la formación de un sentido común alternativo, como en su día en el feminismo” (De Miguel, 2008).

2.6 Metodologías participativas

Las metodologías de investigación de tipo participativo, que buscan involucrar al sujeto de estudio tienen su desarrollo teórico y formulaciones diversas. Siguiendo parámetros propios de la Investigación y Acción Participativa (Participatory Action Research- PAR) hemos tomado un enfoque colectivo que involucrara a las personas «estudiadas» en la investigación (Cahill, 2004). Partiendo de la experiencia personal de la cotidianidad y haciéndola compartida a través del debate reflexivo, se ha puesto énfasis en el proceso mismo de la investigación, con lo que se ha pretendido que esta experiencia propia se convirtiera en conciencia colectiva política mediante un proceso de concientización. Este proceso de concientización, siguiendo el modelo freiriano (Freire, 1970), se basa en la creación de un conocimiento que las personas participantes utilizan para empoderarse pero también para encontrar soluciones a los problemas que afrontan. Consiste en intentar despertar la conciencia a partir de darse cuenta de las raíces de la opresión. Este proceso involucra una reflexión sobre la propia vida

cotidiana que permite percibir las contradicciones sociales, políticas y económicas y actuar.

Desde esta aproximación fenomenológica, que toma la experiencia personal vivida como punto de inicio de la investigación, se pone énfasis en la transgresión (tanto individual como colectiva y tanto cotidiana como organizada) para romper con la victimización, ya que no solo se centra en la vivencia de la opresión sino en la forma de responder a ella. Se parte del convencimiento que aunque el entorno restringe y forma las subjetividades, la gente joven tiene la capacidad de negociar su condición social con lo que Cahill llamaría «aprendizaje de la calle» (“street literacy”), los “procesos dinámicos y experimentales de producción de conocimiento y construcción del yo en un contexto específico, el espacio público urbano” (Cahill, 2000, p. 252). Por lo tanto se subraya la capacidad de transgredir en los espacios y de gestionar sus opresiones, partiendo de la experiencia vivida.

A nivel metodológico, esta aproximación considera a las participantes como co-investigadoras, implicándolas en una o en todas las etapas de la investigación. Parte de la idea que las personas, especialmente las que sufren opresiones históricas, tienen un conocimiento profundo sobre sus vidas y se reconoce así su conocimiento sobre la cuestión a tratar, partiendo de la propia experiencia como base para la teorización social. Los principios de la IAP se basan pues en involucrar a las co-investigadoras como agentes para el cambio, la pretensión de solo describir la realidad sino transformarla, partir de la propia experiencia como base de la teorización, social, partir de la experiencia personal y hacerla social y política compartiéndola, dar importancia al proceso mismo y no solo a los resultados, la necesidad de ‘devolver’ a la comunidad estudiada y el permitir que las co-investigadoras hagan sus propias preguntas.

Esta aproximación contribuye al cambio social ya que está orientada a la acción, fomenta la toma de conciencia y tiene la capacidad de analizar y transformar las vidas de la comunidad. Es relevante también por la capacidad de democratizar el proceso de investigación en sí mismo, posibilitando la creación de nuevas agendas de investigación y de toma de nuevas direcciones teóricas. Si hacemos preguntas diferentes, podremos obtener respuestas diferentes.

3. METODOLOGÍA

3.1 Introducción: Un acercamiento feminista, participativo e innovador

La metodología usada en el desarrollo de este proyecto deja de lado intencionadamente la posible pretensión de investigar desde la imparcialidad neutra y aséptica. Creemos firmemente que investigar en campos donde reconocemos desigualdades y opresiones estructurales pasa por formar y tomar parte, comprometernos con el conocimiento para la transformación y la vinculación con aquellos colectivos que encarnan estos procesos. Adoptar una perspectiva o una metodología feminista no significa la toma de un posicionamiento político parcial o tendencioso que nos aleje de un conocimiento y un procedimiento científico metódico. La investigación feminista es a día de hoy un campo y una perspectiva integrada en ámbitos académicos y de investigación diversos. Como decíamos, tomar esta perspectiva supone reconocer de antemano que existe un sistema sexo-género que hoy y aquí produce desigualdades en las posiciones sociales de hombres y mujeres y otorga privilegios, poder y cargas de forma no igualitaria. Y supone también un compromiso con la aportación hacia la transformación, más allá del análisis y la producción de conocimiento a partir de la descripción de la realidad observada. Arrojar luz sobre lo que estaba oculto en la penumbra, investigar para avanzar hacia sociedades igualitarias.

Asimismo hay que dejar claro que no solo es una toma de partido voluntaria. Como apunta Haraway (1991), el conocimiento es situado, está ligado al contexto de su producción y a la subjetividad de quienes lo producen. Así, nuestras identidades personales, la configuración de nuestras cosmovisiones éticas e ideológicas y nuestro recorrido por la vida y por los aprendizajes condicionan nuestra forma de mirar y de interpretar. No se trata de negar la necesidad de un planteamiento riguroso, de un método científico, pero sí de reconocer sus límites y aceptar nuestras posicionalidades en la investigación. La objetividad como reto, como criterio metodológico para no extraer ideas parciales o tendenciosas, pero reconociendo que como sujetos no hay ninguna mirada desvinculada de los condicionantes que conforman la identidad de cada una.

La metodología que aquí presentamos se basa en una primera presentación de la Investigación Acción Participativa como aproximación metodológica a la investigación

y de la presentación también de los *Relief Maps* como herramienta de recogida y análisis de datos que hemos usado y adaptado para el estudio. Consideramos que estos dos elementos dan un carácter innovador a la investigación desde el punto de vista metodológico que permite un acercamiento al tema de estudio que considera a las personas participantes como sujetos en la investigación y que potencia la reflexión sobre la propia posición en las relaciones de poder y las posibilidades de cambio.

Más allá de los *Relief Maps* conviene hablar de las sesiones grupales de carácter aproximativo y las observaciones experimentales. Incluso en la combinación de espacios de discusión eminentemente no-mixtos y algunos de puesta en común mixtos se han abierto vías a la experimentación metodológica para conseguir una diversidad de voces y puntos de vista en función del entorno y del grupo. En el siguiente apartado vamos a ver con detalle como se han desarrollado estas técnicas de recogida de datos y por consiguiente, entender mejor el alcance de esta creatividad metodológica, así como también de sus limitaciones.

3.2 La Investigación Acción Participativa

Es también por eso, que hemos apostado por metodologías inclusivas y participativas, donde la dinámica sujeto - objeto (investigadora – investigada) se rompe, o cuanto menos se intenta romper, para avanzar en la creación de conocimiento situado, compartido y bidireccional. Así situándonos en el ámbito de aquel conjunto de técnicas de investigación que hacen énfasis en la *descripción* de lo que una gente hace desde la perspectiva de la misma gente, hemos optado por el marco de la Investigación y Acción Participativa (IAP). La aproximación de la IAP toma un punto de vista colectivo que incluye a las personas 'estudiadas' en la investigación. Empezando por su propia experiencia cotidiana, el hecho de compartirla y reflexionar sobre ella permite convertir esa experiencia en personal, en conciencia política colectiva a través de un proceso de concienciación (Freire, 1970; Cahill, 2004). Las personas participantes, no solo toman conciencia sino a través de la reflexión se abre la puerta al empoderamiento, a la búsqueda colectiva de soluciones. Para la investigación con jóvenes, este tipo de aproximaciones dan protagonismo a las voces de las personas participantes, rompiendo el círculo habitual de victimización y considerándolas parte activa de la investigación. Así, el foco tanto en la experiencia de la opresión como en su capacidad para la transgresión y creación de alternativas encaja oportunamente con los objetivos de este estudio.

Es por ello que hemos dado total importancia a la capacidad para establecer complicidades, alianzas y compromisos con distintos colectivos y personas para poder llevarla a cabo. Por un lado, creemos que la relevancia, el interés y el relativamente reducido desarrollo de este campo de estudio, dentro de las distintas dimensiones de desigualdad que sufren las mujeres, lo convierte en un factor de atracción para determinados colectivos y profesionales que pueden utilizar el conocimiento obtenido para desarrollar estrategias de acción posteriores. En concreto, creíamos que desde los colectivos feministas y de mujeres, especialmente aquellos más jóvenes, podía surgir este interés compartido por formar parte colectivamente del proyecto y a su vez aprovecharlo para trabajar hacia la sensibilización y la transformación. Y así ha sido. La implicación e interés de los colectivos con los que hemos trabajado y de profesionales del mundo de la educación y de la intervención social han sido claves para el éxito del proyecto.

Esta aproximación participativa enfocada hacia la acción se ha materializado a través del uso de diferentes técnicas que contribuyen a que las personas participantes se involucren en el tema de estudio como investigadoras. Las sesiones grupales de carácter aproximativo, las observaciones experimentales, la combinación de espacios de discusión no-mixtos y de puesta en común mixtos han abierto vías a la experimentación metodológica para conseguir una diversidad de voces y puntos de vista en función del entorno y del grupo.

3.3 Los *Relief Maps*

Dado que los *Relief Maps* constituyen la seña de identidad más específica en lo metodológico, antes de entrar en el desarrollo y las distintas fases del proyecto, vamos a analizar qué son, para qué sirven y cómo se han utilizado en este caso particular. Como decíamos a través de la aproximación participativa, la metodología de recogida de datos y de posterior análisis, se ha basado en buena medida en los *Relief Maps* o Mapas de Relieves de la Experiencia (ver Rodó-de-Zárate, 2014). Estos son una nueva forma de recoger, analizar y mostrar datos sobre las experiencias de opresión y privilegio en los espacios desde una perspectiva de interseccionalidad.

El concepto de interseccionalidad fue introducido a finales de los años 80 por Kimberlé Crenshaw (1989) como una forma de describir las interconexiones existentes entre raza y género. La autora mostraba cómo ni los estudios sobre género ni los referentes a la raza podían dar cuenta de la opresión de las mujeres negras en Estados Unidos, ya que su experiencia no era la suma de esas opresiones sino una intersección

concreta que conllevaba discriminaciones y violencias específicas. El hecho de entender que todas las personas estamos atravesadas por estas estructuras de forma simultánea, ya sea en posiciones de privilegio u opresión, ha sido crucial para el feminismo y el estudio de las relaciones de poder. A pesar de su relevancia teórica y política, se ha criticado que la interseccionalidad no tiene ninguna dirección metodológica (McCall, 2005; Davis, 2009) y que su desarrollo conceptual todavía plantea muchas ambigüedades y dificultades de aplicación (Garry, 2011; Valentine, 2007).

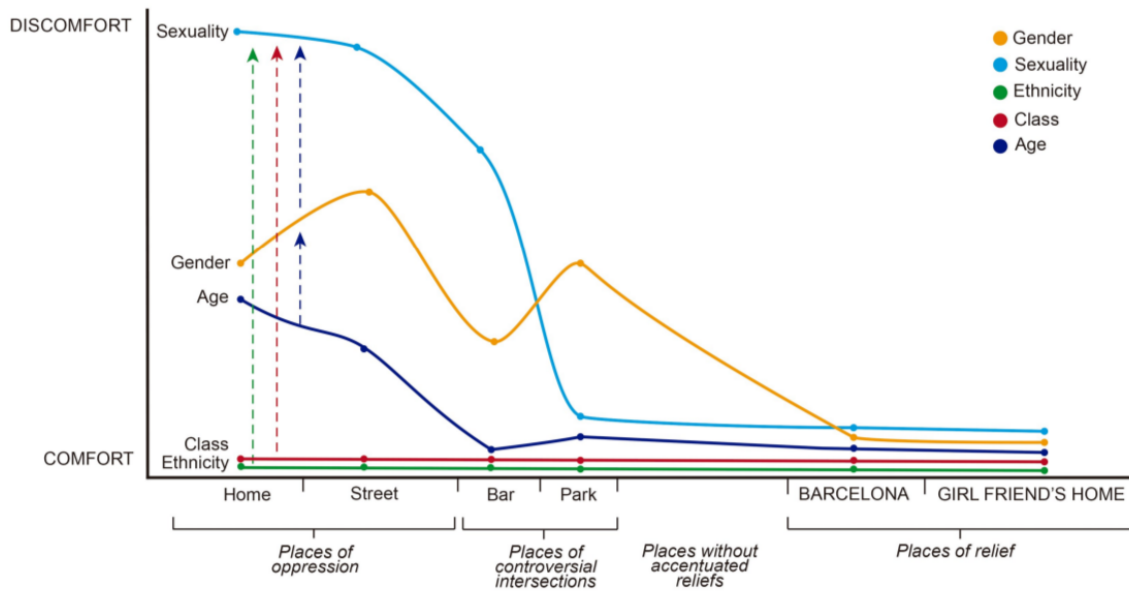
Como contribución metodológica y conceptual los *Relief Maps* muestran las relaciones entre tres dimensiones: las estructuras de poder (la social), la experiencia vivida (la psicológica) y los lugares (la geográfica). Las personas participantes en la investigación, a través de un método elaborado para ayudar a pensar sobre la propia experiencia en los espacios de forma sistemática, realizan una representación visual de su experiencia, permitiendo una mejor comprensión de los procesos de formación de sujetos a través de los espacios y de las dinámicas de poder.

El nombre de 'Mapas de Relieves de la Experiencia' viene de las acepciones que la palabra *relief* tiene en inglés: como acentuación por un lado y como alivio por el otro. (véase Rodó-de-Zárate, 2014). En castellano también responde con la acepción de aquello acentuado o de importancia si se traduce como 'relevo', el hecho de liberar de una obligación. Así, tomando la definición de la RAE de relieve como aquello que resalta más o menos del plano, los Mapas de Relieves de la Experiencia o *Relief Maps* son una forma visual de mostrar las experiencias interseccionales en los espacios, yendo desde los espacios de opresión, que serían las colinas, las curvas que se acentúan, hasta los lugares de alivio o *relief*, que serían los valles, los lugares donde no se experimentan discriminaciones o malestares. Para que tengan sentido y valor analítico y científico siempre deben ir acompañados de una narrativa que explique con más detalle y precisión la situación de cada punto. Además, al ser básicamente una herramienta para facilitar el análisis de datos, no son un fin en sí mismos sino un instrumento que ayuda a pensar geográficamente y de forma interseccional sobre la experiencia en relación a las estructuras de poder.

La profundización en el concepto de malestar que se desarrolla a través de los *Relief Maps* permite sacar a la luz desigualdades y discriminaciones que pueden pasar invisibilizadas por no disponer de indicadores que las hagan más presentes, cómo es la sensación de miedo. En este sentido, los Mapas permiten analizar las narrativas sobre la experiencia vivida en base a las experiencias de malestar interseccionales y situadas, poniendo el énfasis en las (in)movilidades cotidianas y las estrategias usadas

en el día a día para gestionar las identidades relacionadas tanto con las opresiones como con los privilegios. El hecho de definir el bienestar según la relación entre posiciones en estructuras de poder, ayuda a entender este tipos de desigualdades como algo sistemáticamente (re)producido y dependiente de los lugares.

Figura 1: Ejemplo de *Relief Map*⁷.



En este ejemplo de aplicación se observa cómo los puntos se sitúan más arriba o más abajo según el nivel de malestar (más arriba) o de bienestar (más abajo) que tiene en cada lugar. Estos puntos responden a la lógica interna de su experiencia a nivel integral. Es decir, tienen relación entre ellos y no responden a una posición absoluta determinada a priori. En la figura mostrada, se ve claramente cómo la línea de la sexualidad (en azul claro) y del género (en naranja) causan un malestar agudo, variando según los lugares y entrecruzándose con otras estructuras de poder como la edad (en azul oscuro).

Para este proyecto, como ya se ha hecho en otros, los *Relief Maps* se han adaptado atendiendo a las necesidades de investigación. Si bien la perspectiva interseccional se ha tenido en cuenta, para esta investigación el foco de estudio no era analizar las dinámicas interseccionales sino en concreto el miedo en un grupo específico de la población. El potencial que se pretendía aprovechar de esta herramienta se centraba

⁷ Esta Figura muestra la experiencia de Adriana, una chica lesbiana de origen colombiano que vive con su familia en la ciudad catalana de Manresa. Puede verse un análisis en Rodó-de-Zárate, Maria (2015a) "Young lesbians negotiating public space in Manresa: an intersectional approach through places" *Children's Geographies*. Vol. 13. Issue 4. p. 413-434.

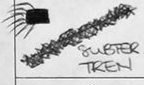
más en la capacidad de abordar cuestiones emocionales relacionadas con el espacio, más que dinámicas complejas de la interseccionalidad que tuvieran en cuenta multitud de aspectos de la identidad más allá del género y la edad. En este sentido, se han querido focalizar los análisis solamente en el género y la edad como condicionantes de la experiencia del espacio público. Además, al usar una aproximación participativa, esta herramienta en concreto debía simplificarse para poder ser usada en grupo y no en entrevistas individuales, que es la forma cómo se utiliza normalmente.

Así, los mapas se han realizado al inicio de la primera sesión con cada uno de los grupos con los que se ha trabajado. La forma de aplicación se ha basado en una breve explicación inicial y la posterior realización individual para ser luego discutidos en grupo. Los pasos que se han seguido para su elaboración son los siguientes.

Figura 2: Ejemplo de tabla del primer paso: Emma (19 años, Barakaldo)

* Desigualdad ~~por~~ entre las personas
(aunque cuando a un auto me to
baste le pien visto ~~por~~)

NOMBRE: ~~XXXXXXXXXX~~
 EDAD: 19
 LOCALIDAD: Barakaldo

LUGAR	¿Cómo me siento en este lugar por mi género ?	¿Cómo me siento en este lugar por mi edad ?
CASA DE MIS AMIGAS	Bien, en mi familia no noto una diferencia en el género aunque alguna vez se da alguna situación de *	Tengo 19, una edad para seguir teniendo a cuenta de mis autos pero tengo muchas cosas deirme
UNIVERSIDAD	Estudio magisterio (conocí incómodamente) P/a que creo que la facultad está diseñada para mujeres.	Acorde, me siento bien voy a "el ritmo", estoy donde por un edad me "conesponde"
BARJETIXE	Dentro del Gaste Mugimendu las hanas tienen más peso por "periodos" no por productivos me siento cuestionada (que me ^{favorece} o todo) (mucho).	Infravalorada por ser la "pequeña" aunque me he labrado un
CASAS DE LAS PAKITICU-LARES	Siendo mujeres "es lo que toca" voy a ser buena profe. Creo que soy lo que buscaban por ser mujer.	No he acabado la carrera y eso no me da tanta credibilidad. A veces no me digo un edad.
BARROCKI	Troca de come, a veces, me das que en otros discotecas por el ambiente "del voy" que hay.	Depende de la gente que hay ese día, pero normal mente bien.
 SUBTER TREN	TENGO MIEDO	No repercute.
NOVA	La fiesta es muy matista. En un cuadrilla muy buena (sones trikes y trikes)	Acorde

El primer paso, después de explicar el objetivo de la técnica, consistía en rellenar una tabla como la de la Figura 2. Cada una de ellas y ellos debía pensar en algunos lugares claves en su vida diaria, por pasar bastante tiempo en ellos o por ser especialmente significativos atendiendo a los objetivos del proyecto. Algunos se les indicaban como fijos: el hogar, el centro educativo si era el caso y algún espacio concreto del municipio particularmente conflictivo o relevante si sabíamos de él

previamente. Por lo demás se les invitaba a buscar algún punto concreto del espacio público y el resto en función de sus sensaciones, con un mínimo de unos cuatro y un máximo de unos ocho. Una vez identificados en la columna de la izquierda, debían escribir como se sentían en esos espacios por cuestión de género y por cuestión de edad.

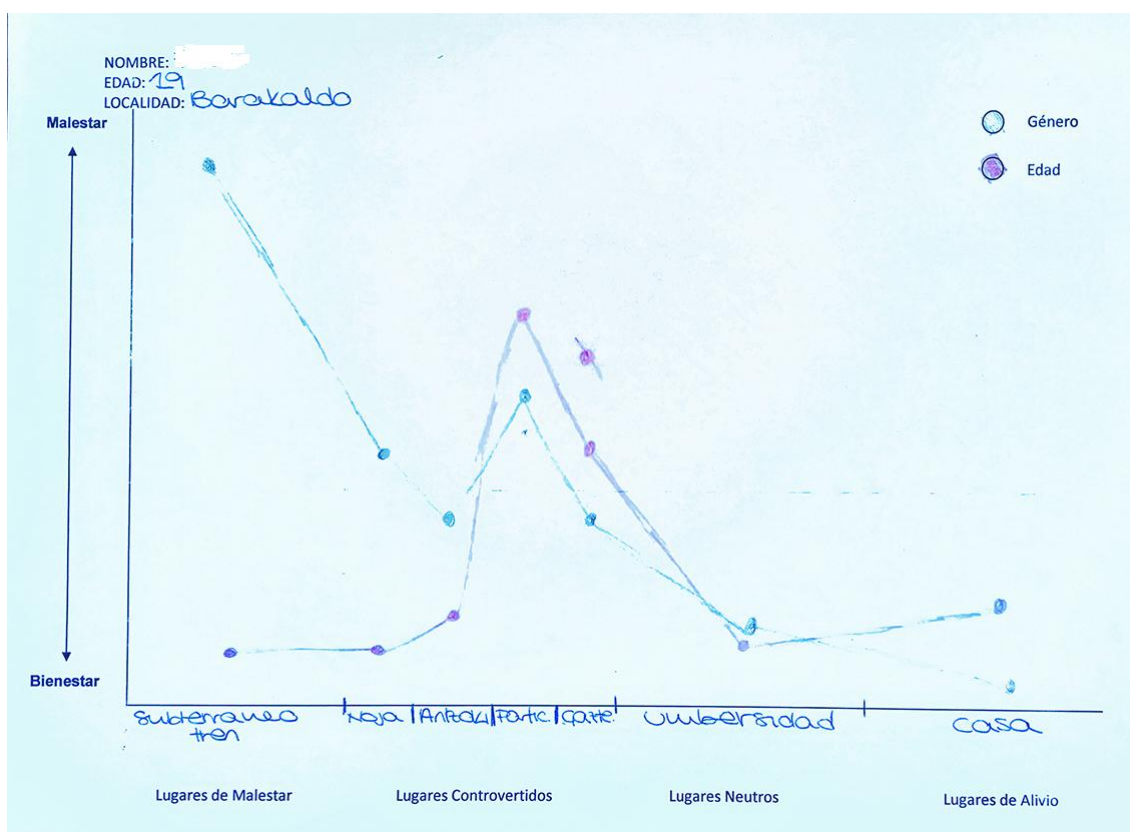
Figura 3: Ejemplo de tabla del segundo paso: Emma (19 años, Barakaldo)

NOMBRE: ██████████
 EDAD: 19
 LOCALIDAD: Barakaldo

LUGARES DE MALESTAR	LUGARES CONTROVERTIDOS	LUGARES NEUTROS	LUGARES DE ALIVIO/ BIENESTAR
SUBTERRANEO TREN	GAETETXEA	UNIBERTSITATEA	CASA
	PARTICULARES		
	ANTOKI		
	NOJA		██████████

En el segundo paso debían clasificar en otra tabla (ver figura 3) los lugares previamente decididos en función de las experiencias que habían identificado, en cuatro categorías más o menos graduales: lugares de malestar, lugares controvertidos, lugares neutros y lugares de bienestar. Los primeros son lugares donde se tiene una fuerte experiencia de malestar causada por una o más estructuras de poder. Los lugares controvertidos son aquellos que provocan un alivio de alguna opresión pero que en cambio provocan otro malestar. Los neutros son aquellos en los que ninguna identidad está de relieve y los de alivio son aquellos en los que se siente un gran bienestar y ninguna identidad está de relieve.

Figura 4: Ejemplo de *Relief Map*: Emma (19 años, Barakaldo)



En el tercer y último paso, primero debían ordenar bajo el eje horizontal los lugares de más malestar a más bienestar. Luego con dos lápices de colores marcaban para cada espacio un punto más o menos arriba en una gradación de bienestar a malestar para cada una de las dos dimensiones: género y edad. Finalmente con una línea juntar los distintos puntos de los distintos lugares para formar un perfil con relieves de la experiencia para cada dimensión.

3.4 Fases del proyecto y metodologías

Este proyecto se ha desarrollado en base a un trabajo de análisis teórico y de recogida de datos empíricos. En total, han participado 70⁸ chicas y chicos de tres localidades distintas (Hernani, Barakaldo y Vitoria-Gasteiz). Se han combinado diferentes técnicas según los grupos llegando a realizar 16 sesiones. A continuación se especifican las fases seguidas y se detallan las características del trabajo empírico realizado.

8 Hay que añadir dos chicas más de otras localidades entrevistadas individualmente como se detalla más adelante. Así el total serían 72.

En la primera fase (de agosto a noviembre de 2015) se revisó la literatura, especialmente en las especificidades que menos hemos trabajado previamente las investigadoras, para fijar el marco teórico general de la investigación. Además se llevó a cabo toda la dinámica de contacto, comunicación y acuerdo con los posibles agentes clave que identificamos que podían ser susceptibles de participar y tenían interés sustantivo. También se llevaron a cabo una serie de entrevistas de prospección con informantes clave, que tanto servirían para enriquecer, con ideas más prácticas, el marco teórico, como para conducir la elección de localidades y grupos.

Aunque se disponía de un conocimiento importante sobre el contexto vasco y el trabajo con jóvenes en temas de género, la idea de contactar e interlocutar con algunos agentes y personas clave que trabajan o investigan en estos temas, parecía que podía ayudar a completar una imagen inicial amplia y no sesgada. Además en algunos campos teóricos o de trabajo metodológico disponíamos de experiencia o referencias limitadas.

Así pues, siendo la cuestión de las masculinidades en relación al miedo un tema poco explorado y con poca literatura al respecto, se entrevistaron a dos de las personas que más han reflexionado en el País Vasco las cuestiones relativas a las masculinidades desde puntos de vista relativamente distintos. Además son personas que han trabajado con grupos de hombres jóvenes durante años, realizando talleres, dinámicas y experiencias distintas de investigación y de intervención. Eso nos ofreció algunas claves interesantes sobre cómo enfocar las sesiones con los chicos a nivel metodológico. Las otras dos entrevistas fueron a responsables de dos proyectos de intervención con adolescentes en cuestiones de género y prevención de violencia machista, *Beldur Barik* y *Harremonak*. En el primer de los casos, la entrevista permitió conocer de modo general las distintas iniciativas institucionales y educativas existentes en temas de igualdad y adolescencia. Además recogimos una lista de ideas para localizar el proyecto con información muy útil, como la trayectoria a nivel local tanto de activación social como de compromiso municipal en temas de género, la sensibilidad de las técnicas municipales, proyectos en institutos, etc. También nos facilitó algunos posibles contactos de personas que directamente nos permitieran activar los procedimientos para empezar el trabajo de campo. En el caso de los dos responsables de *Harremonak* que entrevistamos queríamos conocer este proyecto que se desarrolla en institutos de varias localidades guipuzcoanas, pero en concreto ya nos interesaba una de ellas, Hernani. Ya teníamos buenas referencias previas, por sus singularidades y por la existencia de un grupo como *Liletak* en el Instituto BHI.

De hecho esta ha sido una de las localizaciones finalmente escogidas. Mediante estas entrevistas de prospección, las intuiciones previas y los contactos desarrollados, **la investigación se concretó en tres localidades vascas, una por territorio histórico: Barakaldo en Vizcaya, Hernani en Guipúzcoa y Vitoria-Gasteiz en Álava.** Al ser nuestro objetivo la profundización en una temática, con una importante perspectiva transformadora que pretendía dar preeminencia a la parte emocional y con potencial de cambio, se priorizó la concentración de esfuerzos con unos grupos determinados. Al no pretender tener una muestra representativa sino ilustrativa, se escogieron municipios en los que hubiera grupos de jóvenes con voluntad de realizar diversas sesiones en relación a la investigación y que tuvieran interés sobre la temática. A pesar de haber priorizado la posibilidad de ahondar en la cuestión por encima de la representatividad, creemos que estos tres municipios sí resumen con una clara diversidad de tamaño, nivel de urbanización, composición social, etc. entre ellos, realidades relevantes y significativas del espectro geográfico y social vasco. Tanto el número de lugares como de sesiones y número de personas participantes se ha decidido en base a criterios metodológicos que, atendiendo a las características del proyecto, nos permitían conseguir con más éxito los objetivos planteados.

El contacto desarrollado en Hernani y el interés de varios agentes locales para que desarrolláramos el proyecto nos convencieron en este caso para iniciar el trabajo. Creemos además que es un municipio parecido a muchos otros guipuzcoanos, reflejo de una realidad urbana pequeña o mediana importante. Debía aparecer alguna localidad que no fuera muy grande, para retratar un contexto imprescindible para entender la sociedad vasca en su conjunto. Además al conocer la problemática de la época de Sidrerías, que transforma el aspecto y usos del espacio público en el municipio unos cuantos fines de semana al año, nos pareció muy interesante. Ya intuíamos que los espacios y momentos del ocio nocturno a lo largo del calendario, y la cuestión del acoso sexista en esos contextos sería de especial relevancia y el trabajo en Hernani también nos lo ha confirmado. En Barakaldo, sus especificidades socio-demográficas también nos atraían. Conocimos la existencia de algunos puntos negros del espacio público escenario de agresiones, y el contacto desarrollado con el colectivo de jóvenes feministas *Iretargi*, así como su interés nos animaron también a optar por esa opción. En el caso de Vitoria-Gasteiz, la distribución de la población alavesa desde un buen inicio nos pareció que la convertía en la opción más viable y interesante.

En el caso de las dos primeras se ha trabajado pues con dos grupos que por razones distintas hacían suponer que los y las jóvenes disponían de una conciencia crítica

respecto a las desigualdades de género y en el caso de Vitoria-Gasteiz se trabajó con varios grupos en dos centros escolares de secundaria. En Hernani el colectivo feminista *Liletak*, que agrupa a chicos y chicas de segundo de Bachillerato del Instituto BHI. En Barakaldo un grupo de chicas y otro de chicos pertenecientes a distintos colectivos juveniles locales y que trabajan coordinadamente en el Gaztetxe Makala II conformaron los grupos de investigación. Y en Vitoria-Gasteiz contactos personales nos permitieron comunicarnos con personal docente y la dirección de dos institutos de la ciudad: el concertado San Prudencio y el público Koldo Mitxelena. En los dos recibimos muchas facilidades para poder hacer unas sesiones con chicos y chicas de 4º de ESO de ambos centros y así se realizó.

La segunda fase, con los grupos de investigación y acción definidos, correspondió a la realización propiamente del trabajo de campo y se desarrolló durante el primer trimestre de 2016. El proyecto *¿La calle es mía?* ha pivotado finalmente de forma esencial en las sesiones de grupo y grupos de discusión con chicos y chicas jóvenes. Inicialmente no estaba muy clara qué proporción se establecería entre sesiones de grupo y entrevistas individuales. A medida que el trabajo de campo avanzaba, y dado el éxito y nivel de profundización que nos permitía el trabajo intenso y continuado con los colectivos, apostamos por reforzar este tipo de recogida de datos por encima de las entrevistas individuales. Cuando hicimos las primeras sesiones de trabajo no mixtas nos pareció que la complicidad de género, fraternidad (o sororidad) que surgía daba más riqueza a las evidencias que podríamos extraer en comparación con entrevistas individuales que podían ser más distantes y atomizadas. De nuevo quisimos priorizar el carácter transformador de la acción participativa con los colectivos y poder realizar varias sesiones grupales con cada uno de ellos y no solo una. Eso multiplicó casi por cuatro el número de sesiones y también el número total de participantes que aspirábamos alcanzar.

Tabla 1: Número de sesiones grupales por tipología y localidad

Tipo sesión	Sexos	Barakaldo	Hernani	Vitoria-Gasteiz	Total
Sesiones realización de <i>Relief Maps</i>	Mujeres	1	1	2	7
	Hombres	1	1	1	
Sesiones de debate	Mujeres	1	1		7
	Hombres	1	1	1	
	Mixto	1	1		
Observaciones		1	1		2
Total		6	6	4	16

Se realizaron un total de 16 sesiones de trabajo en grupo, repartidas como se puede ver en la Tabla 1, seis con mujeres jóvenes de entre 15 y 25 años, seis con hombres jóvenes de entre 15 y 26 años y 4 de forma conjunta o mixta. En Barakaldo y en Hernani se realizaron dos sesiones con las chicas y dos con los chicos y dos finales de forma conjunta, mientras que en Vitoria-Gasteiz se realizaron dos grupos con chicas de 4º de ESO y dos con chicos de los dos centros escolares. Para respetar el principio de la no-mixticidad con los grupos de mujeres trabajó como facilitadora y conductora siempre la misma investigadora y con los hombres siempre el investigador.

En las dos primeras localizaciones la primera sesión se dedicó a la elaboración individual de los *Relief Maps* de la forma que ya se ha detallado, a su posterior puesta en común persona por persona y a un debate posterior en función del tiempo disponible restante. En total, se han elaborado 64 *Relief Maps*, siendo estos recogidos con sus correspondientes tablas para su posterior análisis. Este uso de los *Relief Maps* en comparación con otras aplicaciones anteriores, matiza la cantidad, y sobre todo la profundidad de la información obtenida con ellos. Realizarlos todos a la vez, como primer ejercicio, sin un aterrizaje del tema previo y sin un acompañamiento individualizado a cada joven hace que perdamos algo de rigurosidad y calidad en ellos, pero a cambio la posibilidad de disponer de muchos. Así, la elaboración de los *Relief Maps*, ha tenido en este caso una importante función como herramienta de reflexión individual y sistematizada para situar los términos de la discusión posterior sobre la temática. Han servido como una forma de introducción, de reflexión personal previa, para luego disponer de ideas y experiencias recordadas y estructuradas para comentar y debatir en común. A veces los *Relief Maps* también han servido no solo o

no tanto por lo que dicen, sino también o sobre todo por lo que no dicen, lo que se oculta o lo que no existe, por ejemplo los limitados malestares masculinos.

De hecho es pertinente hacer una valoración concreta sobre el uso de estos con los hombres jóvenes. Su realización con ellos ha comportado problemas y limitaciones evidentes. En algunos casos parece que no interpretaron bien lo que se les pedía, en otros esta falta de acompañamiento y ayuda los convierte en muy pobres o mal hechos, por ejemplo con incoherencias entre lo que expresan en cada uno de los pasos. Pero esta limitación en realidad nos da una de las primeras claves importantes del trabajo que desarrollaremos en el siguiente capítulo: la inexistencia de experiencia de género o de auto-conciencia de identidad generizada por parte de los hombres. Al identificarse estas deficiencias durante el trabajo de campo, en uno de los grupos de chicos de Vitoria-Gasteiz se optó por no hacerles realizar los mapas y disponer así de más tiempo para el debate y la discusión. Pero visto el resultado, probablemente faltó esa virtud de ‘calentamiento inicial’ que comentábamos y que en el debate posterior quedó reflejado con una discusión más dispersa. Una consecuencia visible ya desde el inicio es que hablaron en tercera persona, externalizando los discursos hacía fuera. No hablaban de ellos, porque no se vieron obligados a pensar sobre sus sensaciones al inicio como sí el resto.

En la segunda sesión se buscaba conectar con el debate de la primera jornada y canalizarlo hacia los detalles de las vivencias del miedo, disponiendo de un guión de preguntas de apoyo para incentivar el debate, que se utilizaba más o menos en función de la dinámica y la fluidez del grupo. En el caso de los grupos con chicos, a menudo menos prolíficos o directamente poco dados a hablar sobre estos temas, se utilizaron métodos de apoyo para provocar y alimentar un poco el debate y los distintos puntos de vista. Se utilizaron dos vídeos disponibles en la red que ponían el foco en la normalización que tenemos interiorizada de las desigualdades de género y en el acoso callejero, el corto francés [“Mayoría oprimida”](#)⁹ y el vídeo titulado [“Acoso callejero en Nueva York”](#)¹⁰. También se utilizaron dos artículos aparecidos en la prensa digital catalana a finales de 2015, en una sesión con los chicos de Hernani y en la sesión mixta final de Barakaldo. Son dos artículos¹¹ que relatan una misma vivencia, el encuentro de un hombre y una mujer en la calle por la noche que comparten un mismo itinerario y eso le pone en tensión a ella y en una situación de incomodidad a él. Sirvió

9 Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=90TqbchFQYY>

10 Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=QdmOdcXusGk>

11 [“La noche es nuestra”](#) y [“Damos miedo aunque no queramos”](#). Los artículos fueron traducidos al castellano para este fin.

para poner en diálogo dos voces que podían ser parecidas a la de las chicas y chicos concienciados y ver hasta qué punto se sentían reflejadas.

Todas estas sesiones oscilaron entre los tres cuartos de hora de duración en algún caso puntual y las dos horas, siendo lo más habitual dedicar una hora larga. Las sesiones empezaban con una introducción sobre lo que se iba a hacer, una aclaración sobre el anonimato¹² y la confidencialidad de los datos y opiniones que expresaran y su consentimiento para grabarlas en audio. A posteriori con las grabaciones y con los *Relief Maps* que recogíamos al terminar se realizaron informes-resumen de cada una de ellas con citas relevantes transcritas literalmente para poderlas usar luego en el análisis de los resultados.

Tabla 2: Número de participantes en sesiones grupales por tipología y localidad

Sexo	Conciencia previa	Barakaldo	Hernani	Vitoria-Gasteiz	Total
Mujeres	Sí	12	13		41
	No			16	
Hombres	Sí	8	5		29
	No			16	
Total		20	18	32	70

En total 70 jóvenes distintos han participado de estas sesiones de debate y discusión, aunque algunas lo han hecho en más de una ocasión (Barakaldo y Hernani) y otras lo han hecho en un caso (Vitoria-Gasteiz). La distribución se puede ver en la Tabla 2.

Otra de las particularidades de la metodología desarrollada fue la realización de observaciones grupales en el marco de la IAP. En las primeras sesiones de grupos de discusión ya era evidente una referencia continua a determinadas zonas de las ciudades de los jóvenes y a determinados momentos de la semana o del año. Básicamente hablamos de zonas de bares, donde los fines de semana se juntan muchas personas jóvenes para salir. En el caso de Hernani se hacía referencia a una época concreta del año, la que coincide con la temporada del *txotx* en las Sidrerías de

¹² De hecho en todo el trabajo se usan pseudónimos para referirnos a las personas que participaron en la investigación con el objetivo de preservar su anonimato

la zona. De forma reiterada en los grupos las mujeres se describían situaciones de incomodidad, abuso y acoso dentro y fuera de estos locales.

Aunque las escenas que se podían vivir allí podían ser no muy distintas a las de otras zonas de otras ciudades y pueblos, el desconocimiento que teníamos de esos lugares y de las prácticas nos hizo pensar en la posibilidad de ir a conocerlas de primera mano. Pero teniendo en cuenta el carácter participativo y las ganas que teníamos de implicar a los y las jóvenes como investigadores propiamente, y la voluntad innovadora ya expresada, decidimos realizar unas sesiones de observación participante experimental con los dos grupos con los que tuvimos esa vinculación participativa más profunda. La observación participante o participada es un tipo de técnica cualitativa teorizada en metodología de las ciencias sociales. Consiste en que la investigadora se introduzca y participe de la dinámica de un grupo o colectivo durante un tiempo razonable para poder observar las prácticas, relaciones y discursos que existen de primer mano. Pero este no es nuestro caso, porque hemos decidido poner a las “investigadas” a “investigar” la realidad social y recoger sus observaciones y valoraciones posteriores. Por eso no hemos encontrado una etiqueta existente adecuada para nuestro formato y le hemos llamado observación experimental, aunque quizás meta-observación podría ser otra opción.

Así se buscaron momentos de la semana o del calendario que coincidieran con una amplia asistencia de jóvenes (y de no tan jóvenes) a esos lugares de ocio nocturno. En el caso de Barakaldo se realizó un sábado por la noche por lo que ellos llaman “La zona” un conjunto de bares y discotecas concentradas en un punto de la ciudad. Y en Hernani la observación se realizó un sábado al anochecer dentro de la temporada de las Sidrerías. Se quedó con los grupos de forma conjunta, se les repartió un cuestionario previo para que tuvieran algunas pautas de en qué fijarse y a qué prestar atención y se estuvo durante dos horas pasando por distintos lugares intentando mimetizarse con el entorno. Estas dos sesiones de observación fueron un éxito, por el interés que les suscitó, por la cantidad de cosas que aparecieron y ellas y ellos mismos extrajeron y por el carácter transformador y concienciador que tuvo en algunas.

Cuando el trabajo de campo con los grupos ya estaba en vías de concluirse, y volviendo al debate sobre la utilización o no de entrevistas individuales, se decidió hacer una prueba realizando tres de ellas. Se hizo una entrevista a una de las participantes de Barakaldo, Emma, en la que se observaron especificidades suficientemente interesantes como para poder tener un diálogo individualizado con ella. Además se realizaron otras dos a dos mujeres jóvenes, Daniela y Maite, mayores

que el resto de chicas participantes, que no tenían ninguna relación con los grupos participantes, residentes en Bilbao y que en principio no tenían ninguna vinculación con el feminismo ni el activismo. Estas dos últimas fueron seleccionadas para ver si había algún perfil de mujer joven que había quedado poco representado en el conjunto y si por ello perdíamos vivencias o discursos distintos. Con ellas se realizaron también los *Relief Maps* y a partir de allí se les preguntó de forma parecida que en los grupos sobre el miedo que sentían, los condicionantes y las repercusiones sociales. La sensación fue que, aunque eran interesantes, no había realmente evidencias o relatos significativamente nuevos o distintos a los que ya habíamos recogido. Es por eso que, siguiendo el principio de saturación y con la gran cantidad de información por analizar de los grupos se decidió no llevar a cabo más entrevistas individuales y centrar la atención en el rico material que proporcionaban los trabajos con los grupos.

Una vez finalizado el trabajo de campo se procedió a analizar todo el material recopilado: *Relief Maps*, tablas y resúmenes de las sesiones grupales e individuales, dando inicio a la tercera fase. La sistematización de toda esa información, la identificación de los grandes temas y la elección de un hilo conductor narrativo lógico no fueron fáciles dada la cantidad de datos. Las investigadoras elegimos hacer ese trabajo de forma colectiva y completa, no de forma parcelizada, cada persona una parte. Por eso la construcción del relato es compartida, haciéndolo más rico y profundo. Una vez trazadas las ideas y líneas maestras se procedió a redactar todo el análisis, recuperar las partes ya trabajadas anteriormente como el marco teórico, escribir el resto de capítulos y finalmente compilarlo en un solo documento definitivo.

Pero esta tercera fase incluye para nosotras otras tareas que hemos desarrollado y que continuamos desarrollando a día de hoy. La complicidad conseguida con algunos de las facilitadoras y especialmente con los colectivos de jóvenes organizados participantes nos ha llevado a poder estar desarrollando acorde con la perspectiva de la IAP, acciones y actividades para trabajar estas temáticas de cara a la transformación pro-activa. Aunque estos colectivos ya habían trabajado estas cuestiones de forma más directa o tangencial, hemos querido ofrecerles desde el inicio todas las opciones de colaboración para que ellas y ellos emprendieran dinámicas de trabajo público o interno, una vez hecho este camino de auto-concienciación personal y colectiva. Hasta el momento se ha concretado una sesión de formación en Barakaldo con una experta en autodefensa feminista y en relaciones de género en espacios activistas, vistas algunas tensiones y dificultades que se daban entre las chicas y chicos de esa localidad. Y además a ellos se les está asesorando y dinamizando en

los encuentros de hombres que han querido iniciar para debatir y compartir reflexiones sobre la masculinidad desde una óptica feminista.

4. ANÁLISIS DE LOS RESULTADOS

A continuación presentaremos el análisis de resultados organizado según las principales temáticas que han aparecido como ejes estructuradores. En primer lugar nos centraremos en la relación entre las metodologías escogidas y los datos obtenidos. En segundo lugar describiremos los elementos diferenciales en la configuración del miedo en el contexto vasco así como la percepción que tienen las personas jóvenes de este. Proseguiremos con la descripción pormenorizada del miedo de las mujeres, las causas que lo provocan y las consecuencias que tiene, así como con el análisis del acoso sexista en el ocio nocturno. Veremos luego otros malestares y experiencias que viven las jóvenes y una reflexión específica sobre el trabajo de campo con los chicos. Para terminar nos fijaremos en las diferencias observables en las sensaciones y relatos de las mujeres jóvenes con conciencia feminista explícita y las que no la tienen.

4.1 Los relieves del miedo: una cuestión de género

La primera idea que cabe extraer del análisis del material recogido en el trabajo de campo y también apuntar como prevención inicial es la de la diversidad. No solo las distintas categorías que diferencian a las participantes (sexo-género, edad, localidad y disposición de una conciencia feminista) establecen importantes diferencias entre ellas y ellos, sino que dentro de los propios grupos hay diversidad de vivencias, percepciones y reflexiones. Hemos observado, por ejemplo, distintas relaciones con el miedo, distintas formas de vivirlo y pensarlo y distintas formas de reaccionar ante él.

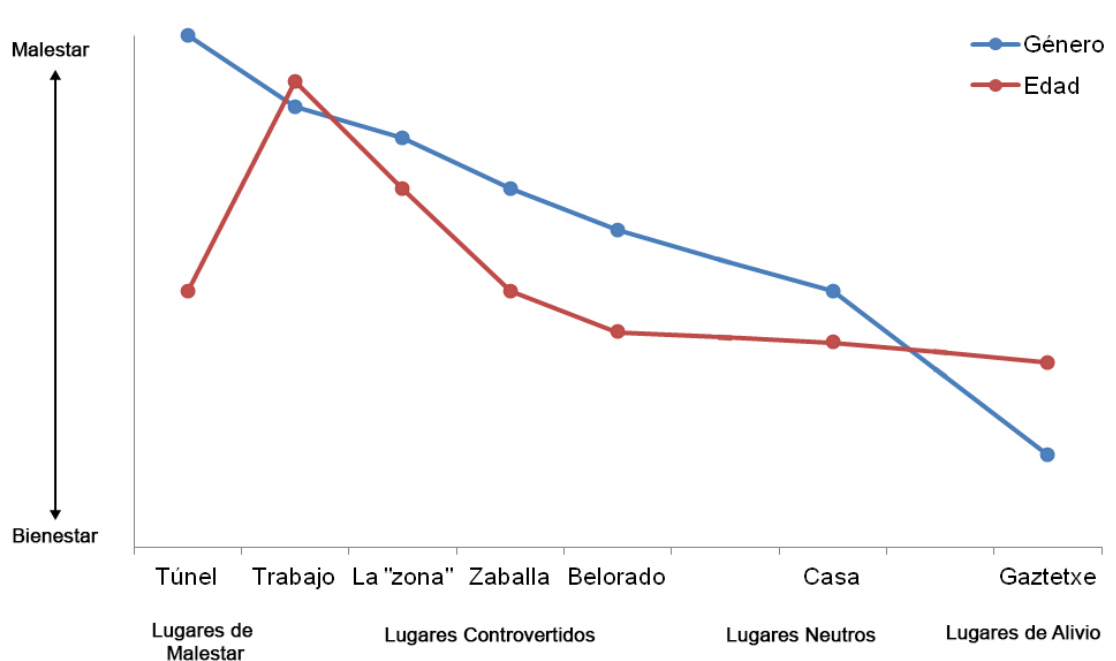
Esto tampoco es nada especialmente sorprendente en un entorno social actual caracterizado por la complejidad y la fragmentación. Esta heterogeneidad también se traslada a la forma cómo viven las personas jóvenes el espacio público y las sensaciones que tienen. Así esta complejidad nos debe advertir como investigadoras del riesgo de establecer sentencias universales para hablar de todo el colectivo juvenil y a las responsables públicos de la necesidad de diseñar respuestas múltiples y adaptativas.

En el apartado metodológico se han comentado las virtudes y funciones que ha tenido la realización de los *Relief Maps* en las distintas sesiones de trabajo. Pero el contenido de estos, el propio funcionamiento a la hora de realizarlos o la elección de los lugares incluidos, por ejemplo, ya nos da información interesante más allá de las explicaciones

o debates posteriores. Hemos apuntado cómo la experiencia a la hora de aplicar esta técnica con hombres era más limitada. También nos hemos preguntado si, en este caso, como mera forma de recogida de datos tiene factibilidad. Pero en todo caso ha servido claramente para abrir debates y reflexiones entre ellos y para evidenciar rasgos de las vivencias de los hombres jóvenes respecto a su género y los distintos espacios que habitan.

A pesar de la diversidad de experiencias encontrada, el primer dato que se pone de manifiesto es la **clara desigualdad de género en relación a la percepción del miedo**. Con una simple visualización de los *Relief Maps*, queda muy clara la diferente experiencia del espacio público por parte de chicas y de chicos en general. En las figuras que se muestran a continuación, se puede ver la complejidad de las experiencias de opresión de género de las chicas a diferencia del caso de los chicos. Mostramos también aquí las tablas previas a la realización de los mapas ya que ayudan a comprender el proceso de materialización de las experiencias y dan información relevante también sobre el tipo de reflexiones que suscitan las cuestiones de género para chicas y para chicos.

Figura 5: *Relief Map* de Elene (25 años, Barakaldo)¹³



13 Con el objetivo de mejorar la visualización de los *Relief Maps*, éstos se han digitalizado en base a los dibujos hechos a mano por las participantes. Vale la pena puntualizar como distribuyó Elene los distintos lugares en las cuatro categorías en la tabla del segundo paso. En lugares de malestar situó el túnel; en los controvertidos, el lugar de trabajo, la "zona", Zaballa y Belorado; en los neutros la casa y en los de alivio el Gaztetxe.

Figura 6: Relief Map de Cristina (21 años, Barakaldo)

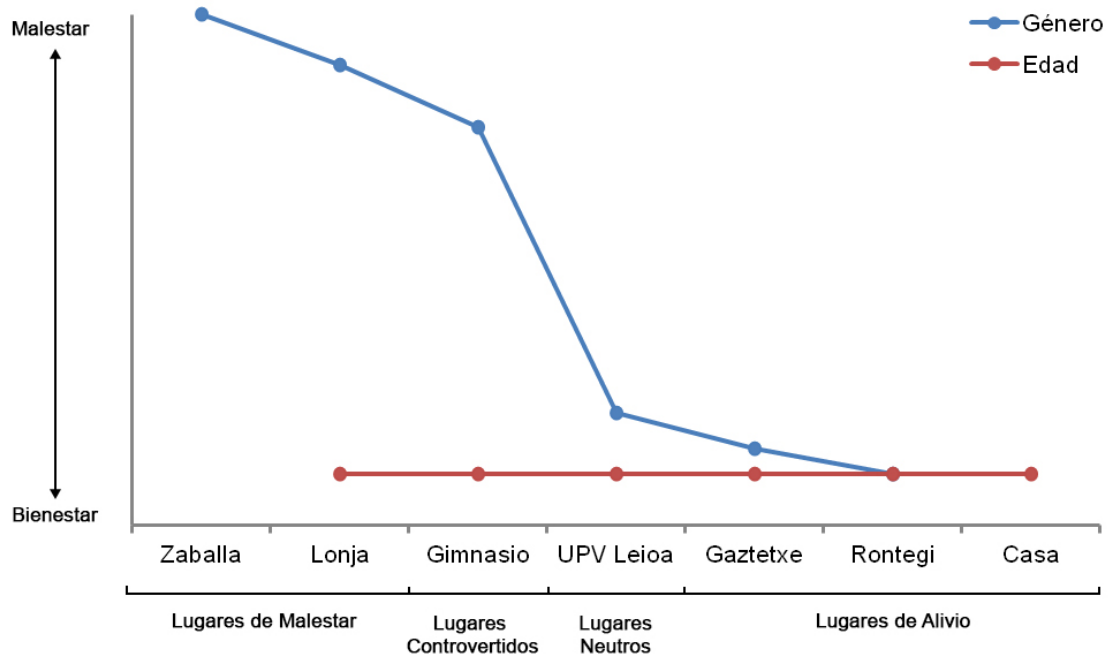
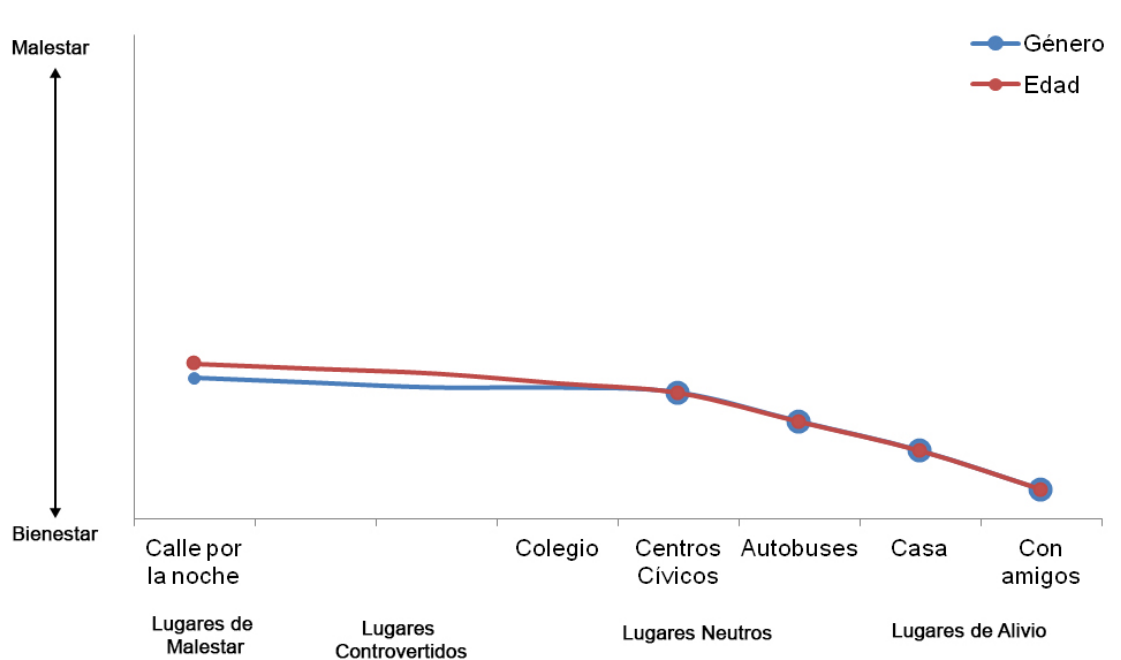


Figura 7: Relief Map de Jaime (15 años, Vitoria-Gasteiz)¹⁴



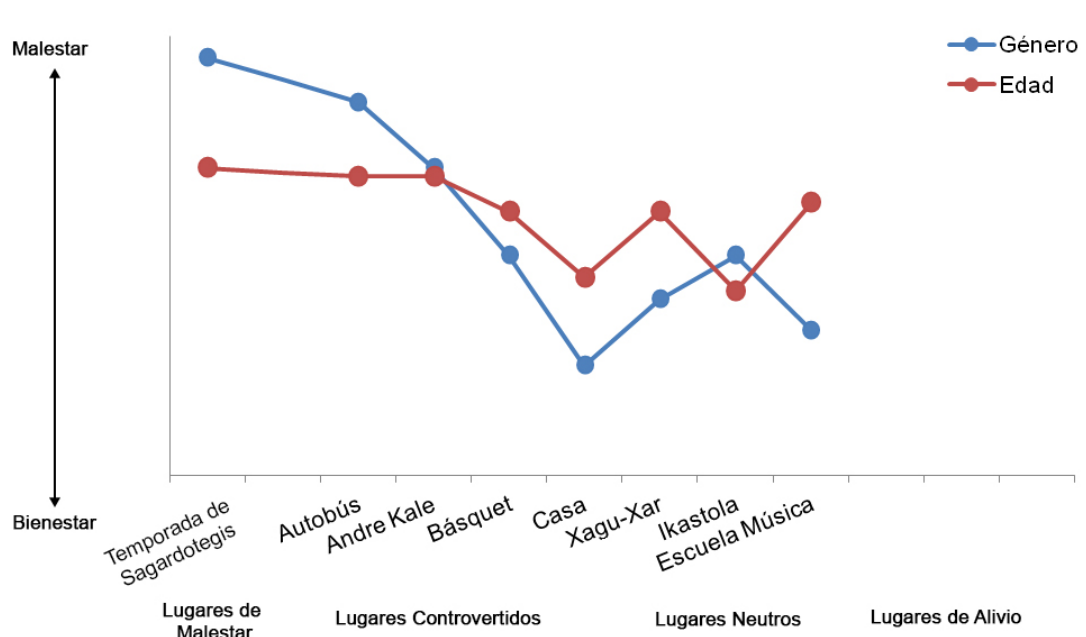
En este punto, como primer apunte, queremos resaltar la **gran diferencia entre los Relief Maps de las chicas y de los chicos**. Como se puede ver, en la Figura 5 y 6,

¹⁴ Jaime distribuyó los distintos lugares en las cuatro categorías en la tabla del segundo paso de la siguiente forma. En lugares de malestar situó la calle por la noche; en los controvertidos, ninguno; en los neutros el colegio, los centros cívicos y los autobuses y en los de alivio la casa y el estar con amigos.

Elene y Cristina muestran experiencias y malestares en relación al género de diversa intensidad en diversos lugares y una intersección con la edad en estos casos heterogénea. En el caso de Jaime, por contra vemos una vivencia mucho más simple, caracterizada por un nivel de malestar muy bajo y una fusión casi total entre la dimensión de género y la de edad.

El rasgo general en los mapas de las chicas es que entienden bien la herramienta y plasman malestares de género y edad diversos, escalables y justificados. Dibujan líneas acentuadas, aprovechando todo el eje vertical para expresar intensidades variadas causadas por diversas sensaciones o discriminaciones, pero especialmente en la curva de género. Es esta dimensión la que estructura su representación, ordena sus lugares de vida de más a menos y por tanto el género es el que define y marca sus vivencias. Dibujan mapas especialmente reveladores las chicas con conciencia y práctica feminista, a menudo parecidos entre ellas. Aquí podemos establecer ya la primera diferencia con las que no disponen de esta, que en algunos casos revelan pocos malestares de género. Y también son interesantes las diferencias de edad, observando los de las chicas más jóvenes, ya que parece que la experiencia se transforma a lo largo de la adolescencia y juventud, como luego desarrollaremos más extensamente.

Figura 7: Relief Map de Alazne (17 años, Hernani)¹⁵



¹⁵ Alazne distribuyó los distintos lugares en las cuatro categorías del segundo paso de la siguiente forma. En lugares de malestar situó la temporada de Sagardotegis; en los controvertidos, el autobús, Andrekale y el básquet; en los neutros, Xagu-Xar, la ikastola y la escuela de música y en los de alivio ninguno.

Sobre los lugares escogidos, las chicas, especialmente las concienciadas, sitúan como espacios de malestar los espacios festivos nocturnos, donde reconocen un ambiente sexista que les produce desagrado y a veces viven situaciones de acoso o agresiones. En algunos casos localizan como los lugares de mayor malestar los enclaves del espacio público donde tienen especial miedo. Por el contrario coinciden casi unánimemente en situar el mayor bienestar en el hogar. Sobre el miedo concretamente, todas las chicas entrevistadas se han sentido identificadas con el miedo, lo han sentido en algún momento y casi todas lo han identificado como problemático. Las citas que se muestran a continuación son ilustrativas del tono general de las entrevistadas en relación al miedo:

Bea (25 años, Barakaldo): “A mí no me ha pasado nada nunca, pero vivo con mucho miedo, creo que es por las cosas que me cuentan”.

Emma (19 años, Barakaldo): “Yo vivo en una zona bastante oscura, justo mi portal está en una zona donde a la mayoría de mis amigas les da mucho miedo ir solas hasta allí. Por lo tanto, yo he vivido con eso desde siempre”.

Daniela (28 años, Etxebarri): “Sí hablamos entre las amigas, y algunas amigas sí que también sienten mucho miedo. Igual es exagerado decirlo, pero yo creo que sí, en general todas las chicas sentimos este miedo.”.

Estas citas muestran el contacto de las chicas con las sensaciones de miedo y malestar en el espacio público, como también con los discursos en relación al miedo y los elementos que lo configuran. Sobre la diversidad de experiencias, de estrategias para vencer el miedo, si localización concreta y sus características hablaremos más adelante pero lo que desvelan los *Relief Maps* claramente es que **el género tiene una gran influencia en la experiencia de bienestar y malestar y que esta varía según el lugar.**

Mientras en general la edad resulta secundaria para el bienestar de las chicas, menos para las más jóvenes, en el caso de los chicos es más relevante. Este malestar por edad tiene bastantes escenarios, a veces el hogar, donde sienten una relación de poder de sus familias hacia ellos, a veces espacios que comparten con jóvenes de otras edades. En el caso de los chicos de los grupos de los institutos ese malestar de edad es el que les hace situar algunos espacios públicos que consideran de riesgo para ellos en el lugar más alto de malestar. En cambio los chicos concienciados, en general mayores, suelen situar en los lugares de mayor malestar los espacios festivos nocturnos, igual que sus compañeras, por un malestar de género básicamente empático o ético.

De hecho una de las cuestiones más relevantes en la realización de los mapas es lo que podríamos llamar, desconcierto masculino. **Los chicos jóvenes tienen dificultades para ser conscientes de su propia experiencia en base al género.** Probablemente la misma idea de género como concepto les hace pensar en cuestiones “de mujeres” o como mucho de la relación entre hombres y mujeres, pero no a algo que pueda hacer referencia o les pueda implicar a ellos mismos de forma particular. Vemos como les cuesta identificar el género como una identidad marcada, como si no tuvieran género. Aunque pueden ver los individuos en términos de sexo biológico, pueden no ser conscientes de cómo los significados sociales conectados con el sexo configuran sus experiencias (Kimmel y Messner, 1998 en Day, 2001) Aunque el hecho de ser hombres es relevante a la hora de definir su identidad interpretan el género masculino como neutro, sin implicaciones. Day afirma que perspectivas y comportamientos machistas con frecuencia permanecen sin “marcar”, las experiencias de los hombres privilegiados se dan por "normales".

Patxi (16 años, Vitoria-Gasteiz): “A mí me da prácticamente igual el género. Y la edad a veces.”

Raúl (20 años, Barakaldo): “No encuentro sentimientos en base al género”

Igor (17 años, Hernani): “A nivel de género en todos los sitios cómodo. Cuando lo he puesto me he quedado flipado un poco, pero es que al final no veo ninguna... que me sienta incómodo por el género. Por la edad sí, pero por el género no.”

Son muy pocos los que describen malestares de género personales en relación al cumplimiento con los dictados de la masculinidad hegemónica o que describan bienestar de género como privilegios. Por un lado algunos sitúan sus oscilaciones en la línea de la edad y la de género la dejan paralela y al lado del eje horizontal, queriendo representar inexistencia total de malestar por esta cuestión. Asumen que no sienten nada “malo”, ninguna desigualdad específica por el hecho de serlo. Y otros, básicamente los chicos concienciados, describen malestares de género por empatía o solidaridad con las chicas jóvenes, lo cual les hace supuestamente a ellos no estar cómodos en esos lugares. A veces directamente escriben en las tablas sobre lo que les pasa a las chicas cuando la pregunta es cómo se sienten ellos.

Gaizka (16-17 años, Vitoria-Gasteiz): “Tranquilo, pero una mujer también ya que es mi familia con la que convivo. (en casa)”

Esta situación, en términos generales, pone de manifiesto que **existe una clara desigualdad de género en relación al miedo que además se entrecruza con la edad.** Algo que también confirman los datos estadísticos existentes. Según el

Observatorio Vasco de la Juventud, en 2012 el 32% de las mujeres jóvenes vascas decía sentir miedo cuando se desplaza de noche por su barrio o pueblo, frente al 7% de los hombres jóvenes. Esta enorme diferencia, junto con la tendencia al alza de los datos (creció 10 puntos en solo ocho años) evidencia la gravedad de la situación también en el País Vasco y la pertinencia de analizarla y combatirla (Bilbao, 2014). A continuación situaremos este fenómeno en el País Vasco para aportar algunas herramientas de contextualización antes de adentrarnos en el análisis de la configuración del miedo en sí mismo y sus consecuencias.

4.2 Elementos distintivos de la configuración del miedo en el contexto vasco

Las experiencias de las mujeres jóvenes participantes en relación al miedo, en términos generales, siguen la línea de la gran mayoría de estudios realizados sobre la temática, a nivel estatal (ver Rodó-de-Zárate 2013, 2015b; Freixanet-Mateo, 2011; López, 2012; Patiño-Díe, 2016) y también internacional (Day, 1999; Pain, 2001; Valentine, 1992; Koskela 1997). **Las mujeres tienen miedo a sufrir agresiones por parte de hombres, en espacios públicos con poca afluencia de gente y especialmente de noche.** Este miedo se sustenta sobre la sujeción de las mujeres a la mirada masculina heterosexual en el espacio público, siendo el miedo una de las cuestiones que más condiciona la experiencia de las mujeres en las ciudades y su libertad de movimiento (Pain, 2001; Koskela, 1997; Ruddick, 1996; Valentine, 1992). A nivel general, las diferencias que puede conllevar el contexto geográfico específico pueden ser relevantes para ver la materialización concreta del miedo y de las agresiones, pero las causas generales de la violencia y del miedo debemos situarlas en unas relaciones de sexo-género desiguales. Es decir, el motivo principal por el que las mujeres tienen miedo es por el hecho de ser mujeres, no por cuestiones específicas del contexto geográfico y cultural. Dicho esto, el contexto sí importa para la configuración específica, ya que condiciona la forma cómo se percibe el miedo, las posibilidades de respuesta y el imaginario concreto en el que se desarrolla. Sobre este punto, una de las cuestiones que parece tener una particularidad en el contexto vasco, es la dificultad para localizar en este el miedo y las agresiones y una cierta tendencia a la identificación de las agresiones como algo externo a este entorno.

Markel (17 años, Hernani): “Yo creo que aquí no es tan heavy. Es decir aquí claro que hay muchos casos como estos, pero tan heavy no creo.”

Hodei (17 años, Hernani): “Que en Madrid igual también pasa así, en grande, pero es diferente a aquí.”

Esta cita ilustra una de las percepciones mayoritarias encontradas en el grupo de los chicos. Al preguntar sobre la configuración de miedo, muchos de ellos han situado el miedo y las agresiones en el espacio público como cuestiones de ‘fuera de su contexto’. A diferencia de ellas, que al preguntar sobre las causas y configuración del miedo, en general hacían referencia a su propia experiencia, a su cotidianidad y a las consecuencias que el miedo tiene en sus vidas, los chicos aludían a un supuesto escaso número de agresiones en el espacio público comparado con otros contextos. Aunque no aludían a ese “aquí” como el País Vasco, los propios comentarios y la similitud de estos en los grupos de los tres territorios históricos nos llevan a pensar que sí se trata de este contexto territorial. Es muy sintomático pues, como en la investigación **hay una tendencia, especialmente entre los hombres jóvenes, a identificar los abusos, las intimidaciones y las agresiones como algo externo, exógeno, que está lejos o viene de fuera.**

Estos tipos de impresiones no solo son a menudo directamente equivocadas, sino que representan un peligro en el camino de la lucha por la igualdad de género. Es lo que se ha conceptualizado como “falsa igualdad”, la idea que determinadas conquistas del movimiento feminista, por ejemplo legales, han llevado a un estadio de superación definitiva de las desigualdades entre hombres y mujeres. Es lo que De Miguel advierte en relación a las percepciones de la juventud en “Feminismo y juventud en las sociedades formalmente igualitarias” (De Miguel, 2008). Otro ejemplo muy oportuno es el estudio de Koskela sobre las vivencias de las mujeres del espacio público en Finlandia. En él concluye que la creencia de una supuesta igualdad de género de la sociedad finesa sería solo un mito, si se considera el miedo a la violencia como un indicador de desigualdad, ya que las mujeres experimentan allí sensaciones y miedos muy parecidos a los de mujeres de otros países (Koskela, 1997).

Algunas de estas percepciones masculinas aludían también a una supuesta menor presencia de ciudades grandes o la importancia de los núcleos medianos y pequeños en la estructura demográfica vasca, dado que se presupone una mayor presencia tanto de violencia como de miedo en el espacio público en las grandes urbes. Pero de hecho, la Comunidad Autónoma Vasca presenta una de las densidades de población más altas de entre todas las CCAA y una tasa de urbanización¹⁶ por encima de la media española, cosa que desmiente la posible intuición de que mantiene un

16 Proporción de la población que reside en municipios de más de 5.000 habitantes.

componente rural elevado. Sí que podríamos hacer un matiz relevante si observamos el peso de los distintos tamaños de municipios en relación al resto del Estado. En Guipúzcoa casi un tercio de la población vive en municipios que, como Hernani, tienen entre 10.000 y 20.000 habitantes, el triple que en la media estatal, lo cual también eleva el porcentaje del conjunto de la CAV. Aunque estadísticamente estas poblaciones son consideradas urbanas, tienen una medida e idiosincrasia lógicamente muy distinta a la de las grandes urbes.

Lo único que nos podría llevar a hacer inferencias por una urbanización diferencial sería el ritmo en qué se produjo este fenómeno. Según Carreras y Tafunell:

“Cataluña –la primera y mayor región industrializada- tiene, tanto en los inicios de la época contemporánea como en la actualidad, una tasa de urbanización en línea con la de España. El País Vasco –la segunda región industrializada- ha sido, en cambio, la Comunidad en la que la población urbana ha crecido más en términos relativos. Gracias a ello ha pasado de ser una sociedad profundamente rural a tener un nivel de urbanización superior al del conjunto español.” (Carreras y Tafunell, 2005)

Así, esa urbanización acelerada quizás puso en mayor colisión valores y formas de vida tradicionales con otros ligados a la contemporaneidad y la ciudad. Obviamente otras dinámicas sociales afectan a estos fenómenos, pero quizás ese choque produjo una mayor resistencia y apego a lo tradicional. Batista (2011) identifica la sociedad y la cultura vasca como convexa, más bien refractaria a las influencias externas en oposición a la idea receptora de concavidad.

Otra de las cuestiones relevantes como específica del contexto vasco es el tratamiento y el valor de la familia. Y aquí la literatura sí nos habla de un posible carácter específico de la ciudadanía vasca. Algunos que estudiaron el tema ya hace tiempo como Wilhelm Humboldt, Rodney Gallop o hasta José Miguel Barandiaran, apuntan a lo mismo: ese sentido de pertenencia a la familia y a una comunidad, ligado a la transmisión de valores en el ámbito del *baserri*. Irazuzta lo describe como un destacado agente de socialización en el País Vasco, ya que “desde los discursos nacionalistas decimonónicos que ubicaban la particularidad comunitaria vasca en las bases de la familia troncal, hasta su tendencia contemporánea hacia la constitución de nuevos modelos familiares, pasando por su lugar de reproducción ideológica fundamental durante el régimen franquista, la familia sigue, hoy en día, ocupando un lugar central en el debate intelectual del País Vasco” (Irazuzta, 2005). Pero los estudios recientes a partir de la Encuesta Europea de Valores, hablan también del mantenimiento diferencial de un carácter “familiarista” (Elzo, 2012 y Leonardo, 2012)

en un contexto general de progresiva secularización de la forma tradicional de familia y de su carácter de unidad esencial de relación. De forma más amplia también se habla de este carácter comunitario o comunitarista vinculándolo a otras estructuras o formas de relación muy extendidas y genuinas, como la cuadrilla, las lonjas o las sociedades. Aunque claramente matizado en los últimos tiempos, es relevante en lo que nos ocupa la segregación por razones de género que comportan estos espacios relacionales.

El hogar familiar y la familia como estructura de relaciones suelen representar espacios de cierta tensión, conflicto o cuanto menos incomodidad en la adolescencia y la juventud. Tanto por cuestiones de edad, como de género, como de otras dimensiones de la identidad. **Resulta relevante el alto nivel de consenso acerca de definir el hogar como el espacio de más confort y bienestar.** Prácticamente no hay voces disonantes, especialmente entre las chicas. Hay una defensa de ese espacio. Las chicas del grupo de Hernani reconocen que les costaría mucho más denunciar una agresión machista realizada por parte de un familiar.

Edurne (17 años, Hernani): “Puuf, imagínate tú tío, puf eso sí que sería un trauma.”

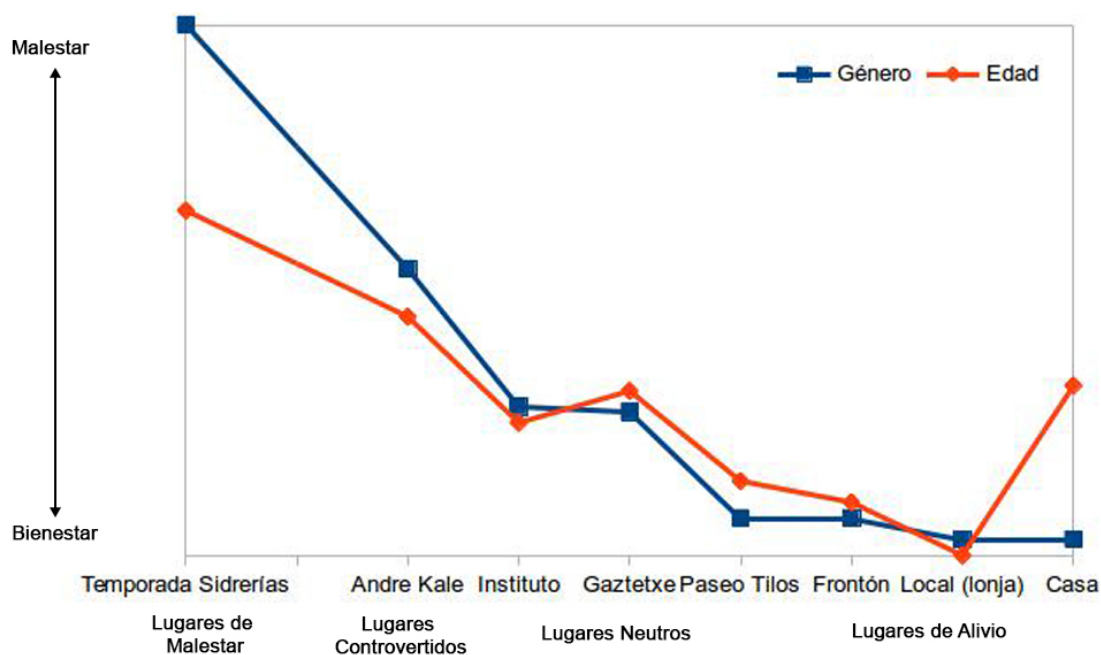
En este punto es crucial introducir la paradoja de Pain (2001) en relación al miedo: la autora señala que el miedo en el espacio público entraña dos paradojas: a) las chicas no sufren tantos ataques como el nivel de miedo a la violencia podría hacer suponer y b) es erróneo el lugar donde sitúan la violencia, puesto que la mayoría de agresiones hacia las mujeres se dan en el espacio privado o doméstico¹⁷. Las pocas herramientas para identificar y combatir la violencia en el ámbito privado, comparadas con la situación de alerta en el ámbito público, indican que el miedo que sienten las mujeres al crimen es una manifestación de la opresión de género y una forma de control a través de la reproducción del papel que tradicionalmente se les ha adjudicado (Pain, 2001).

Volveremos a este punto más adelante, pero es destacable mencionar la falta de discursos críticos con la familia por parte tanto de chicas como de chicos. No se ha encontrado ningún *Relief Map* que sitúe la casa familiar como un lugar de malestar relevante, ni se han encontrado relatos sobre situaciones de violencia familiar o relaciones desiguales que les afecten. En la Figura 8 se puede ver como la casa aparece como lugar de alivio en relación al género, con un punto que muestra un gran bienestar. Esta representación es la más frecuente en la mayoría de mapas

17 Cabe destacar en este punto que los estudios a los que se hace referencia se basan básicamente en contextos del Norte Global.

elaborados. Si bien en algunos mapas se ha encontrado alguna acentuación, o bien por edad o bien por género, en ningún caso se ha situado el hogar como 'lugar de malestar'. A pesar de esto, uno de los únicos pocos casos en los que se mencionó el hogar en este sentido es muy ilustrativo: hubo una chica que participó en uno de los grupos que pidió no rellenar la casilla de género en casa (durante la realización de los *Relief Maps*), desvelando algún tipo de malestar o vivencia que no quería compartir.

Figura 8: Relief Map de Saioa (17 años, Hernani)¹⁸



La familia no es el único dispositivo de socialización y de sociabilidad con características genuinas en el País Vasco, donde el mundo asociativo es denso, activo y variado. Esta densa red asociativa lleva a hablar a menudo de una cultura asociativa particular, una especificidad de la sociabilidad vasca (Jaureguiando, 2003). Más allá de las asociaciones formales con intereses u objetivos sectoriales concretos es importante subrayar aquí la extensión y singularidad de las cuadrillas, las sociedades y *txokos* y las lonjas juveniles.

La cuadrilla es un grupo de personas constituido por su afinidad en la edad, el sexo, la vecindad o la escolarización común (Martínez, 2005). Aunque es un fenómeno moderno ligado a la llegada de nuevas formas de vida (Goicoechea, 1984), mantiene un arraigo superior en pueblos y entornos más rurales, a pesar de una tendencia

¹⁸ Saioa distribuyó los distintos lugares en las cuatro categorías del segundo paso de la siguiente forma. En lugares de malestar situó la temporada de Sidrerías; en los controvertidos, Andrekale; en los neutros, el instituto y el Gaztetxe y en los de alivio, el Paseo de los Tilos, el frontón, el local y su casa.

general a cierto debilitamiento. Otra de las evoluciones es la incorporación de las mujeres jóvenes a ese fenómeno, en la adolescencia formando normalmente cuadrillas segregadas por sexo para posteriormente tender a la fusión. Pero las cuadrillas tradicionalmente han sido formadas solo por varones, que mientras salían y salen a la calle en grupo las mujeres permanecen en casa. Aunque como decíamos esto solo se mantiene en las generaciones más avanzadas, es muy significativa la relegación de las mujeres de la vida comunitaria y visible, del espacio público, que ha supuesto este fenómeno social (Martínez, 2005). También es fundamental la relación con la ocupación del espacio público, a través de su actividad principal: el “poteo”. La calle funciona entonces “como un hormiguero en donde lo grupal -la cuadrilla- se manifiesta como patrón explícito de estructuración de todas las relaciones” (Pérez-Agote en Martínez, 2005). Según Goicoechea, hay una «toma de la ciudad» y de aprehensión de sus circuitos y redes de intercambio simbólico, una apropiación espacio-temporal (Goicoechea, 1984).

Las sociedades gastronómicas o “txokos” son otra de las formas de agrupación características del País Vasco. Según Martínez se trata de un segundo hogar en el que se neutraliza o distiende el control social relacionado con el espacio público (los bares, los restaurantes, la calle) (Martínez, 2005). Es también significativo el veto tradicional a las mujeres en estos espacios, que aún se mantiene en algunas, y su evolución. Con rasgos parecidos a las sociedades, desde mediados de los años noventa se extiende en el País Vasco y Navarra el fenómeno de las lonjas juveniles¹⁹. Distintas transformaciones sociales y urbanas habrían provocado este fenómeno más allá de la cuestión climática, entre ellos la particularidad cultural que supone la existencia de la institución social de la cuadrilla (Tejerina *et al.*, 2012). Frente a una multitud de espacios *heterónomos* en los que las normas están establecidas desde el mundo adulto (hogar familiar, escuela, equipamientos públicos, etc.) la lonja resulta un lugar auto-gestionado y *auto-normado*, donde ellos “producen” sus propias normas (Tejerina *et al.*, 2012).

Las evidencias del trabajo de campo aluden a otra especificidad: **la importancia del contexto festivo nocturno en la vida de la juventud vasca**. Es conocida la dimensión general en todos los países occidentales de esta dinámica: la instauración de un modelo de ocio y de relaciones sociales basado en la noche y el alcohol. Pero algunas estadísticas y estudios apuntan a actitudes y comportamientos más

19 Según un estudio del Observatorio Vasco de la Juventud de 2013, el 20% de la juventud vasca tiene una lonja juvenil. Un 63% son chicos y un 32% de las lonjas son no-mixtas (la mayoría solo de chicos). La media de edad de los que la tienen es de 21 años y tiene algo más de arraigo en ciudades y municipios más grandes.

acentuados en el caso vasco, como en el consumo compulsivo de alcohol²⁰ o de estupefacientes (Meneses et al. 2009). También resulta especialmente llamativa en las reflexiones y vivencias de los y las jóvenes que han participado en el proyecto, la centralidad de la fiesta nocturna los fines de semana en sus vidas. No solo porque se concentran expectativas y deseos en ese contexto (el éxito social pasa por el éxito relacional, a menudo afectivo-sexual), también porque parece ser el espacio de desenfreno y ruptura de las normas sociales. Esa necesidad de hacer todo lo que no se puede hacer durante la semana, donde por medio del alcohol y la no presencia adulta parece que está todo permitido, es el escenario de una cierta justificación del acoso y las formas abusivas de relación de los hombres hacia las mujeres.

Nacho (15 años): “Claro estás pedete, está todo el mundo pedete, está todo el mundo feliz. Esto es así. La vida alcohólica, la vida mejor. ”

Curiosamente también es un mecanismo de reducción del miedo en las chicas ya que se reduce el estado de alerta, se apagan las alarmas.

Jule (25 años, Barakaldo): “Yo de hecho, tengo que volver muy muy borracha para que no sienta miedo”.

4.3 ‘Aquí no pasa’ y otras trampas de la invisibilización

Como se ha comentado en el punto anterior, hay una tendencia bastante clara entre los chicos de situar las agresiones como algo que pasa en ‘otros lugares’. Existe una necesidad de reseñar el contexto propio como de alguna forma diferente, liberado de ciertas discriminaciones. Esta estrategia funciona a nivel discursivo y se sustenta sobre la disociación tanto a nivel geográfico, como racial, local, ideológico y en relación a la familia. Esta localización lejana también puede situarse en el tiempo, como algo del pasado. Según De Miguel: “las jóvenes de hoy en día pueden admitir sin mayores problemas que la desigualdad existió, pero antes, como en un país lejano y remoto” (De Miguel, 2008). A continuación vamos a examinar en qué se basan y cómo se configuran estos discursos, que funcionan al fin y al cabo como formas de invisibilización de la violencia.

En buena medida estas reflexiones aparecen cuando se les propone visualizar los vídeos para introducir temas como el acoso callejero, comentados en el apartado metodológico. Con una posición bastante a la defensiva, los chicos con los que se

20 Según un estudio del Observatorio Nacional sobre Drogas de 2008 en Euskadi el porcentaje de estudiantes de secundaria que no tiene reparos en admitir que ha ingerido alcohol en el último mes es casi 13 puntos superior a la media estatal.

trabajó defendieron que ésta es una realidad cultural alejada o que tiene que ver como decíamos antes, con realidades urbanas más grandes.

Karlos (26 años, Barakaldo): “La cosificación de la mujer que en Estados Unidos está todavía más generalizado que aquí.”

Unai (22 años, Barakaldo): “Yo esto lo entiendo como un paradigma del piropo desde el andamio que yo no lo veo o no lo he visto. Aquí yo no lo he visto. [...] No hay costumbre de hablar con desconocidos o desconocidas. [...] Al final en la cultura popular está mal visto. No está mal visto comentar con los colegas pero sí está mal visto gritar cosas.”

Josu (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Aquí yo no veo ese tipo de comentarios y así.”

Peio (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Cuanto más grande sea una ciudad más personas hay más posibilidades que pasen esas cosas.”

En algunos casos aparecen ideas más desarrolladas sobre el carácter machista de otros pueblos o religiones. Es más extendida la vinculación de las agresiones, los delitos y el miedo con los hombres extranjeros y migrantes, en este caso tanto por parte de los chicos como de las chicas.

Nacho (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Yo creo que hay por ejemplo religiones o pueblos que por cómo son, es decir no por cómo se han desarrollado, sino por cómo son ya son machistas. [...] Eso pues que esta religión ya solo por cómo es la religión ya menosprecia a la mujer.”

Josu (15 años, Vitoria-Gasteiz): “En Sansomendi también para atrás también suele haber bastante así... inmigrantes. Bueno, inmigrantes no, quiero decir... [risas] Igual gitanos o así” [...] No tienen por qué ser todos mala gente, pero al final ya como que muchos de ellos lo hacen piensas que todos van a ser igual, pero no son todos así.”

Maidier (17 años, Hernani): “A mí los extranjeros también me dan más miedo, sobre todo los moros, voy a dar clases particulares a una casa, y justo abajo suelen estar en la acera una cuadrilla de hombres moros, y te hacen rayos X al pasar, a mí me da mucho miedo.”

Naroa (17 años, Hernani): “A mí me da pena sentir más miedo por los extranjeros, pero es así, bueno no es de los extranjeros, siento más miedo de esos extranjeros (refiriéndose a una cuadrilla de marroquíes).”

Como se ve en las citas, existe una clara racialización del miedo. Diferentes estudios han mostrado como las mujeres blancas tienden a experimentar el miedo en términos

racializados (Day, 1999; Valentine, 1989; Pain, 2001). El caso de Naroa lo muestra. Pero lo que es interesante en este caso es el hecho que los chicos, de forma amplia caracterizaron los responsables de la violencia y los hechos delictivos a través de la racialización, identificando a personas de origen extranjero como perpetradores de la violencia. La alusión a 'religiones o pueblos' como machistas, 'inmigrantes', 'gitanos', 'extranjeros' como posibles agresores muestra no solo un destacable componente racista y etnocéntrico sino también una desresponsabilización de la violencia. **Al situar al agresor como 'el otro', cuando la violencia se da en el propio contexto, se aparta la responsabilidad y la posible identificación de uno mismo como potencial agresor.** Este hecho tiene consecuencias relevantes en la perpetuación de la violencia, ya que este tipo de discursos contribuyen a la invisibilización y por tanto disminuyen las posibilidades de identificación, denuncia y respuesta de ellas.

Pero esta relación de las agresiones y agresiones como algo ajeno o lejano también se traslada al contexto local. En el caso de Hernani especialmente, señalan que los problemas y incomodidades que genera la época de Sidrerías es provocada por gente de otros pueblos, nunca por hombres de Hernani.

Ainara (17 años, Hernani): "Básicamente viene gente de fuera a destrozar nuestro pueblo"

Ainara (17 años, Hernani): "Los chicos son de fuera, y nadie los conoce en Hernani, y tienen en la mente que en Hernani en la época de Sidrería se liga, y van obsesionados a por ello"

Garikoitz (17 años, Hernani): "Eso es porque vienes de fuera. Tú también cuando vas fuera, no digo que hagas estas cosas, pero otras cosas sí haces que en Hernani no haces. Estás menos controlado porque no es tu pueblo."

También es curioso en este sentido como, mientras Igor de Hernani identifica Vitoria-Gasteiz como un sitio conflictivo o peligroso, los chicos vitorianos describen su ciudad como un sitio seguro.

Igor (17 años, Hernani): "Tenéis que ir a Gasteiz. ¿No tenéis movidas? Id a Gasteiz. Flipas. [...] Unas movidas!"

Iñaki (15 años, Vitoria-Gasteiz): "Va, pero Vitoria y así tampoco es un sitio peligroso"

Nacho (15 años, Vitoria-Gasteiz): "Tampoco Vitoria es muy grande y ya se conoce mucho la gente."

Como vemos hay una idea de que cuanto más grande son los municipios, y en especial las ciudades, mayor es la percepción de posible riesgo y por tanto de miedo. Parece que la complejidad y diversidad social aumenta esa sensación, mientras que las comunidades homogéneas y cohesionadas disipan esa percepción por el valor del conocimiento mutuo y la seguridad de lo conocido. En parte, esta formulación puede sustentarse en una realidad observable, la del control social colectivo, pero en todo caso es importante lanzar una advertencia en ese sentido, porque como ya hemos visto una percepción de mayor seguridad no tiene porque corresponderse con una ausencia de riesgo.

Garikoitz (17 años, Hernani): “En los pueblos pequeños ves a alguien, le ves una vez y ya sabes ese como es.”

Estas citas muestran cómo no es solamente un proceso de racialización sino un elemento discursivo común el de exteriorizar las agresiones: no se dan aquí, y cuando se dan, son ‘otros’ los que agreden. La caracterización de este ‘otro’ depende del contexto y se puede basar en discursos racistas, geográficos, locales o hasta ideológicos. En el caso de Barakaldo, por ejemplo, se sitúa como lugar más conflictivo “La Zona” (un espacio del municipio con bares y discotecas frecuentado los fines de semana) a diferencia de los espacios de *txosnas* en las fiestas de los barrios que organizan los propios colectivos juveniles. Las chicas, en cambio, identifican agresiones y acoso en ambos lugares, rompiendo el discurso masculino de situar la violencia ‘fuera’ de su espacio ideológico.

Estos discursos que sitúan la violencia siempre ‘fuera’ los identificamos como especialmente problemáticos ya que contribuyen a crear un discurso sobre el miedo y las agresiones que no se responsabiliza ni ayuda a identificar las causas de la violencia. Siguiendo la paradoja de Pain mostrada en el punto anterior, **hay también una percepción errónea en identificar a los potenciales agresores como personas desconocidas, y la violencia contra las mujeres como propia de otras comunidades.** Es otra forma de situar ‘fuera’ la violencia, creando un imaginario en el que las violencias que ocurren ‘dentro’ (en la familia, el grupo de amigos, por parte de vecinos, por personas conocidas en general) como casos anormales e inesperados cuando son estos los más comunes.

Los datos sobre feminicidios, a pesar de cubrir solo la violencia que acaba con la muerte de la víctima son reveladores en este sentido. En el Estado español, en 2015, de 112 casos de feminicidios y asesinatos de mujeres contabilizados²¹, el 90,16% de

21 Datos extraídos de www.feminicidios.net. Se contabilizan datos oficiales y no oficiales.

los casos fueron feminicidios (56,25% feminicidios íntimos, 7,14% no íntimos, 4,46% infantiles, 16,96% familiares y 0,89% transfóbicos). El 8,93% del total fueron asesinatos de mujeres por robo (8,04%) o por violencia comunitaria (0,89%). Los lugares donde tuvieron lugar los feminicidios y asesinatos fueron en el espacio privado en un 63,39%, en el espacio público habitado en un 19,54% (lugares como hospitales en un 10,71% y la calle en un 7,14%) y en el espacio público deshabitado en un 13,40%. Estos datos, sin ser exhaustivos ni longitudinales, muestran rasgos generales que las mujeres sufren violencia principalmente en el espacio privado y por parte de personas muy cercanas: especialmente la pareja pero también hijos, padres u otros familiares hombres. En el País Vasco en concreto, en el mismo año 2015 hubo tres feminicidios, los tres íntimos (dos en el espacio privado y uno en una carretera).

Estos datos corroboran las paradojas que señala Pain (2001) sobre el lugar donde ocurre la violencia que sufren las mujeres en relación al miedo que perciben. Y también se contraponen directamente con la percepción de las agresiones como algo externo, lejano, que no ocurre ni cerca ni por parte de personas conocidas. Siendo tantos los casos de violencia física mortal de mujeres en el espacio privado, no hemos encontrado indicios de miedo, ni siquiera de alarma o conciencia de peligro en el espacio doméstico en las entrevistas. Lo que sí es muy generalizado es el miedo en el espacio público por parte de personas desconocidas. El objetivo de este trabajo es pues adentrarnos en la configuración de este miedo en concreto, sus características y formas de respuesta. **Estos datos sobre violencia deben pues, servir para entender que el análisis siguiente se basa en la percepción del miedo, entendiendo que el miedo es en sí mismo una forma de opresión, producto de la violencia estructural, que limita la movilidad de las mujeres y contribuye a reforzar su auto-percepción de vulnerabilidad.**

4.4 Desentrañando el miedo

Ante la fundada sospecha de que el miedo en el espacio público existe, especialmente o básicamente para las mujeres, uno de los objetivos principales del presente proyecto era poder describir ese miedo, diseccionarlo y caracterizarlo. Así, el trabajo de campo confirma plenamente una idea presente en la literatura sobre el tema: que el miedo es situado en el espacio y el tiempo. No es un miedo genérico al espacio público en todas sus formas y escenarios, sino que está vinculado a lugares concretos, momentos concretos y situaciones concretas.

4.4.1 El miedo tiene género

Empezando por lo ya comentado, la recopilación hecha de las vivencias de mujeres y hombres jóvenes describe claramente cómo el miedo tiene género. Eso no quiere decir que en determinadas circunstancias los hombres jóvenes lo experimenten o lo hayan experimentado e incluso que no tengan motivos para sentirlo. Pero lo cierto es que las chicas viven el espacio público como un espacio más hostil e inseguro que los chicos. Lo hacen de forma mucho más prolongada durante su vida, más permanente e intensa y tiene unas consecuencias emocionales y de restricción de su libertad incomparablemente mayores que las derivadas de la experiencia de los hombres jóvenes.

Haizea (17 años, Hernani): “Yo antes vivía justo en medio de la plaza, y siempre siempre estaba lleno de borrachos. Eso me daba mucho miedo, que me pudieran hacer cualquier cosa...”

Gorka (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Miedo dos o tres días. Si sigo saliendo por el mismo lado!” [hablando de las consecuencias de haber recibido un agresión física]

Las mujeres describen su miedo como miedo potencial a los hombres, miedo a que un hombre les pueda hacer “algo”. A su vez los hombres que explicitan un cierto miedo o tensión por el posible riesgo de ser violentados, dirigen ese miedo a otros hombres, con unos rasgos o características que ellos identifican como los de sus posibles agresores. Pero hay hombres que por sus características (físicas, edad, etnicidad...) no sienten miedo de nadie, no sienten esa vulnerabilidad. A su vez, nadie siente miedo de las mujeres, ni siquiera unas de otras. El hecho de que un hombre nunca tema a una mujer, redobla la propia vulnerabilidad que sienten las mujeres de sufrir una agresión, porque se perciben indefensas y a ellos les otorga mayor sensación de poder e impunidad porque sienten que nunca serán violentados por una mujer. Se evidencian pues claras relaciones de poder y privilegio intra e inter-género. Es lo que podemos llamar la relación (transversal) unidireccional del miedo: todas y todos temen a los hombres.

Edurne (17 años, Hernani): “justamente vas sola por la calle, ves a una mujer y te tranquilizas, el miedo que siento siempre es hacia los hombres.”

Julián (20 años, Barakaldo): “Hay mucha gente que nos tiene miedo solo por el hecho de ser hombre. [...] Yo creo que sí nos tienen miedo en general a nuestro propio género”

Julián (20 años, Barakaldo): “Casi siempre miedo al mismo género. Cuando he estado con amigos y hemos tenido miedo de alguien siempre ha dado la casualidad de que siempre ha sido de un hombre.”

Unai (22 años, Barakaldo): “Las mujeres temen a los hombres y los hombres tememos a los hombres.”

Cristina (21 años, Barakaldo): “Yo creo que por el hecho de que se encuentren con una chica en la calle cuando están solos... No, nunca generamos miedo.”

Como se muestra en las citas, las chicas se perciben como vulnerables a la violencia de los hombres, los hombres como personas que dan miedo y las mujeres, en relación a otras mujeres, como elementos que no solo no dan miedo sino que provocan sensación de seguridad. Este punto es relevante ya que muestra una clara desigualdad que se establece sobre las relaciones de poder de género. No depende que las características concretas de los hombres o de las mujeres sino de su posición en las relaciones patriarcales. En esta relación unidireccional del miedo, parece que la desigualdad no solo es en el nivel de tener miedo sino de dar miedo: **mientras el miedo puede equipararse en algunas situaciones (hay hombres que tienen miedo –de hombres- en algunas circunstancias), lo que no se equipara en ningún caso es el dar miedo.** Este tipo de relación y de imaginario colectivo refuerza la sensación de vulnerabilidad ya no solo por la percepción del exterior como peligroso sino por saberse vulnerable. Así, el miedo no es solamente una respuesta directa a la violencia que se sufre sino el resultado de la producción social de la vulnerabilidad de las mujeres.

4.4.2 El miedo situado: cuándo, dónde, cómo y de quién

Hemos visto que la idea del miedo en el espacio público nos remite al género y en concreto a las mujeres. Pero también y de forma casi instintiva nos retrotrae a la dimensión física de este fenómeno. ¿Dónde se tiene miedo? ¿Cómo son esos lugares? Alrededor de esta temática -la localización física del miedo- se ha trabajado bastante en el contexto vasco y también fuera, por ejemplo desde las instituciones locales. Pero el entorno físico se refiere también a ciertas relaciones sociales y otros condicionantes y no solo en términos del entorno edificado específico. En consecuencia, como Koskela y Pain han argumentado, las mejoras en los entornos construidos no pueden tener efectos significativos sobre el miedo a la delincuencia (Koskela y Pain, 2001). Esto cuestiona además la suposición de que la planificación urbana puede poner fin a los temores de las mujeres, y contribuye a la comprensión del espacio como algo inacabado. La planificación urbana puede condicionar las

experiencias en el espacio público, pero las estructuras de poder que operan en ellos también condicionan las vivencias de ciertos colectivos (Rodó-de-Zárate, 2015b).

Los espacios poco transitados, escondidos o con poca luz suelen ser identificados como peligrosos. Pero al analizar con más profundidad la vivencia de ese miedo encontramos otras evidencias. Chicos y chicas parecen vivir el espacio público de forma poco intensa, no como un espacio donde estar o utilizar para alguna actividad. Sea por cuestiones climáticas, por la costumbre de compartir lonjas o *gaztetxes* o por el propio miedo, que la calle se vive mayoritariamente como sitio de paso.

Jule (25 años, Barakaldo): “La calle no es un sitio para estar, sino un sitio por el cual pasas”

Todos los grupos de chicas y en algún caso los de chicos identifican algún o algunos puntos de su ciudad como especiales focos de miedo. Calles concretas, túneles y parques centran esas preocupaciones. En algunos casos son sitios por los que pasan y conocen, pero curiosamente en otros no. Parece que cuando están familiarizadas con el lugar por el que están caminando, se sienten más seguras, un hallazgo confirmado por otros estudios (Koskela, 1997). Pero hay más que eso, ya que algunas de ellas consideran la misma calle en la que viven como un lugar aterrador en función de cómo operen otros condicionantes (Rodó-de-Zárate, 2015c).

Parece que hay un discurso hegemónico de socialización del miedo que se territorializa en base a supuestas agresiones que han tenido lugar allí. Pero, como veremos, otros espacios como los que concentran el ambiente festivo nocturno y donde sí han vivido situaciones desagradables no se viven como espacios de miedo.

Elene (25 años, Barakaldo): “Cada mañana tengo que pasar obligatoriamente por el túnel subterráneo para ir a trabajar al ambulatorio y paso mucho miedo, pero poco a poco me estoy acostumbrando. No tengo alternativa, debo pasar sí o sí para llegar a tiempo al trabajo.”

Hegoa (15 años, Vitoria-Gasteiz): “En la calle Barrancal, gran malestar. La calle es muy estrecha, la gente está apoyada en las paredes, y te miran, hay gente chungu, que te dan miedo. La calle es estrecha no hay salida, o para adelante o para atrás. Suelen ser extranjeros, siempre chicos adultos. [...] Te llaman, te dicen guapa, o te dicen chiiist chiiist. Cuando éramos más jóvenes se decía que hubo violaciones, y por eso nunca podíamos pasar solas por allí.”

Es muy interesante cómo varias chicas de un grupo de Vitoria-Gasteiz definen la sensación que les produce el Parque Arriaga. Hay una especie de consenso obsesivo

sobre el miedo que despierta el lugar, a pesar de que algunas de ellas no pasen nunca por allí:

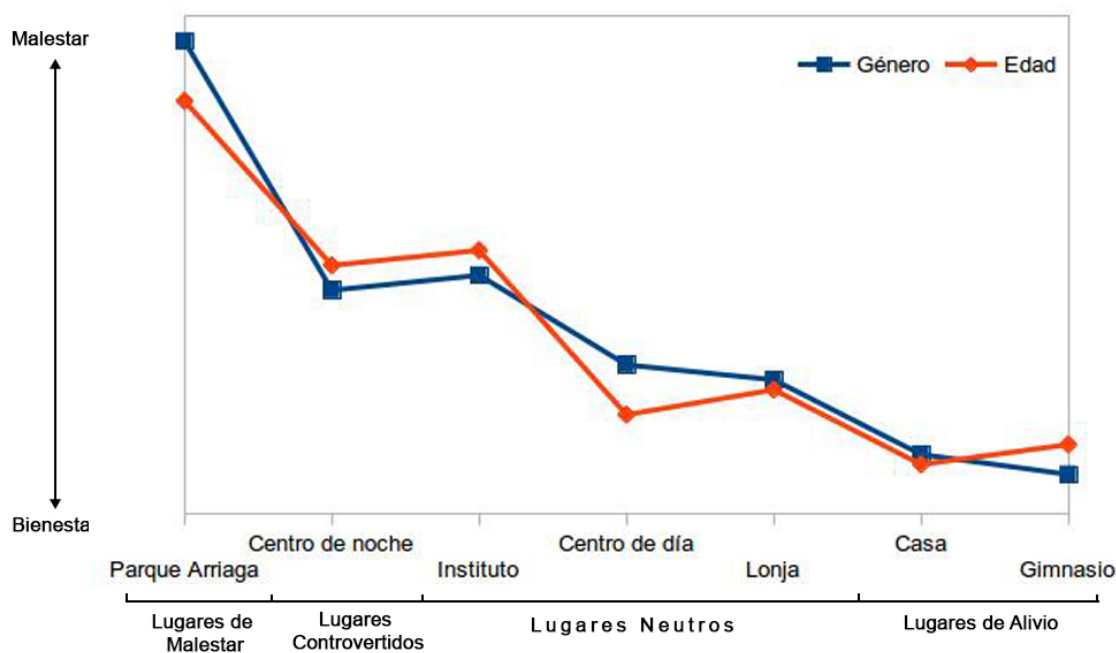
June (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Un malestar muy alto, en cuanto a género y edad, sobre todo por género porque me siento muy insegura, por esa cosa que han dicho que han violado a chicas allí.”

Martina (15 años, Vitoria-Gasteiz): “He puesto malestar, porque suele estar oscuro, y pasan cosas malas allí”.

Carla (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Malestar por lo que me han contado, por lo que pueda pasar”.

El ejemplo de Carla, en la Figura 9, muestra cómo el miedo en relación a este lugar se ilustró también en los *Relief Maps*, siendo el parque el lugar que muchas situaron como de mayor malestar, con puntos muy acentuados en relación al género. Este tipo de lugares funciona como una suerte de ‘chivo expiatorio’, donde se localizarían las agresiones y como lugar a temer. A parte del miedo que este lugar en concreto provoca, la insistencia en marcar este lugar como peligroso puede tener también como consecuencia la invisibilización de otros lugares donde estas agresiones o abusos se dan con mayor frecuencia pero sobre los que no hay un imaginario colectivo que los identifique como lugares de riesgo.

Figura 9: *Relief Map* de Carla (15 años, Vitoria-Gasteiz)



Definir constantemente qué sitios son espacio público y cuales espacio privado es complejo y a veces reduccionista, dada la variedad de lugares frecuentados por la juventud (institutos, polideportivos, lonjas, bares, etc.). Es necesaria una cierta flexibilidad en la división entre el espacio público y privado pero no solo en lo conceptual, sino también en lo físico. Los límites entre los espacios públicos y privados son porosos (Bondi y Domosh, 1998), no solo de una manera abstracta, sino también en relación con la materialidad física de los espacios. Lo observamos por ejemplo cuando el hecho de que la puerta que separa la calle (el lugar más público y considerado peligroso) de la casa (el más privado y considerado confortable) esté cerrada con llave (poco porosa) convierte el momento de abrirla por la noche en un espacio de vulnerabilidad.

Saioa (17 años, Hernani): “Un día cualquiera abro la puerta del portal, y la dejo que se cierre ella sola tranquilamente, cuando vuelvo a casa por la noche sola en cambio, 10 metros antes del portal ya saco la llave, abro la puerta, y la cierro puum, rápidamente. Y siento, uuf ya está”.

Así pues los espacios, los enclaves concretos son clave para desentrañar los entresijos del miedo. Pero una de las evidencias del trabajo de campo es que el “cuándo” es casi más importante que el “dónde”. Que el momento del día, de la semana o del año determina de forma esencial la libertad, la seguridad y la comodidad de las mujeres jóvenes en el espacio público, ya que un determinado espacio de confianza de día o durante una época del año, puede convertirse en un foco de miedo en otra y viceversa. Quizás el factor esencial es el de la oscuridad y la noche como ingrediente casi esencial de la química del miedo. Algunas chicas al realizar los mapas deciden incluir el mismo espacio físico dos veces, diferenciando el día y la noche e identificando más malestar o miedo en esta segunda. Koskela advierte que la relación entre el espacio y las emociones subordinadas a relaciones de poder es compleja, “elástica”. Por el momento del día, por quién está pasando por ese espacio o por cómo se siente esa mujer en ese momento (Koskela, 1997).

Elene (25 años, Barakaldo): Antes de eso nunca sentía miedo, pero a partir de ese día vivo con miedo, sobre todo por las noches.”

Bea (25 años, Barakaldo): “Pensé: ¿A qué persona se le ocurre meterse aquí a las 18.00 de la tarde en invierno? Yo en el momento que se va la luz ni me lo planteo”.

Edurne (17 años, Hernani): durante el día me siento bien, pero por la noche me siento incómoda, observada, es como si no pudieras ser tú misma”

Pero la noche no es el único condicionante temporal ni es imprescindible. En algunos espacios el hecho de ser de día no elimina por completo la sensación de inseguridad.

Emma (19 años, Barakaldo): “En el subterráneo del tren lo paso peor si es muy tarde, pero aunque sean las dos del mediodía me siento mal.”

Ainara (17 años, Hernani): “A las 19.00 de la tarde, ya comienzan las agresiones verbales, los toqueteos”.

Este último caso hace referencia a la temporada de sidrerías en Hernani, un tema clave en el trabajo de campo en la localidad guipuzcoana. Buena parte de los malestares y de las agresiones que manifiestan las jóvenes tienen lugar durante ese periodo del año, concentrado especialmente en marzo. Existe la concepción generalizada de que durante la época de Sidrerías el ambiente festivo se convierte en especialmente peligroso para las mujeres. Como afirma Ainara, las actitudes agresivas no se producen solo de noche y se relaciona esta situación con la presencia de personas de ‘fuera de la comunidad’. Las observaciones realizadas permitieron analizar estas situaciones de acoso, pero también alertar del riesgo de convertirse en el espacio maldito donde se concentra todo lo malo, escondiendo la realidad del día a día e invisibilizando otros lugares y momentos en los que a pesar de haber riesgo de agresiones no existe un imaginario colectivo que ayude a identificarlos.

Naroa (17 años, Hernani): “Desde que éramos pequeñas sabíamos que en la época de Sidrería venían borrachos y no podíamos estar tranquilas en la calle. Los padres nos decían a las 19.00 a casa”.

Pero no solo el dónde y el cuándo sitúan el miedo en unas coordenadas o lo eliminan en otras. También observamos que el cómo es muy relevante. Respecto a las condiciones personales en las que se transita por la calle, eso significa que hacerlo sola o acompañada de alguna persona conocida puede cambiar enormemente la sensación de inseguridad y de miedo. Como muestra la siguiente cita y apareció en muchos de los relatos de ellas, el hecho de ir un grupo de mujeres juntas reduce de forma importante la percepción del miedo.

Daniela (28 años, Etxebarri): “Sí porque entre las amigas siempre o nos acompañamos, si alguna vive en una zona mala, nos acompañamos o le digo que se quede a dormir en mi casa, o la llamas mientras va caminando. Que igual que sí, que aunque vayas hablando por el móvil te harán lo que quieran si te van a hacerte algo, pero sí que es verdad que a mí por lo menos, me da seguridad”.

Al mismo tiempo la presencia de terceras personas en un lugar y un momento proclives a provocar temor en las mujeres jóvenes puede suponer un alivio casi total

del mismo. Mientras que una calle solitaria puede resultar una experiencia de tensión, alerta y temor de una chica que transita sola por ese espacio.

Cristina (21 años, Barakaldo): “En cualquier lugar, a partir de una hora, cuando se oscurece si no hay gente, es igual que haya luz o no, para mí es un espacio de malestar. Me pongo muy nerviosa”.

Aroa (15 años, Vitoria-Gasteiz): “aunque la calle sea la misma, y sea la misma gente chungu, al ver otra gente por ahí sientes más seguridad, apoyo, sabes que si pasa alguna cosa podrás acudir a alguien”.

Bea (25 años, Barakaldo): “Cuando dejas atrás la zona donde haya gente y vas entrando en el bidegorri, zona desierta (carril de bicis) se te va aumentando el miedo. Porque piensas, ahora me viene un colgao por cualquier sitio”.

Elene (25 años, Barakaldo): “Yo me acuerdo, es que estaba vacía la calle, no había nadie, y pensé buaah, ya está, ya está, ya está...”

Emma (19 años, Barakaldo): “Que haya gente en la calle es seguro. La gente se corta mucho más cuando hay gente delante, entonces piensas que si estas solo en una calle y de repente aparece otra persona, lo que te haga esa persona va a quedar entre tú y él”.

Como se ve, interpretan la presencia de gente como un atenuante que desincentiva al potencial agresor. De todos modos puede que no siempre se traduzca en la posibilidad de recibir ayuda. En uno de los grupos de Vitoria-Gasteiz las chicas también relatan un par de situaciones reales de acoso o agresión machista en el espacio público en los que la gente no respondió, se mostró indiferente o no quiso involucrarse. Apelan a la necesaria implicación de la sociedad en su conjunto para acabar con la violencia sexista.

La presencia de otros no solo conlleva alivio. La presencia específica e identificada de un hombre puede disparar todas las alarmas, porque esa presencia no se vincula con la posible seguridad, sino con el posible agresor. Preguntarnos cómo es el quién, como es el sujeto que produce miedo, saca a la luz elementos muy importantes del miedo. Volvemos a la unidireccionalidad del miedo, ya que vemos cómo las chicas identifican claramente a los hombres o a algunos tipos de hombres como agresores potenciales asociados al miedo.

Daniela (28 años, Etxebarri): “Yo cuando siento miedo, también lo primero que me imagino es a un hombre”.

Emma (19 años, Barakaldo): “Yo de una mujer nunca tengo miedo, de hecho siento tranquilidad”.

Cristina (21 años, Barakaldo): “Si ves que es una mujer, es como si tuvieras una cómplice, tranquilidad”.

Eduarne (17 años, Hernani): “Justamente vas sola por la calle, ves a una mujer y te tranquilizas, el miedo que siento siempre es hacia los hombres”

Si concretamos vemos que en muchos casos estos hombres tienen unas características determinadas que los distinguen del conjunto de hombres. Se observa cómo el sujeto que provoca miedo está atravesado también por la edad y como veíamos también antes por la etnia. Esto concuerda con otros estudios que muestran que las mujeres blancas tienden a experimentar el miedo en términos racializados (Day, 1999; Valentine, 1989; Pain, 2001). Pero hay muchos otros aspectos que influyen en su miedo a la sensibilidad en relación con las características del "potencial del agresor". El número de hombres reunidos, los objetos que están llevando, o su estado físico (en relación con la edad, la capacidad, o estar bajo la influencia de drogas) también resultan importantes (Rodó-de-Zárate, 2015b).

Bea (25 años, Barakaldo): “Si es un señor mayor tampoco siento miedo, si me hace algo, bueno, le doy un manotazo que le parto los huesos”.

Emma (19 años, Barakaldo): “Yo tengo miedo de un chaval desde nuestra edad mmm... De cualquier chaval, que vea que es más alto, más fuerte que yo y vea que puede correr más que yo”.

Bea (25 años, Barakaldo): “Yo tengo miedo de un estándar, me he hecho la idea de que es un hombre mayor a 27 años en adelante hasta llegar a anciano, incluido mi padre, hombre”.

Jule (25 años, Barakaldo): “Si yo tengo una mancha negra, es un hombre, grande, negro no en sentido de color de piel, que me es indiferente sus rasgos, hombre”.

Resulta interesante ver cómo se vislumbra un personaje anónimo, que no tiene cara ni identidad, un estándar, una mancha. No se identifica al hombre agresor con el hombre cercano, conocido, ni siquiera con el que les puede haber producido situaciones de acoso o de agresión que ya han vivido. Aunque como veremos, los chicos nunca se identifican a sí mismos como un potencial agresor sí son conscientes de que pueden dar miedo, porque han sentido que les temían en alguna ocasión. En algunos casos

las siguientes vivencias aparecieron espontáneamente, otras después de preguntar si ellos podían dar miedo y en otros casos preguntando por esta situación concreta.

Markel (17 años, Hernani): “A mí me ha pasado de ir por una recta larga hacia casa y tu ir detrás de una chica, pero porque tú también tienes que ir para allí y ver que acelera. Y yo sigo a lo mío... No me la voy a comer. Inconscientemente...”

Íñigo (16 años, Vitoria-Gasteiz): A veces vuelves de fiesta tú solo y ves que hay alguien delante y se gira y te mira así un poco a lo: A ver que me hace este. Acelera el paso y tú te ríes, pero de verdad las está pasando putas.”

Peio (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Muchas veces cojo otro camino, porque me da pena, ¿sabes? Voy detrás de ella porque tengo que ir a casa y la tía está todo el rato mirando para atrás y acelera el paso y: -Joder, pues me voy a ir por otro camino. [entre risas]”

Esta es una sensación muy común entre los chicos, que tiene una doble lectura. Por un lado, muestra la capacidad de empatía y de percepción del miedo en ellas. Esta capacidad puede verse como un potencial transformador ya que les hace sensibles a las experiencias de ellas en las calles y actúa como espejo de su propia posición como hombres. Por otro lado, el hecho de sentir que ‘dan miedo’ también tiene otra lectura: refuerza su sentimiento de superioridad y reafirma su privilegio y posición de poder en el espacio público. Estas consecuencias duales presentan dudas sobre la efectividad que puede tener la toma de conciencia a través de la comprensión de la posición de privilegio.

4.4.3 ¿Y ellos? ¿Tienen miedo?

El trabajo con hombres jóvenes ha permitido conocer cuál es su vivencia del espacio público y descubrir hasta que punto ellos también sienten riesgo o miedo en él. Efectivamente podemos decir que hay situaciones que les hacen percibir temor, pero funciona de forma muy distinta al de las chicas. Aunque cómo veíamos el sujeto en el que se caracteriza el miedo es también un hombre, podemos decir que hay un miedo diferencial de género y lo expresan claramente por ejemplo en el tipo de delito potencial que sienten que pueden sufrir. Si las mujeres temen de forma casi anatémica el abuso, la agresión sexual, la violación, los hombres jóvenes temen el atraco y una posible agresión física extrema.

Raúl (20 años, Barakaldo): “Es otro miedo. Es un miedo a que de repente te pillen y den el palo o te peguen una paliza. Yo creo que nunca vas a ponerte en la misma situación.”

Nacho (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Tienen más riesgo de violación. A un tío no lo vas a violar.”

Bea (25 años, Barakaldo): “Claro claro, a ti (mujer) te roban, y luego por encima te violan.”

Saioa (17 años, Hernani): “Sí que igual sienten miedo (los chicos), pero no tan intenso, no permanente como nosotras. Creo que los chicos tienen miedo a que les roben, o a que les atraquen, pero en mi opinión nunca han sentido miedo a que les violen.”

Más allá de que el miedo sea a situaciones distintas también es distinta la gestión del mismo. No es un miedo general, sistemático, ni sistémico, más bien transitorio y vivido de forma desigual entre ellos. Parte de esa gestión pasa por “controlar” ese miedo, limitarlo y no exteriorizarlo. No es un miedo que les afecte por el hecho de ser hombres y ellos mismos son los primeros que no lo viven desde el género, aunque la forma de vivirlo tiene mucho que ver con la gestión de la masculinidad. Así lo distinguen ellas también cuando lo reflexionan y lo comparan con el suyo.

Laia (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Creo que los chicos, igual pueden sentir algún tipo de miedo, pero en todo caso, ese miedo no es por el hecho de que sean chicos. La probabilidad que sufran una violación es muy muy pequeña, hay algunos casos, pero son aislados. Ellos también pueden sentir miedo pero por otras razones, el miedo es completamente diferente. Ellos tendrán miedo de que les roben o de otras cosas, pero no tendrán miedo de que los violen”.

En una de las sesiones unos chicos cuentan una agresión sufrida por uno de ellos. Es curioso cómo Gorka le intenta quitar relevancia, que no tuvo consecuencias en su vida y minimiza el posible miedo que le provocaría a posteriori. Es muy distinto al relato que hacen las chicas de experiencias violentas, se muestra una gestión del miedo muy diferenciada. La agresión no atenta contra su dignidad, no se culpabiliza y no se vulnerabiliza. De algún modo poder sufrir una agresión y sobrellevarlo forma parte del mandato de género, es como una prueba de masculinidad, un rito de paso. Brownlow sugiere que la calle es un lugar de rendimiento de la masculinidad para los adolescentes; una geografía que aumenta el riesgo de encuentros violentos. El control de sus miedos se mide en términos de capacidad para manejar estas situaciones, pero “las masculinidades exageradas de la adolescencia, a menudo llevan a recurrir a la agresión, la fuerza física y la violencia como medio de hacer frente a los temores y poder convertirse en “hombres” en el “centro” de la ciudad” (Brownlow, 2005).

Gorka (15 años, Vitoria-Gasteiz): “En las fiestas de hace dos años estaba en Zapa con un colega y no sé qué paso con el colega ahí que vino un gitano y me enganchó a mí un puño por detrás. Le iba a dar a él o así y el otro se giró y por eso. [...] Miedo dos o tres días. Si sigo saliendo por el mismo lado!”

La otra gran característica del miedo masculino parece ser su cruce con la edad. Los chicos que expresan ese riesgo a ser violentados son los más jóvenes. También son los que, en general, expresan más malestares por razón de edad en los mapas. Los que son más mayores hablan de ello en pasado, como algo que les pasaba durante la adolescencia y en algún momento desapareció. Incluso las chicas tienen esa misma percepción.

Ibon (17-18 años, Vitoria-Gasteiz): “Pero un poco de seguridad yo creo que se va ganando con la edad.”

Patxi (16 años, Vitoria-Gasteiz): “Ahora mismo es cuando más inseguros pero luego más mayores se nos quita un poco pero todavía seguimos con algunos peligros. Atracarnos nos pueden seguir atracando, a las chicas las pueden seguir violando, pero no va a ser tan fácil.”

Alberto (23 años, Barakaldo): “Cuando era más joven o más pequeño alguna vez sí que hemos tenido alguna situación de que nos han venido a intentar robar. Tienes doce, quince; nosotros éramos más vulnerables físicamente pero sobre todo emocionalmente mucho más vulnerables que ahora. Si yo tengo quince años y me viene uno de veinte no le voy a hacer frente, pero ahora sí.”

Iruna (17 años, Hernani): “Cuando pasan los años los chicos ya no sentirán tanto miedo a que les roben o que les atraquen o secuestren.”

4.4.4 Intersecciones entre edad y género: transiciones en la adolescencia

Parece pues que el factor que elimina ese riesgo de sufrir una agresión es la adopción de un físico masculino adulto, la apariencia de ser un hombre y la teórica capacidad física para defenderse. Librarse por completo de la imagen de niño es lo que otorga una identidad masculina, lo que coincide con la idea de que la masculinidad hegemónica se basa en una triple negación: no ser mujer, no ser gay y no ser un niño; donde el esfuerzo vital es demostrar que no se es algo, más que demostrar que se es algo (Bonino, 2003). Fue Badinter quien apuntó estas características a evitar en la construcción identitaria de los hombres llamándolas “pruebas negativas de la masculinidad” (Badinter, 1993).

Esta capacidad para responder a una agresión física también se convierte en un mandato, uno no se puede “dejar pegar”. Para integrarse a través de la masculinidad hegemónica es necesario tener un “cuerpo bien constituido para garantizar superioridad y control, poder usar del cuerpo como herramienta” ya que la “violencia como instrumento eventual está legitimado (para defenderse de ataques a diferentes representaciones de la virilidad)”, por ejemplo en “defensa del territorio” Bonino (2003). Pero más allá del cambio en la percepción del riesgo de ser atacados y de la “capacidad” física para defenderse o escapar, los chicos jóvenes a medida que van creciendo aceptan menos que tienen miedo, ya que van adoptando las identidades masculinas adultas de la cultura masculina y heterosexual dominante que hace menos aceptables estas posturas por parte de los hombres (Pain, 2001).

En el caso de las mujeres, la intersección de la edad con el género provoca un fenómeno inverso. En el caso de las chicas, el paso por la adolescencia implica la sexualización de su cuerpo. Esta sexualización por parte de la mirada masculina heterosexual tiene repercusiones muy relevantes sobre cómo se ven a ellas mismas y cómo sus cuerpos son vistos en el espacio público. Valentine apunta también a como la internalización de la mirada masculina actúa como panóptico que disciplina a las mujeres, estén siendo realmente vistas o no (Valentine, 2000).

Emma (19 años, Barakaldo): “Cuando empiezas a sentirte mujer. Cuando empiezas a sentir tu sexualidad, cuando piensas que puedes atraerles.”

Varias de las chicas participantes sitúan el inicio de la experimentación del miedo alrededor de los 13 años, cuando empezaron a salir a la calle por las noches y dos de ellas por experiencias traumáticas de acoso en ese momento. Pero también es interesante la sensación de dos chicas de 15 años que, formando parte de una sesión con chicas mayores, comentan que nunca han vivido tan alto nivel de malestar, acoso o miedo comparando con el resto del grupo.

Cristina (21 años, Barakaldo): “Yo no sé, todavía no he sentido así miedo. Cuando voy por la calle no me fijo que está a mi alrededor, me fijo en que voy para adelante y voy para adelante”.

Maite (27 años, Portugalete): “Creo que cuando era más joven tenía menos miedo, creo que desde que tengo más cabeza siento más miedo. Es porque cuando eres más joven no tienes tanto filtro, haces las cosas más a la ligera”.

Como muestran estas citas, y puede verse también en los *Relief Maps*, la edad intersecciona con el género para configurar el miedo. En edades tempranas en las que la sexualización tiene una relevancia limitada en las que las posibilidades de acceder

libremente al espacio público también son reducidas, el miedo parece equipararse entre chicos y chicas. Tanto ellos como ellas tienen miedo a andar por las calles de noche, pero no es un miedo sexual. La sexualización de los cuerpos es pues un momento clave en la configuración de miedo y la división de roles y posiciones: unos se convierten en potenciales agresores y las otras en potenciales víctimas. Aquí la edad juega un papel central que muestra como las estructuras de poder, como el género, funcionan de forma interseccional con otras categorías, y como estas no son universales sino situadas.

4.5 La discusión sobre las fuentes del miedo y sus implicaciones

Otra de las grandes cuestiones que abordar a la hora de diseccionar el miedo es el terreno de las causas, las fuentes del miedo, que es lo que lo provoca, lo difunde o lo reproduce. Hemos identificado tres posibles grandes fuentes del miedo.

En primer lugar podemos hablar del miedo a través de la socialización, quizás el principal canal de transmisión. Las chicas identifican muy claramente esta transmisión en las limitaciones que les ponen y los comentarios que les hacen sus padres y madres, pero también la sociedad en general. La sobre-protección y un cierto alarmismo general les empiezan desde pequeñas a mostrar el espacio público como algo peligroso, no apto para ellas y donde deben tener grandes precauciones.

Cristina (21 años, Barakaldo): “Toda la sociedad entera nos ha metido el miedo, los padres, desde que mi madre me decía: tú Cristina debes volver a casa antes que tu hermano. Y no subas sola, y no pases por no sé donde...”.

Maite (27 años, Portugalete): “A veces es autosugestión, tienes miedo porque está oscuro, porque es solitario, lo tienes en la mente. Es por la educación que hemos recibido, no vayas por sitios oscuros, no vuelvas sola a casa, no hables con gente que no conoces, no te fíes de nadie, eso nos decían a todas.”

Emma (19 años, Barakaldo): “Yo de hecho he tenido que mentir mogollón de veces a mis padres diciendo que no he vuelto sola, creo que todas lo hemos hecho”.

Algunas de las chicas más jóvenes relacionan fácilmente la intensidad de ese miedo que viven con estos comentarios reiterados acerca del cuidado y las precauciones que deben tener, sino directamente restricciones. Deben avisar a sus padres cuando llegan, si van a dormir a casa de una amiga también deben avisar, les dejan salir

menos o deben volver antes. Les dicen que vayan con cuidado, que nunca vayan solas, que vigilen que no les echen nada en la bebida, etc. Pero también que no vayan “provocando”, “sueltas”, ‘vestidas según cómo’ o que se ‘bajen la falda’. Reconocen que el miedo “se les ha metido encima” y ese discurso creado, también es a menudo situado, localiza los espacios del miedo. Según De Miguel, “la socialización de la niña implica inocularle una cierta dosis de miedo en el cuerpo, dosis que aumenta según se adentra en la adolescencia, en que los progenitores les hacen ver claramente que una amenaza se cierne sobre ellas. Tarde o temprano la adolescente tiene que hacerse cargo de que hay un miedo específico hacia los chicos/hombres y que no es el de que les roben el bolso” (De Miguel, 2008).

Los chicos también viven situaciones donde por su temprana edad la familia le restringe los movimientos en según qué lugares. Pero en general coinciden con las chicas cuando comparan la socialización que han tenido en casa con la que han visto hacia sus hermanas o conocidas.

Nacho (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Alguna vez le dices a tu madre, por ejemplo yo que sé, vas a ir a Adurza, que se toma como un barrio muy chungo pero en verdad... Entonces le dices a tu madre que vas a ir a dar una vuelta por el centro y te vas a Adurza.”

Gorka (15 años, Vitoria-Gasteiz): “A las chicas les han metido más miedo, les han metido mucho más eso.”

Íñigo (16 años, Vitoria-Gasteiz): “Por ejemplo no es lo mismo. Mi madre no me dice lo mismo a mí que a mi hermana. Y mi hermana es más mayor, tiene 24 años y no me dice lo mismo. Es decir, a mí me dice: -Ten cuidado por el parque, y a mi hermana le dice: -No, no pases por el parque, rodéalo o vete por otro lado.”

También hay chicas que normalizan esta socialización, la justifican y la entienden. Son las chicas que no tienen un discurso contrario a la construcción de este miedo, porque creen que es lógico vivirlo ante un peligro y una amenaza que son reales. Entre la vivencia de que el miedo es algo aprendido, transmitido e incorporado o de que es consecuencia de una situación de peligro real de sufrir una agresión está uno de los debates claves de la presente investigación.

Daniela (28 años, Etxebarri): “Mi casa está en una calle más escondida y oscura, y sí que me da mucho respecto. Pero creo que no es cosa mía, no es sugestión mía, el peligro es real. [...] Yo el miedo real, lo pienso de verdad. Es verdad que mi padre es muy protector siempre me ha inculcado miedo, que a sus niñas no

les pase nada, si fuera por él nos hubiera tenido retenidas en la casa. [...] Hay veces que él se está pasando, es demasiado protector, y tú tienes que distinguir el peligro real del no real. Pero sí que cuando te haces mayor te das cuenta de que muchas cosas que te decían ten cuidado, o cuidado con esto, es verdad”.

En segundo lugar podemos identificar el miedo producto de la alarma social. Son muy recurrentes en todo el trabajo de campo las alusiones a violaciones que han tenido lugar en determinados sitios que resultan cercanos, conocidos para ellas. Esas agresiones provocan una especie de alarma social, que localiza esos espacios, los convierte en sumamente peligrosos y necesariamente a evitar, proscritos. A veces incluso es un discurso general de que las ha habido, sin ni siquiera poder recordar exactamente esas agresiones o donde se produjeron como hemos visto por ejemplo en el caso del parque Arriaga. Cuando Day (2001) enumera diferentes canales por los cuales se reproduce el miedo de las mujeres en el espacio público habla de los mitos alrededor de la violación señalados por Gordon y Riger (1989). Es oportuno recuperar algunas intervenciones anteriores.

Carla (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Malestar por lo que me han contado, por lo que pueda pasar”.

Hegoa (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Te llaman, te dicen guapa, o te dicen chiiist chiiist. Cuando éramos más jóvenes se decía que hubo violaciones, y por eso nunca podíamos pasar solas por allí”.

June (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Un malestar muy alto, en cuanto a género y edad, sobre todo por género porque me siento muy insegura, por esa cosa que han dicho que han violado a chicas allí”.

Cuando los chicos reflexionan sobre este tema parece que son más conscientes de que hay un punto de alarmismo construido socialmente. Aunque también se puede interpretar como una cierta forma de restarle importancia a las agresiones que suceden.

Julián (20 años, Barakaldo): “Hay gente que no es de Barakaldo que te dice: -Ui, la zona es muy conflictiva, tienes que tener mucho cuidado. Es decir cuando hay un problema y una zona que es conocida por sus problemas a la gente se le mete miedo, se bloquean, enseguida se corre la voz, ¿no?”

Gorka (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Si no ha habido casi casos en Vitoria. ¿Qué va a pasar?”

Patxi (16 años, Vitoria-Gasteiz): “Igual también es que se comentan más las violaciones que los robos a chicos.”

Íñigo (16 años, Vitoria-Gasteiz): “Como son así... cosas que impactan en la sociedad se te quedan. Al final las madres y así siempre van comentando.”

Uno de ellos incluso justifica o relaciona su propio miedo y la inseguridad que le transmite el Parque Arriaga por esta idea extendida de que ha habido muchas violaciones allí. El mito de la violación contribuiría entonces a señalar los lugares proscritos también para ellos, aún siendo conscientes de que se trata de un tipo de violencia sexual del que no pueden ser víctimas.

Josu (15 años, Vitoria-Gasteiz): “En el parque del Arriaga si vas con tus amigos por la noche no pasa nada, pero si vas yo que sé, por el medio a las doce... [...] Han violado a no sé cuantas chicas.” [risas]

En tercer lugar y como contrapunto al escepticismo sobre la dimensión que cobran las agresiones sexuales en el relato social, hay que situar el miedo generado por las propias vivencias de abusos y agresiones de distinto tipo, que son muchas. La mayoría de chicas jóvenes relacionan el haber sufrido una experiencia traumática de ese tipo con el aumento o el inicio de su percepción del miedo. Otras autoras como Koskela confirman esta idea cuando afirma que todas las mujeres que han sufrido violencia, ya sea en el espacio público o privado tienen más temor. Llama a estas experiencias “las rupturas” (the breakings) y les atribuye la capacidad de iniciar la sensación del miedo o una clara intensificación, en las mujeres que las sufren (Koskela 1999).

Elene (25 años, Barakaldo): “Yo vivía muy feliz, iba muy feliz por la calle hasta que me paso eso [le atracaron dos hombres]. Yo desde que pasó eso siempre si veo algo raro hago como que llamo a alguien, o directamente llamo a alguien”.

Ainara (17 años, Hernani): “Con 13 años al volver sola a casa se paró un coche al lado mío y me dijeron: -¿Vienes con nosotros? Lo recuerdo como el momento a partir del cual comencé a sentir miedo.”

Jule (25 años, Barakaldo): “Yo tengo muy claro cuando comencé a sentir miedo a los hombres, y fue cuando ese señor mayor me toco el culo cuando yo tenía 12-13 años. Yo siento que fue a partir de allí, lo tengo como un trauma”.

Naroa (17 años, Hernani): “Cuando teníamos alrededor de 12-13 años estábamos bañándonos en el río un verano una cuadrilla de chicas, y de repente vimos que un hombre estaba escondido entre los árboles con una cámara.

Sentimos mucho mucho miedo. Nos vestimos rápidamente y fuimos con las bicicletas a toda pastilla al pueblo. Lo tratamos con los padres, pero tuvimos mucho miedo, y durante ese verano no volvimos a ir más al río.”

Jule (25 años, Barakaldo): “Hace poco tuve un susto cuando volvía a casa del trabajo. Se paró un coche al lado, abrieron la puerta y comenzaron a gritarme: “rubia guapa!”. Al final los miedos son cíclicos, porque tengo miedo porque ha pasado algo, luego se me pasa, y cojo miedo de otro sitio”

Arantxa (23 años, Barakaldo): “Siempre he sido muy inconsciente, decía bueno como nunca me ha pasado nada, pues hasta que me pase, vivir con miedo es una puta mierda. Y pasaba por esos sitios.”

Este último relato opuesto confirma estas experiencias traumáticas como hechos muy relevantes en la incorporación del miedo y en este caso la ausencia de esta vivencia se transforma en ausencia (momentánea) de miedo. Sin embargo, hay muchas mujeres jóvenes que reconocen no haber sufrido ninguna experiencia negativa y viven con mucho temor y sufrimiento ciertos espacios o situaciones. Eso demuestra que los dos mecanismos anteriores funcionan perfectamente engrasados y cumplen su función coercitiva para domesticar los cuerpos femeninos y restringir su libertad y goce de calles, plazas, parques y ciudades.

Emma (19 años, Barakaldo): “A mí nunca me ha pasado nada, y siempre siento miedo”.

Cristina (21 años, Barakaldo): “Yo creo que nos deberían de enseñar a no tener miedo, porque muchas veces el miedo son paranoias. He pasado muchísimas más veces miedo, de que me haya pasado algo”.

Vistas las causas es pertinente una reflexión sobre las consecuencias de vivir el espacio público con ese miedo cotidiano. Evidentemente el miedo tiene consecuencias emocionales y físicas. El grupo de chicas de Hernani lo describe como una sensación de sentir paralizar el cuerpo, pero que a la vez se acelera, el corazón latiendo rápido, como si de repente se magnificara la capacidad de percibir, todos los sentidos se amplifican. Es una descripción clara de un nivel de tensión y malestar muy elevado, pero que sin embargo es totalmente invisible, porque es íntimo y no es fruto de una agresión directa. Esto nos debe llevar a alertarnos sobre la magnitud del problema que estamos afrontando. La intranquilidad y sufrimiento que habitualmente sufren las mujeres de forma personal y “privada” en el espacio que es “público”. **El estado de alerta produce un malestar que es en sí misma una forma de discriminación mediada por el condicionamiento espacial.** La colocación de la experiencia en el

centro del análisis permite subrayar las consecuencias cotidianas de las dinámicas de poder. En un contexto de desigualdad de género, estar cómoda y ser capaz de moverse con soltura por los distintos lugares es signo de privilegio (Rodó-de-Zárate 2015a), y claramente las mujeres jóvenes que participan en este estudio no sienten este privilegio en los espacios públicos.

Pero en especial nos interesa aquí **el miedo como factor limitador, como restricción de la libertad de tránsito y del uso del espacio**. Lo demuestran muchas de las intervenciones de los distintos grupos de discusión ya citadas, que hablan acerca de la auto-restricción a pasar por determinados lugares, a determinadas horas y en determinadas circunstancias. La literatura existente también da prueba de ello en el sentido que el miedo al crimen y el acoso a menudo restringen la libertad y el disfrute de las mujeres del espacio público, y limita sus oportunidades y su comodidad (Deegan, 1987; Day, 1997; Gordon y Riger, 1989). También el conocido sociólogo inglés Anthony Giddens (1991) llamó la atención sobre cómo el miedo a la agresión conduce a las mujeres a ejercer un riguroso control sobre sus acciones y movimientos en el espacio público. Según Day (2001) el miedo y la percepción de peligro fomentan que las mujeres se adhieran a las normas sociales de género y al comportamiento que limita su independencia en el espacio público. Para Koskela es una cuestión de poder en el espacio (o de ausencia de este) cuando algunas mujeres, a menudo voluntariamente, cogen el camino más largo alrededor de un parque, cambian al otro lado de una calle o se quedan en casa por la noche (Koskela 2010).

Hay que destacar que en muy pocos casos las mujeres jóvenes hacen esa conexión, esa reflexión del efecto restrictivo que tiene el miedo en sus vidas en sentido negativo. Incluso las chicas que tienen una conciencia sobre la necesidad de romper con las desigualdades normalizan esa restricción de movimientos, señal de lo interiorizada que está el mandato de género según el cual es necesario evitar los peligros que la calle supone independientemente de las consecuencias que suponga.

Itziar (17 años, Hernani): "En Hernani hay chicas, que directamente durante la época de Sidrería no salen a la calle los sábados por la noche."

Jule (25 años, Barakaldo): "Me hace mucha gracia como hablamos: era una inconsciente, pasaba por sitios por los cuales no debería pasar... ¿Cómo que hay sitios que no deberías pasar? Deberíamos andar por donde nos dé la gana!"

4.6 El acoso en el ocio nocturno: la cotidianidad de la violencia

A medida que este proyecto avanzaba las investigadoras nos hemos ido dando cuenta de que aparecía con mucha fuerza un tema específico: el del acoso en los contextos de ocio nocturnos. Y a su vez hemos observado que es un tipo de agresión concreto, en un espacio y tiempo concreto distinto a otras agresiones machistas en el espacio público y que sobre todo tienen un efecto distinto. Este acoso o ‘baboseo’ produce distintas reacciones y niveles de malestar entre las chicas jóvenes, pero rara vez se identifica directamente con la aparición de miedo. Por eso decidimos tratar y analizar el acoso específicamente y una de las primeras consecuencias fueron las dos observaciones participadas en Hernani y Barakaldo, donde básicamente se vivieron y analizaron dos ambientes nocturnos especialmente representativos en las dos poblaciones: Andrekale un sábado de la época de Sidrerías en Hernani y “la zona” en Barakaldo.

En el caso de Barakaldo chicas y chicos concienciados describen el ambiente como paradigmático de los estereotipos de género y espacio donde el acoso y las agresiones están “tolerados” e incluso se cuenta con ello. No solo el alcohol facilita todas esas situaciones, sino que observan la organización de todo el ambiente como proclive para que se den. Tanto la música y el contenido de las letras, como los videoclips que aparecen en las pantallas o el físico y el vestuario de las camareras de los locales promueven una hiper-sexualización de las mujeres.

Karlos (26 años, Barakaldo): “La atmósfera que había generada en el bar. Desde que casi todas las camareras eran mujeres, la música, la música acompañada de los vídeos, que en cierta manera te meten los roles que tiene que seguir cada persona dentro de ese bar.”

Emma (19 años, Barakaldo): “Se erotiza esa situación y se normaliza.”

Susana (17 años, Hernani): “A mí me da asco, te miran sucio, te miran como si te iban a comer”.

Existe una literatura considerable y creciente que, en la misma línea, indica que los espacios de vida nocturna como bares y discotecas son espacios sociales intensamente sexualizados (Anderson et al., 2007; Grazian, 2007; Kavanaugh y Anderson, 2009), donde los casos de victimización como la violación, el intento de violación, el acoso y otras formas de contactos sexuales no consentidos ocurren con regularidad (Anderson et al., 2007; Fox & Sobol, 2000; Graham y Wells, 2001, 2003; Parks, 2000).

Así, las mujeres jóvenes que acuden reproducen esos roles de género, la presión estética, la exhibición y la presión por gustar, que conllevan el papel de seductoras que les otorga el patriarcado en ese contexto. Las mismas chicas, concienciadas en temas de igualdad, lo expresan como una contradicción que viven en sus propias carnes cuando deciden ir a esos espacios, porque a su vez van porque se lo pasan bien.

Emma (19 años, Barakaldo): “Como época de celo, te tengo que atraer.”

Emma (19 años, Barakaldo): “Hay una contradicción entre lo que consientes, o lo que dejas de consentir para pasártelo bien”.

Unai (22 años, Barakaldo): “Yo lo entiendo como un espacio de exhibición.”

Bea (25 años, Barakaldo): “Me acuerdo de esa época y la conclusión de pasárselo bien o mal era el grado de ligue de esa noche. Si he ligado mucho o no he ligado mucho. En función de eso era: me lo he pasado bien o la fiesta ha sido una mierda porque nadie me ha hecho caso. Influye mucho en la autoestima como chica. Osea: -Hoy no me he está haciendo caso nadie. Me enfado y me los estoy pasando mal.”

Susana (17 años, Hernani): “Vale, suceden cosas, pero a la vez yo lo paso muy bien en esos sitios.”

Mientras que las chicas concienciadas más jóvenes de Hernani expresan un rechazo más genérico y casi sin matices a los comportamientos espaciales en el ocio nocturno juvenil, las chicas de Barakaldo relatan una apropiación empoderadora, una resignificación performativa de ciertas actitudes normativas. Pain subraya que las mujeres no solo experimentan el espacio, sino que también lo producen activamente, lo definen y lo reclaman (Pain 2001), mostrando “pericia espacial”, hecho que demostraría que sus prácticas espaciales cotidianas pueden ser prácticas de resistencia (Koskela en Pain, 2001).

Emma (19 años, Barakaldo): “El simple hecho de subirse al pódium a lucirse a mi me parece bastante empoderamiento. Voy a seducir yo en vez de esperar a que me vengan a seducir.”

Jule (25 años, Barakaldo) :“No empoderamiento feminista, empoderamiento de sentir de controlar la situación y estar segura.”

Emma (19 años, Barakaldo): “Hay que estar segura para subirse ahí arriba.”

Estos casos muestran una visión de la situación que cuestiona una perspectiva victimizadora de las mujeres. Bailar ‘seduciendo’ puede ser leído como un acto de

agencia y no de reproducción de roles de sumisión, atribuyendo así la capacidad de actuar sobre y con sus cuerpos como sujetos sexuales, no como meros objetos. Las dos visiones fueron presentes durante las observaciones, mostrando la **dificultad de compaginar una perspectiva feminista que reconozca la opresión a la vez que visibilice la capacidad de resistencia y agencia de las mujeres.**

En otros casos describen el ambiente como de tensión o directamente violento. De hecho es una conclusión empírica que la mayor parte de las agresiones, violencias y malestares que sufren las chicas jóvenes, tal como así las describen especialmente las chicas concienciadas, tienen lugar en estos espacios y momentos, aunque el miedo luego tenga otros escenarios. Son muchos los ejemplos donde dan cuenta de esos abusos dentro de los locales, que en algunos casos describen como sistemáticos. De hecho en la misma observación de Hernani el grupo de chicas vive dos situaciones de tensión y acoso por parte de hombres incluso bastante mayores.

Ainara (17 años, Hernani): “Unos chicos (de origen latinoamericano la mayoría) habían realizado una especie de pasillo justo en el camino hacia el baño. Yo los conocí al verlos, son los mismos chicos de siempre que suelen estar en ese bar. Tienen alrededor de 20 años, no son tampoco mucho más mayores que nosotras. Y fuimos a propósito hacia el baño, para poder ver cuál era su reacción, comenzaron a agarrarle de la camiseta a Susana, no la soltaban y ésta al final dio la vuelta para ver quién era. Y vio a un chico que ya tenía la postura, iba a tocarle el culo.”

Hodei (17 años, Hernani): “Una vez a una de nuestra cuadrilla le tocaron de todo. Estábamos más al fondo y ellos a la entrada del bar y ella estaba saliendo del bar. Y al salir como que hicieron como barrera y no le dejaban. Hizo como fuerza y le tocaron de todo.”

Elene (25 años, Barakaldo): “A mí en el local X hace tiempo pasé y un tío me tocó el culo y le empujé y me vino el segurata y me dijo: -Controla tu morón. Y le dije: -¿Perdona? Me acaba de tocar todo el culo. -Te he dicho que controles tu morón.”

Bea (25 años, Barakaldo): “Aunque tienes más posibilidades que te toquen y te soben dentro del bar que fuera, pero estás más segura.”

Jule (25 años, Barakaldo): Muchas veces en esos espacios ocurren un montón de agresiones y ni se identifican, ni se actúa. Tú no te encaras si no eres muy consciente y tienes muy estudiado que eso es una agresión tú no te enfrentas al agresor. Entonces lo que no se grita no se ve, no existe.”

Aunque por motivos distintos, algunos chicos también lo describen como un espacio conflictivo, de tensión, ya que sienten que les exige a ellos probar su masculinidad y les pone en la tesitura de verse envueltos en alguna pelea.

Xabier (19 años, Barakaldo): “Había mucho más clima de violencia ayer que en un concierto que te estás dando de ostias con el otro. Para pasar de un lado otro como de que no te toques y tal... Es como un coto de caza. De hecho solo entre los chicos. Que les rozas y ya te miran mal. Igual no es violencia, tensión. Cada cuadrilla su espacio, su coto y pasas y te miran mal.”

Grazian (2007) utiliza justamente el término de “cacería de chicas” (*girl-hunting* originalmente) para conceptualizar las actitudes colectivas de los hombres jóvenes en el contexto del ocio nocturno. Más allá del objetivo de conseguir relaciones sexuales el autor destaca el carácter performativo de demostración de poder y expresión de la masculinidad de forma gregaria.

En el caso de Barakaldo y Hernani surge la tendencia de comparar estos espacios festivos que ellos y ellas consideran hegemónicos con espacios alternativos de los que participan, organizándolos y gestionándolos. Básicamente los *gaztetxes* y los espacios de *txosnas* que se organizan en las fiestas de los pueblos y barrios. Algunos chicos especialmente hacen esa distinción y consideran que esos espacios están poco menos que “liberados” de actitudes sexistas. Aunque las chicas también ven diferencias no son tan optimistas y ponen el acento en las relaciones de poder que continúan existiendo. La percepción en estos casos difiere según el género, con una defensa por parte de los chicos de esos espacios en los que tienen algún tipo de responsabilidad. Como se comentaba en el punto 3, existe una invisibilización de las agresiones en los lugares que se consideran propios, ya sea como forma de desresponsabilización o de no querer asumir las consecuencias. El grado de defensa varía también según los entrevistados, desde una defensa absoluta (‘hay un ambiente muy sano’) hasta aceptar un nivel bajo de machismo comparándolo con otros espacios (según Julián).

Igor (17 años, Hernani): “En las txosnas hay un ambiente muy sano. Al final hay gente de Hernani, no solo de nuestra edad... [...] Gente de aquí, además más o menos del mismo estilo...”

Xabier (19 años, Barakaldo): “El gaztetxe es igual donde más veo las relaciones de poder entre géneros, pero donde menos las hay. [...] Las pocas que hay se critican mucho.”

Saioa (17 años, Hernani): “[en el Gaztetxe] la mayoría son chicos y siempre están al mando, tienen mucha más autoridad que las chicas”.

Julián (20 años, Barakaldo): “La zona es macromachismo, el Jaigune micromachismo.”

Resulta sintomático en este sentido la observación hecha en Barakaldo en “la zona” de bares y las sensaciones que las chicas comentan a posteriori en la puesta en común acerca de que el ambiente fue peor al terminar y dirigirse a las txosnas de fiestas de un barrio de Bilbao.

Emma (19 años, Barakaldo): “Dejas pasar más cosas que en un ambiente de txosnas no dejarías pasar.”

Jule (25 años, Barakaldo): “Ayer había un montón de babosos en Deusto.”

Emma (19 años, Barakaldo): “De hecho yo en Deusto lo pasé peor que en el bar X ayer.”

En estos espacios suelen establecerse protocolos para prevenir y reaccionar ante posibles agresiones sexistas. Tienen experiencia en ese sentido, especialmente en Barakaldo cuando ha habido situaciones de tensión con agresores. Llama la atención como entre los chicos sale rápidamente a colación la habitual expulsión o incluso respuesta violenta ante esos agresores, de la que ellos toman parte a veces, aunque les genera dudas de hasta qué punto implicarse o dejar que sean las chicas quienes lo gestionen. De alguna manera con esa diferencia respecto a los bares y discotecas se argumenta la contraposición, es un espacio libre de violencia sexista. En cambio las chicas ponen el acento en que justamente no son espacios totalmente liberados de sexismo, quizás no en cuánto al acoso pero sí respecto a otros temas más invisibles, como el reparto de tareas.

Xabier (19 años, Barakaldo): “Las txosnas sí que son un sitio bastante conflictivo, que puede haber conflictividad, que sí que puede haber babosos y eso, pero creo que es un ambiente en el que la gente está bastante relajada y que en cuanto hay cualquier cosa de esas se ataja directamente y la gente es consciente de eso y lo soluciona rápido. No es como la zona, aquí si hay un baboso se le echa y fuera.”

Unai (22 años, Barakaldo): “En las situaciones de babosos u otro tipo de acciones incluso más violentas o más directas la forma de actuar, ¿no? El yo ante esta situación ¿qué hago? ¿Me mantengo al margen? ¿Cuándo intervengo? ¿Intervengo? ¿Sí? ¿No? ¿Cómo? Si tienes que echar a un baboso, porque es un

baboso le echas y punto, pero si ves que alguien se está pasando, ¿qué haces? ¿Permites? ¿Dejas esa permisividad, porque dices: -ostia voy a dejar que esa mujer se defienda ella? ¿Hasta cuándo? Ese paternalismo, es ahí donde tengo mis dudas, donde nunca he sabido actuar bien.”

En relación a las respuestas al acoso en estos espacios, los chicos prácticamente solo aluden a la necesidad de responder en esos contextos, no es algo que les afecte en su entorno habitualmente. Incluso algunos se sorprenden al acercarse más a esta problemática a través del proyecto. Pero para las chicas es algo mucho más real, con lo que se encuentran y a veces es incluso habitual. Su reacción y respuesta a esas situaciones de acoso es diversa. La conciencia feminista que les hace interpretar como agresiones esos acosos les hace responder en algunos casos.

Bea (25 años, Barakaldo): “Cuando una tía le dice delante de otra chica que se está enfrentando a un chico ei tía relájate, eso no nunca, que si no le estás dando la razón a los tíos”.

Bea (25 años, Barakaldo): “Cuando comienzas a abrir los ojos, ya no puedes volver atrás, ya no puedes pasar delante de un toqueteo, un baboseo. Es imposible salir desconectada”.

Como vemos no todas actúan de la misma forma, el factor de la conciencia feminista parece muy relevante aquí. Pero la presencia de más amigas o compañeras también parece determinante, deben sentirse arropadas por un entorno conocido o empoderadas en el momento. Por eso algunas optan por pasar. Maider se lo recrimina a Susana.

Susana (17 años, Hernani): “Por ejemplo la época de Sidrería, o los bares por la noche, vale, suceden cosas, pero a la vez yo lo paso muy bien en esos sitios. Por eso, algunas veces, paso”.

Maidier (17 años, Hernani): “No debes pasar, porque si no siempre continuará habiendo agresiones”.

Naroa (21 años, Barakaldo): “A mí en Santurtzi un tío me pidió un bukake solidario (que se corriese en mi cara). Y yo buah, me puse como una energúmena. Y las chicas de mi cuadrilla me dijeron que le riese la gracia que solo era una broma. Buah, me fui de la fiesta porque al final en vez de pegar al tío le pegaría a mis amigas”.

June (15 años, Vitoria-Gasteiz): “A las chicas nos dejan hacer más cosas que a los chicos. Porque los chicos y los seguratas son chicos, y se nota. Depende

como vayas vestida o así, pero si vas un poco enseñando o así te dejan entrar, en cambio si vas tapada no. Con los chicos es diferente, igual a los chicos de nuestra edad les dejan entrar menos. Nosotras vamos maquilladas o...”

En estas últimas reflexiones vemos como el nivel de tolerancia de Naroa, miembro de un colectivo feminista y el de sus amigas que no lo son, no es el mismo; y que June entiende como libertad y privilegio las ventajas que le reporta la sexualización de su cuerpo. Vemos una de las primeras rupturas importantes entre las chicas con esa práctica discursiva y las que no la tienen.

En este sentido, la mayoría de las chicas cuando salen de noche saben que con una alta probabilidad vivirán situaciones de violencia sexual de baja intensidad y entienden que forma parte del ocio nocturno (Graham et al., 2001). Según el Informe 2014/2015 del proyecto Noctambul@s²², en muchos casos las chicas jóvenes vinculan una supuesta mayor libertad sexual adquirida con la aceptación del riesgo de ser agredidas. La libertad sería entonces elegir correr el riesgo de ser agredida y asumirlo. Las chicas jóvenes no quieren quedar fuera del ocio nocturno y de los consumos y entienden que los riesgos de la violencia sexual forman parte de los precios a pagar por vivir esas experiencias.

Las distintas acciones que podríamos incluir dentro del acoso callejero o del acoso en el ambiente festivo nocturno son muchas. Algunas provocan un rechazo social mayor y otras una aceptación sutil o explícita importante. Por eso esta era una buena oportunidad para interrogarlos a ellos sobre sus comportamientos, sobre qué límites establecen y qué actitudes les parecen justificables y cuáles no. Entre los chicos con supuesta conciencia sobre la igualdad el límite es el de poder mirar a las chicas que les parecen atractivas sin incomodarlas. Reivindican un cierto “derecho a mirar” aunque hay algunos que son críticos también con eso. Corroboran así la idea de que la visibilidad de los cuerpos de las chicas en un espacio público adulto, masculino y heterosexual las hace sujetas al dominio visual de la mirada masculina, que las objetualiza sexualmente (Hyams, 2003).

Raúl (20 años, Barakaldo): “Intento que no se sienta incomoda, no que sea algo cebado. [...] A mí no me parece mal que se haga. Si no siente incómoda... Desde el respeto.”

22 El proyecto Noctambul@s. *Observatorio cualitativo sobre la relación entre el consumo de drogas y los abusos sexuales en espacios de ocio nocturno* es una iniciativa de la Fundación Salud y Comunidad que se inscribe en una línea de trabajo sobre la interacción entre las violencias de género y las drogas en la que se viene trabajando en los últimos 15 años.

Txomin (25 años, Barakaldo): “Pero no está mal fijarse físicamente en una mujer.”

Entre los chicos que en principio no disponen de esa sensibilidad el límite disminuye y también ven aceptables las intimidaciones u otras agresiones verbales²³ en la calle, si es con “educación”. Una chica también recoge esta legitimidad que los hombres dan a estas invasiones, pero en este caso lo hace hablando de chicos presumiblemente críticos, con lo cual la distinción entre unos y otros hay que tomarla con cautela.

Nacho (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Hay maneras y maneras de decirlo. No es lo mismo decir: -Madre mía te daba hijos hasta que te salieran impares [risas] Por ejemplo a mí el que me gusta, porque es como que sí pero que no es: -Qué bonito andar tienes. Porque es en plan: menudo culazo, pero se lo dices como por debajo... [...] Alguna vez lo he dicho. Pero sobretodo de confianza, no a una persona que acabes de conocer.”

Gorka (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Qué culo tu! Eso tampoco es para tanto.”

Malen (19 años, Barakaldo): “Hablando con unos chicos amigos míos, que los ves bastante críticos y comienzas a hablar de estos temas y te sorprendes, el otro día estos mismos me cuestionaban que los piropos no nos deberían de molestar a las mujeres”.

Hemos ido viendo como las chicas de los distintos grupos explicaban situaciones en que han recibido estas intimidaciones y agresiones verbales en la calle y como lo reciben de distinta forma. Y es curioso como sin embargo la mayoría de chicos creen que eso no existe en su contexto, como nos recordaban Unai y otros. Pero estos comentarios invasivos **funcionan como un recordatorio de la vulnerabilidad. Sitúan a cada persona en su sitio: la mujer como sexualizada y disciplinada en el campo de visibilidad de la mirada masculina; y el hombre como sujeto que mira, desea y juzga.** Los chicos reconocen en parte estas intimidaciones en la calle, pero no son conscientes de las implicaciones que tiene esto en relación a la cultura de la violación. Susan Brownmiller (1975) sostiene que todos los hombres participan de la cultura de la violación. Esto quiere decir que mientras solo algunos se convierten en violadores, disciplinando al colectivo de mujeres, manteniendo bajo control sus cuerpos a través del miedo, todos los varones se benefician de esa cuota de poder. La cosificación a través de la mirada o la intimidación verbal forman parte de esa cultura global violenta, que tiene el objetivo de perpetuar unas relaciones de poder y

²³ De forma habitual en los grupos y también en la sociedad en general se habla de ‘piropos’ o ‘halagos’ para referirse a estas interpelaciones verbales. Para huir de estas etiquetas dulcificadas hemos escogido otros términos como intimidación, invasión o agresión.

desigualdad. En este sentido los chicos se ponen algunos límites, pero no van a la raíz, a los cimientos que explican esas situaciones en el espacio público.

La negociación con esos límites forma parte de una cierta crisis de las formas más extremas de masculinidad tradicional y el surgimiento de nuevos consensos éticos sociales menos permisivos con ciertos niveles de violencia en público. Esta negociación produce contradicciones, autocensuras y cuestionamientos entre ellos como en el siguiente caso entre chicos no concienciados. Se vislumbra una cierta interiorización de la cultura del consentimiento especialmente cuando una situación de abuso se identifica como violación.

Nacho (15 años, Vitoria-Gasteiz): “¿Necesito que una mujer esté borracha para poder hacer algo con ella o tengo amor propio y amor hacia esa chavala? Es decir, tengo dignidad propia y siento respeto hacia las personas. Porque eso es una falta de respeto absoluta.”

Peio (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Yo estoy de acuerdo. Pero a mi ahora mismo me viene una modelo de estas que están todo buenas borracha y me lío con ella.”

Nacho (15 años, Vitoria-Gasteiz): “¿Y la violas?”

Peio (15 años, Vitoria-Gasteiz): “No, eso ya no.”

Nacho (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Ah, bueno pues ya está. Es el patrón de la misma situación eso. Igual borracha no te sabe decir que no o que pares. Estamos hablando de una situación en la que no te sabe decir que pares.”

Pero en otros casos aparecen graves ideas justificadoras explícitas de las actitudes acosadoras. Creen que algunas mujeres jóvenes “lo buscan”, o incluso relacionan un cierto modo de vestir con el recibir miradas o acosos. Esta justificación de las violencias “de baja intensidad” con el argumento de la provocación femenina es tan clarificadora como alarmante. Son ejemplos muy puntuales en todo el trabajo de campo pero muy significativos, ya que uno de ellos además forma parte de un colectivo feminista. Si en ese contexto y con los límites del discurso políticamente correcto aparecen estas legitimaciones, es lógico pensar que en otros entornos y foros sin duda se justifican también las formas de violencia sexista más extremas.

Gorka (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Están más predispuestas. Y algunas lo buscan. Que yo conozco algunas... Que les digan algún piropo pero bueno. No digo seguirle tampoco.”

Garikoitz (17 años, Hernani): “A la gente le gusta que le miren y eso, pero a muchos otros/as no. Porque a veces les gusta vestir así y ir así, pero al final recibes algunas cosas.”

Vemos además como los chicos no tienen experiencias “encarnadas” (*embodied*) de ser acosados, pero ni siquiera mirados u observados. Que este fenómeno no les afecte nunca dificulta también el tránsito a esa sensibilidad empática con las mujeres. Pero que este fenómeno se dé solo en una dirección (de hombres a mujeres) tampoco les conduce a relacionarlo con la situación de privilegio que les otorga el sistema sexo-género a ellos.

Unai (22 años, Barakaldo): “No concibes que eso pase a la inversa. A mí me piropea una mujer por la calle y no me siento atacado porque me río o no o... Bueno no sé porque nunca me ha pasado. [risas] Lo que quiero decir es que no me sentiría acosado porque no sentiría miedo, no siento que eso pueda ir a más.”

Markel (17 años, Hernani): “Yo no me he sentido nunca observado creo.”

4.7 Las otras experiencias de género y edad: el bienestar del grupo de iguales

La realización de los *Relief Maps* donde se trabajan las sensaciones y vivencias en distintos espacios y los propios debates permiten identificar malestares muy diversos. Atendiendo a los objetivos del proyecto nos hemos centrado en aquellos espacios o cuestiones concretas que se relacionan con el miedo y el espacio público. Pero es importante también reseñar otras experiencias y situaciones que las y los jóvenes han puesto encima de la mesa.

En relación al género las mujeres jóvenes en general se centraron más claramente en los temas y objetivos que teníamos fijados. Aún así se evidencia que entre las chicas que se auto-reconocen como feministas extienden la influencia de esa conciencia a muchos o todos los ámbitos de sus vidas, cuestionando las relaciones y los roles entre mujeres y hombres en todos esos entornos.

Los chicos, por otra parte, expresan muy pocos malestares relacionados con el género, y si los hay son del tipo ideológico o empático. Es decir, identifican situaciones en la que el hecho que haya discriminaciones de género les provoca malestar por sentir empatía con otras mujeres o una rechazo a ciertas actitudes. También se encuentran malestares relacionados con el hecho de no cumplir con la masculinidad

hegemónica, que no estarían relacionados con unas relaciones de poder de género sino con la rigidez del binomio de género. Entraremos un poco más adelante a desgranarlos pero es interesante comparar aquí las distintas percepciones que tienen las chicas y los chicos de Barakaldo sobre las relaciones de género y las desigualdades en un contexto concreto que comparten: el Gaztetxe.

Este espacio es muy relevante en sus experiencias vitales y lo viven con intensidad e implicación personal y emocional. Para ellas y ellos es un espacio de autonomía, fuera del control y la tutela de personas o normas ajenas a su colectividad. Y esta autonomía y su deseo de construir una sociedad distinta, basada en otros valores, hacen que experimenten con la posibilidad, pero también el deber ético, de eliminar las desigualdades de género y las relaciones de poder patriarcales. Estos son temas que debaten y trabajan en común. Pero resulta reseñable como aún así la percepción de lo logrado es bastante distinta entre ellos y ellas. Mientras las chicas identifican con facilidad los conflictos que continua habiendo y las discriminaciones que permanecen, los chicos en muchos casos lo ven como un espacio liberado de relaciones patriarcales.

Emma (19 años, Barakaldo): “Los chicos tienen más peso en el Gaztetxe, pero no porque sean más productivos, sino porque son pesados, más pesados en el sentido de insistentes”.

Cristina (21 años, Barakaldo): “En el Gaztetxe siento lo mismo que en mi clase, los chicos acaparan mucho, con el lenguaje verbal y corporal”.

Los *Relief Maps* son una herramienta de análisis de carácter interseccional. Es por eso que hemos obtenido también información sobre la relevancia de la edad, de la etapa de la vida en la que están estas personas como condicionante de su forma de estar y sentirse en los diferentes espacios vitales. Ya hemos comentado como en los hombres jóvenes la edad que tienen es un factor clave en la posibilidad de sentir miedo en el espacio público. Pero más allá de eso la edad es un factor más relevante en los chicos en todos los campos que en las chicas. Por un hecho muy sencillo: las emociones que ellos relacionan con su género son mucho más limitadas, llevaderas o incluso privilegiadas.

Según sus discursos, los adolescentes viven con incomodidad o como injusticia ciertos aspectos que les relegan a un segundo plano frente al poder adulto. Es así en aquellos espacios donde más claramente hay figuras de poder adultas, frente al profesorado en los centros educativos y frente a la familia en casa. Pero también en otros espacios, como aquellos que comparten con jóvenes de edades más avanzadas, lonjas,

gaztetxes, espacios festivos, etc. Es por todo esto que los y las jóvenes de más edad no han prácticamente expresado malestares por cuestión de edad. En cualquier caso los chicos tienden a ser más prolíficos en cuanto al reconocimiento de malestares leves por estas cuestiones, pero son algunas chicas de las más jóvenes las que lo expresan con más hastío o contundencia. Denuncian la infantilización a las que se las somete a veces y la tutela paternalista que deben sufrir. Se vislumbra aquí también como los distintos ejes de opresión se retroalimentan y muchas veces se multiplican al coincidir, ya que además son las chicas de uno de los grupos con conciencia feminista.

Maidier (17 años, Hernani): “En cuanto a la edad la mayoría de los chicos que vienen de fuera suelen ser mayores, y por eso, siento que me tratan como la tontita, la niña. Y como mujer me siento como un objeto.”

En contraposición lógica a todos estos malestares, se observa que algunos de los lugares que proporcionan mayores cotas de bienestar entre los y las jóvenes son los espacios que comparten en grupos homogéneos. Así, el bienestar vendría explicado por la posibilidad de compartir espacio y tiempo con el grupo de iguales a nivel de edad y, especialmente en el caso de las chicas, también a nivel de género. Algunas chicas, por ejemplo, expresan que el tiempo de la semana que dedican a algún deporte colectivo en un equipo no mixto es uno de los que les produce mayor confort y bienestar. Esto en sí mismo demuestra que en espacios donde no se cumple esta homogeneidad de perfiles su bienestar disminuye.

Raquel (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Sí, es que al hablar y todo nos entendemos mucho, estamos juntas en el vestuario y eso nos une mucho. A lo mejor a un chico le cuentas un problema y no actúan de la misma forma que al contarle a una chica, te comprenden más las chicas”.

Podemos extraer de esta realidad que es importante que los y las jóvenes dispongan de espacios propios en lo temporal y en lo físico, de relación y de ocio de forma autónoma y no tutelada. No es nada nuevo, pero se confirma que las instituciones, en especial las de mayor cercanía, deben preocuparse por procurar estos espacios o si es posible garantizar que ellas y ellos puedan decidir cuáles son y cómo son. Pero a su vez esto enciende una cierta alerta si queremos construir sociedades integradas y donde personas y colectivos distintos convivan y se interrelacionen. No es muy esperanzador en términos sociales y democráticos que mezclarse sea fuente de malestar o incomodidad para los y las jóvenes, pero la gestión de la diferencia en entornos sociales diversos también puede ir de la mano de la creación de espacios de

seguridad en los que se diluyen algunas relaciones de poder: espacios solo de chicas o solo de jóvenes, por ejemplo.

Elegir estas dos dimensiones, género y edad, deja fuera otros elementos clave que construyen y determinan las identidades de las personas jóvenes. Como avanzamos sobre esta investigación, se ha buscado un grupo diverso en relación a cuestiones de género y de edad (dentro del grupo juventud) pero no se ha puesto el foco en cuestiones como la orientación sexual, la clase social, el origen, la etnicidad o la diversidad funcional. Esto no implica que entre las personas entrevistadas no hubiera diversidad, pero en los *Relief Maps* no se ha materializado y tampoco había preguntas específicas que fueran en esa línea. Por ejemplo sobre la cuestión de la orientación sexual, por las respuestas obtenidas se deduce que había chicos gays y chicas lesbianas, pero el análisis sobre las implicaciones de esta cuestión no se han sistematizado. Resulta relevante indicar que, a pesar de la importancia que la orientación sexual pueda tener en la experiencia del espacio público por parte de jóvenes con orientaciones sexuales no normativas, el miedo en el espacio público continúa basándose en una relación heteronormativa: la mirada masculina sobre un cuerpo sexuado de mujer. Pero aunque el miedo tenga un marcado carácter heterosexual eso no deja de afectar, por ejemplo, a las mujeres lesbianas o trans que de forma pública y anónima son cuerpos leídos como mujer y sufren los mismos riesgos. A lo que habría que añadir que estas personas sufren otros muchos malestares como han evidenciado otras investigaciones (ver Rodó-de- Zárata, 2015a), porque no solo la sociedad en conjunto es homófoba sino que la ciudad en concreto también lo es.

Las pocas alusiones a este tema que aparecen durante las sesiones con las personas participantes, no provienen de la propia experiencia (ni en las intervenciones, ni en los mapas), sino a partir de la observación y el análisis del propio discurso y contenido que a algunos/as les hace ver que se ha obviado esa mirada.

4.8 Masculinidades: continuidades y brechas en la perpetuación del miedo

Hemos ido ya analizando los resultados del trabajo de campo integrando los que provienen de las chicas y los que provienen de los chicos. En algunos casos hemos analizado cuestiones particulares de los hombres jóvenes, como su propio miedo diferencial o su respuesta ante al acoso callejero. En este punto desarrollaremos el papel de las masculinidades en relación al miedo.

A lo largo del análisis de resultados hemos visto las diferencias existentes entre los relatos de los chicos, entre los de más edad y los más jóvenes, y entre los que forman parte de colectivos que se declaran anti-sexistas o feministas y los que no. Estas segundas son visibles y remarcables en ciertos discursos, donde se nota la politización y sensibilización de unos y no de otros. Pero ese discurso abstracto y general aprendido a nivel del relato político, a menudo no se materializa en lo concreto y cercano de forma muy diferente a como lo hacen el resto de hombres jóvenes.

Por ejemplo a la hora de reconocer los privilegios que el sistema patriarcal les otorga no hay prácticamente diferencias. Ambos grupos son capaces en algunos casos de ver sus ventajas respecto a las mujeres jóvenes, pero en ningún caso lo plantearan conscientemente como un privilegio y, menos aún del que intentan desproveerse. A modo de ejemplo las transcripciones de dos chicos de Gasteiz.

Josu (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Me siento más confiado porque sé que tengo menos riesgos.” [al volver a casa de noche]

Gaizka (16-17 años, Vitoria-Gasteiz): “Tranquilo, porque las mayores dificultades lo tienen las mujeres.” [Sobre la zona de fiesta del Casco Viejo]

Anteriormente veíamos como a menudo cuando ellos y ellas, pero especialmente ellos, son interpelados acerca de la realidad del acoso o la violencia sexista lo describen como un problema lejano, o cuanto menos atenuado en su entorno local. Siguiendo con esa línea de alejarse del problema una de las conclusiones importantes del trabajo con los chicos es la auto-exculpación, el “yo no soy”.

Nos referimos a que en general los chicos reconocen el problema del acoso y la dominación en el espacio público, pero lo interpretan como un problema ajeno a su espacio, a su gente, a su comunidad, a ellos. Individualmente ellos no lo ejercen, ni voluntaria ni involuntariamente. También respecto a los micromachismos, que algunos sí atribuyen a otros hombres de su alrededor que los ejercen pero no lo identifican, no son conscientes de ellos. En algunos casos reconocen que pueden provocar miedo porque las mujeres ven en ellos lo que socialmente son, hombres, pero este miedo es involuntario y como veremos, intentan evitarlo cuando se dan cuenta. Hablan siempre en tercera persona de los hombres e insisten en la necesidad de diferenciar entre los que ejercen esa violencia machista (otros) y los que no lo hacen (ellos).

Eñaut (17 años, Hernani): “Hay algunos bares, yo no lo sé pero por lo que me han dicho, donde no se respeta del todo a la mujer.”

Garikoitz (17 años, Hernani): “Hay gente de todo. Lo que hacen unos chicos perjudica a otros.”

Es posible hacer una relación aquí con los las cuatro formas que el hombre tiene de no hacerse responsable de su violencia según establece Ramírez (2000): culpar a otros, negar, minimizar y coludirse. Aunque habla de la exoneración que hacen los hombres responsables de violencia machista en el hogar, es interesante el parecido con la auto-exculpación general de la que hablamos.

Esta división mental entre ellos y nosotros, los que estamos en contra de esto, somos sensibles a la violencia que sufren las mujeres, etcétera contrasta bastante con la vivencia de las mujeres jóvenes. Es cierto que la oposición no es la misma, porque las chicas concienciadas y las que no, son víctimas todas del miedo y la represión que les impone. Pero es interesante compararlo con la capacidad que sí tienen estas chicas concienciadas de empatizar e identificarse con las chicas no feministas, aunque a veces tengan discusiones con ellas por el cómo actuar.

Los hombres jóvenes no justifican ni las agresiones sexistas, ni la mayoría de las situaciones que podríamos definir como acoso y se solidarizan con las mujeres jóvenes que lo sufren. Pero lo hacen cuando son preguntados por este tema de forma reiterada y observan ejemplos y vivencias de las mujeres, a menudo sorprendidos. La sensación es que desconocen en buena medida esta realidad, no son conscientes de ello, porque no les afecta, creen que ellos no tienen nada que ver y no empatizan con las opresiones cotidianas que sufren las mujeres.

Igor (17 años, Hernani): “Tú! Tocadísimo, me he quedado tocadísimo!”

Naroa (21 años, Barakaldo): “Pero los tíos también se quedan pillados en algún taller que hemos hecho nos preguntan, ¿De verdad que los tíos os piropean cada día? ¿En serio, que a todas os han tocado el culo alguna vez?, flipan”.

Cristina (21 años, Barakaldo): “Es en plan, ¿en qué mundo vivís?”.

4.8.1 La territorialización del espacio

Uno de los objetivos que se planteaba el proyecto desde el inicio era analizar los roles y comportamientos de los hombres jóvenes en el espacio público y ver hasta qué punto desarrollan actitudes de preponderancia, dominación frente a las mujeres jóvenes y territorializan el espacio público a través de su ocupación. En relación a lo ya comentado, esta es una de las cuestiones que ha quedado contestada de forma limitada o parcial. No se han encontrado relatos en primera persona sobre la territorialización masculina del espacio público, ni tampoco de la aceptación de esta actitud como fruto de un privilegio masculino que estos utilicen para la dominación y el poder. Es cierto que con observaciones empíricas continuadas de enclaves específicos o con una muestra más amplia, tal vez se hubieran encontrado otro tipo de

datos, pero con los disponibles el acercamiento a esta cuestión es indirecto. Por ejemplo, a través del relato de ellas, sí se muestran algunos ejemplos de esta territorialización u ocupación dominante del espacio. Respecto al espacio físicamente público tenemos el ejemplo de una calle de Vitoria-Gasteiz donde distintas chicas explican la presencia permanente de hombres que las intimidan. Es lo que Quinn (2002) denomina “girl watching”. El término se refiere al acto de evaluación de las mujeres sexualmente por parte de hombres, a menudo en grupo, una especie de acecho, una forma más del amplio abanico del acoso sexual callejero.

Hegoa (15 años, Vitoria-Gasteiz): “En la calle Barrancal, gran malestar. La calle es muy estrecha, la gente está apoyada en las paredes, y te miran, hay gente chungu, que te dan miedo. La calle es estrecha no hay salida, o para adelante o para atrás. Suelen ser extranjeros, siempre chicos adultos.”

Donde sí podemos observar con más claridad actitudes de este tipo es en los espacios festivos, en este caso cerrados. En estos espacios semi-públicos hay hombres que se concentran en ciertas zonas y adoptan unas determinadas posturas o lenguaje corporal para dominar esos espacios y convertirlos en una especie de ‘cotos privados de caza’. Las chicas se refieren a esto como “los pasillitos”, filas de hombres que se colocan a ambos lados de zonas estrechas de los locales (en la entrada de los baños, en la barra si el bar es estrecho, etc.). Dejando poco espacio entre ellos provocan que las chicas tengan que pasar por allí, a menudo rozarse o directamente las agreden con tocamientos. Es algo que básicamente demuestran las experiencias y relatos de las chicas que lo viven, no de ellos al reconocerlo o observarlo.

Emma (19 años, Barakaldo): “Luego está el pasillito del baño.”

Bea (25 años, Barakaldo): “Tenías que rozarte de cojones para pasar”.

Karlos (26 años, Barakaldo): “Las mujeres bailando sensualmente y los hombres con actitudes más dominantes. Como estaban situadas las personas dentro del bar. Normalmente había grupos de chicas bailando y chicos alrededor bailando o mirándolas, rodeándolas. Los pasos estrechos siempre había chicos en esos pasos estrechos. Era como su espacio. Y tú tenías que pasar por ahí y estaban a un lado y a otro.”

Susana (17 años, Hernani): “Yo anteriormente, no me había dado cuenta cuánto espacio público ocupan los hombres”.

4.8.2 La cultura de la violencia

Independientemente del reconocimiento o no de la intención o posibilidad de agredir a una mujer, hay una cuestión que se hace muy visible en los relatos masculinos y que, de forma implícita, denota una determinada actitud generalizada violenta. Hay una cultura masculina de la violencia, sea para defenderse, sea como supuesto o como algo que les atrae o les rodea. El uso de la fuerza y la agresión está totalmente presente en sus vidas, como realidad o posibilidad a la que recurrir.

Nacho (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Sí, porque a un tío es más normal que le cojas y le metas una paliza. A una tía yo creo que no es tan normal.”

Igor (17 años, Hernani): “Según que tío también puede pensar, le puede hacer click, puede decir: -Me va a intentar robar, pero igual tengo los mismos cojones que él y le suelto una ostia y salgo corriendo.”

Ya hemos visto algunos ejemplos, incluso de violencia sexista, como la posibilidad de tener sexo con una mujer en estado de embriaguez. También la respuesta diferencial que explican ante el acoso en los espacios festivos. Pero no son los únicos contextos. Algunos explican estas reacciones como parte de su carácter irascible o justificado por el contexto que les provoca, pero no como algo que les incomode o disguste sino como una reacción normalizada. Curiosamente Garikoitz explica el día de la observación haber tenido una pelea días antes, ya que aparece con el ojo morado.

Garikoitz (17 años, Hernani): “Yo cuando estoy borracho tengo un pronto muy rápido. Me dicen algo y yo ya me enfado. Me hacen un poco y voy para allá. Según como lo coge cada persona. A mí según quién me hace algo y yo ya voy hacia el tipo o lo que sea.”

Peio (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Los típicos niñatos que hay ahora, que son unos enanos y te vienen ahí tocando las pelotas. Muchas veces me subo.”

En general tienen totalmente normalizada esta realidad, es un mandato de género que reconocen, pero rara vez lo problematizan, no lo cuestionan salvo en algún caso y en algunas ocasiones se percibe una reafirmación en el tono de sus comentarios. Esto también se muestra en ocasiones en las que no saben o no pueden cumplir con ese rol que les conlleva la masculinidad hegemónica. Eso hace surgir las inseguridades o el miedo a ser rechazado o menospreciado, hecho que refuerza la vinculación de la construcción de la masculinidad con la violencia.

Markel (17 años, Hernani): No sé quién dijo que todos los chicos viendo a otro chico la primera cosa que pensamos es: -Qué, ¿yo le puedo ganar en fuerza? ¿sí o no? Que siempre pensamos igual. Y yo, ostia, alguna vez sí lo he pensado.”

Hodei (17 años, Hernani): “Y también es la típica presión de: -Ah, ¿te has dejado pegar por este? Siempre tienes que ser más.”

Julián (20 años, Barakaldo): “Cuando vino una persona a pegarme a mí y a un amigo mío. Había escuchado muchas cosas de amigos que se pegaban o qué había que hacer, había que darle a dónde, no sé qué. Y luego al final terminó en shock. Es decir yo no pude hacer nada. No me acordaba ni siquiera de lo que había pasado. Tuve una reacción que hasta que pasó no sabía.”

Esta es una actitud normativa transversal en la que no se observan grandes diferencias entre los distintos chicos, ni por edades ni por supuesta conciencia de igualdad o posición ideológica. Comparten la justificación de la violencia, por ejemplo ante una agresión sexista a una compañera o amiga suya, que desata y justifica la violencia directa contra otros hombres.

Íñigo (16 años, Vitoria-Gasteiz): “Más de una vez para defender a una chica te la puedes buscar. Simplemente por eso, porque a la chica no le van a pegar, pero a ti sí. Es la excusa para darte [...] Yo que sé por ejemplo allí en Kutxi se meten con una amiga tuya o algo y tu vas también a sacarle la cara y tu sabes que a ella no creo que le hagan nada. Es decir, no le van a... como mucho algo verbal o algo, pero como tú solamente por ser chico ya va a haber riesgo de una pelea. A ti te van a dar, está claro.”

Parece que en esta cultura de la violencia no agredir a las mujeres es la excepción a la regla general de “responder violentamente” ante una injusticia o una provocación, aunque incluso esta norma de conducta es difícil de mantener para algunos.

Julián (20 años, Barakaldo): “La misma persona dijo otro comentario interesante: -A mi muchas veces me dan ganas igual de dar un empujón a una mujer cuando me cabreo con ella. Es decir me dan ganas de hacer lo mismo que si fuera un hombre, pero no puedo.”

Esta cultura de la violencia encontrada en la mayoría de los relatos de los hombres tiene fuertes raíces en el patriarcado e implicaciones en cómo este se articula. La actitud violenta generalizada y la falta de problematización hace que sea difícil imaginar que en las relaciones con las mujeres su actitud es completamente distinta. A pesar de que advierten que no son violentos con ellas, solo con ellos, este tipo de advertencia puede hacer pensar que la violencia contra ellas es tal vez menos explícita, menos visible, pero no por eso inexistente. En una cultura en la que la violencia es vista como una forma normal de actuar ante un conflicto, la ausencia de la violencia directa, no debe verse como ausencia de cualquier violencia. La violencia

cultural, la simbólica, la estructural, permean en las relaciones de género y, como se ha visto, ellos defienden y hasta se vanaglorian de ser violentos como demostración de su masculinidad. Este dato lo identificamos como muy problemático en las relaciones de género entre la juventud, ya que difícilmente puede erradicarse la violencia machista en una cultura masculina de la violencia generalizada, donde ésta está justificada y legitimada.

4.8.3 La empatía como potencial transformador: oportunidades y límites

Hemos visto como el mandato violento consigue un amplio consenso, pero también como algunos expresan incomodidades o malestares con ese rasgo de la masculinidad hegemónica. Si nos fijamos en los malestares masculinos de género identificados en los mapas y verbalizados en las sesiones de grupo vemos dos grandes tipos. Por un lado algunos chicos, especialmente los que disponen de una conciencia pro-igualdad, expresan incomodidades puntuales por no encajar con los roles y actitudes asignados a este modelo, a esa norma de masculinidad hegemónica.

No son malestares de género sistemáticos, ni sistémicos, porque no son fruto de una desigualdad, ya que no lo son como consecuencia de privilegios o beneficios de las mujeres. Estos desencuentros con lo que el sistema sexo-género y la heteronormatividad les pide a los chicos jóvenes expresa también una apertura, la posibilidad de subvertir estos modelos y adoptar otras actitudes y formas. Estos procesos, no exentos de contradicciones, suponen una negociación con la masculinidad hegemónica.

Por otro lado, este malestar propiamente masculino se combina como vemos, con el otro tipo que relatan los hombres jóvenes: el malestar que hemos llamado empático. Es el malestar político o ético de los hombres que reconocen las desigualdades y opresiones que sufren las mujeres mientras les privilegia a ellos. Al ser una reflexión consciente a partir de lo que observan a su alrededor, está muy presente en el relato de los chicos que participan en colectivos con ideario feminista o a favor de la igualdad, mientras que en el otro grupo de jóvenes podemos encontrar atisbos de ello, pero sin desarrollar o elevar a carácter general. De cara a sus posibilidades transformadoras, es importante esta forma de aterrizar la certeza de que existe un sistema de poder sexista a las situaciones cotidianas y reales que viven a su alrededor, especialmente con las de la mujeres cercanas a ellos, madres, amigas, hermanas, compañeras, etc.

Aparecen distintos espacios y ámbitos donde observan sus privilegios de forma crítica o las desigualdades que soportan las mujeres, por ejemplo el ambiente festivo

nocturno. El hecho de compartir esos momentos con amigas o parejas les hace darse cuenta del acoso que sufren y como hemos visto, si no lo hacen, a menudo lo desconocen.

Alberto (23 años, Barakaldo): “Noto que se me respeta más en mi trabajo por el hecho de ser chico.”

Karlos (26 años, Barakaldo): “En estos sitios [discotecas y bares] es donde más empatizo con las mujeres”

Hodei (17 años, Hernani): “Yo como chico también me siento mal porque yo siempre salgo de fiesta con chicas. Entonces yo si voy y estoy hablando con una y hay un chico así de esos como machitos que se la están rifando y ven que es un chico el que está hablando con ella, como que te miran mal.”

A medida que avanzaban las sesiones de discusión con los chicos también fueron centrándose en el miedo callejero. El suyo pero sobre todo el de las chicas, su conocimiento de la situación y sus experiencias sobre la posibilidad de dar miedo. Y es aquí donde también muchos de ellos expresan esas incomodidades solidarias con las mujeres. Conocen ese miedo, muchos han sentido la experiencia de provocarlo en mujeres desconocidas y como veremos tienen actitudes, aunque sean puntuales, para intentar mitigarlo.

Unai (22 años, Barakaldo): “Soy consciente del miedo o la reticencia que pueden tener las mujeres. Es decir, yo salgo de fiesta y vuelvo a mi casa y ya está. Pero una mujer, yo soy muy consciente de que va de fiesta, se tiene que cubrir las espaldas, le tiene que cubrir las espaldas a sus amigas, encima tiene que volver a casa, calles oscuras, no sé qué...”

Algunos chicos no concienciados también son capaces de reconocer ciertas desigualdades aquí, cuando son preguntados por el miedo callejero de ellas, por ejemplo. La diferencia es que lo hacen sin que eso les incomode, sin vivirlo como un malestar, solo aceptando que existe. En todo caso reconocer una opresión y en consecuencia el privilegio opuesto, es también un paso necesario para adoptar una posición activa frente a esa injusticia.

Esta empatía consciente y reconocida puede actuar como arma de doble filo. Si apuntamos a las potencialidades transformadoras que tiene, también hay que advertir de la relajación y le exención de responsabilidades que puede acarrear. Como son solidarios no pueden ser agresores, en la línea que veíamos antes de situarse fuera del problema o conflicto. Esto lógicamente puede ser problemático y comprometer esta opción abierta al cambio de parte de los hombres.

Toda esta conciencia masculina tiene límites claros, en algunos casos desmoralizadores inclusive. Ya hemos mencionado los riesgos del discurso políticamente correcto que, sin duda, los chicos activaron en más casos de los que nos hubiera gustado. Y si pudiéramos superar esa barrera, seguro que habríamos encontrado actitudes y violencias patriarcales relatadas en primera persona. Aún así podemos vislumbrar experiencias donde ellos mismos, por acción o por omisión, reproducen el miedo y el acoso patriarcal. Nacho recurre a la respuesta violenta ante las agresiones que sufren las mujeres pero a la vez está relatando la vivencia cotidiana de la violencia sexual, contra la cual tampoco parece hacer nada. En cierto modo parece normalizarla.

Nacho (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Hay muchas veces que ves por ejemplo una tía que está medio borracha y mogollón de tíos aprovechando para meterle la mano. Es para ir y meterles un guantazo.”

Es lógico que estos límites sean distintos en el caso de los chicos concienciados y los que no lo están en principio. Parece claro que los chicos feministas identifican con más facilidad situaciones en las que involuntariamente pueden provocar inquietud o miedo en chicas desconocidas. Y aunque no parece que tengan más instrumentos para evitarlas expresan una preocupación mayor. Por ejemplo son más proclives a reconocer sus propias actitudes machistas o privilegios e identificarlos como tales.

Alberto (23 años, Barakaldo): “Hemos estado hablando un poco en general del machismo, no hemos mencionado el micromachismo, pero eso es lo que nosotros, sin querer y entre comillas, también hacemos y tenemos muchas actitudes.”

Unai (22 años, Barakaldo): “Me crea contradicciones reconocer que trato distinto a las mujeres y hombres solo por el hecho de serlo.”

Pero también en su caso eso tiene límites, algunos preocupantes. Vemos como a menudo también desconocen las agresiones que sufren las chicas. Solo se chocan con esta realidad perturbadora a través del relato de sus amigas o la reclamación por parte de sus compañeras feministas. Como hemos visto además casi siempre sitúan el problema lejos de ellos. Y además podemos ver que tienden a un discurso o substrato victimizador hacia las mujeres. Observan todos los males que el sexismo infringe en las mujeres pero se muestran incapaces de dotarlas de agencia, algo que también indica la literatura existente. Muchos hombres construyen las identidades de género masculinas alrededor de las ideas de la feminidad que hacen hincapié en el miedo y la vulnerabilidad de las mujeres (Day 2001). La discusión en Barakaldo sobre la

presencia y el uso del podium del bar por parte de las chicas, evidencia las incomodidades para reconocer a las mujeres como sujetos políticos con agencia que también negocian, experimentan y subvierten sus propias opresiones.

En cualquier caso los hombres saben que pueden hacer cosas en favor de la igualdad y en algunos casos lo ponen en práctica. De nuevo el concepto de negociación con la masculinidad parece oportuno. El reconocimiento de las desigualdades y la conciencia crítica hace que los chicos de este grupo estén en debate con lo que pueden y deben hacer. Buscan las estrategias para la transformación y los límites de estas para no perder integración o reconocimiento social entre los hombres. Es por tanto una negociación concreta también entre los principios y lo que se suele llamar el corporativismo masculino o machista. La incompreensión, la desaprobación o incluso el rechazo de los postulados pro-igualdad que pueden preconizar en según espacios donde solo hay hombres son un riesgo que miden. En el trabajo, la lonja, la clase o el vestuario rebelarse ante los comentarios machistas exige esfuerzo, tiene su valentía y a veces les resulta cansado. Pero saben que romper este corporativismo es una actitud transformadora importante, en algunos casos un deber, lo mínimo que pueden hacer como hombres contra el sexismo.

Karlos (26 años, Barakaldo): “Sí que creo que debería ser una labor nuestra de decirle a otros hombres que igual no ven eso como una agresión sexista que ese tipo de comentarios y esas faltas de respeto, que es una labor nuestra decirle: - Hasta aquí. Eso no es así, pum, pum, pum. En eso sí que podemos ayudar en la lucha feminista.”

Pero no siempre se hace, ni todos lo hacen por igual. Parece que entre los chicos concienciados la edad les hace más consecuentes en ese sentido. Mientras en Hernani Hodei le recrimina a Garikoitz que en su cuadrilla hay acosadores, en Barakaldo algunos se toman este compromiso como una obligación permanente.

Hodei (17 años, Hernani): “A Ariane también, tocándole el culo. Tu amigo o de tu cuadrilla o que era de tu cuadrilla. De estar bailando y de repente ver a Ariane bailando conmigo y pararse en seco. Y de repente ver al otro atrás tocándole el culo y tener que cambiarle el sitio porque no paraba.”

Un recurso dialéctico contundente concreto que aparece a la hora de interpelar a otros hombres con actitudes machistas o justificaciones de la violencia es introducir la hipótesis de que eso les pasara o se lo hicieran a sus mujeres cercanas: pareja, hermana o madre. Es interesante la coincidencia con una chica de Hernani que critica esta doble vara de medir en los hombres acosadores.

Karlos (26 años, Barakaldo): "Igual te lo puedes llevar al plano más personal. De decirle, oye: -Tú tienes una hermana, ¿a ti te gustaría que estuvieran diciendo eso de tu hermana?"

Saioa (17 años, Hernani): "Es muy revelador que puede ser el mismo chico, que en Hernani andará él mismo haciéndole a otras chicas, y en cambio, si se lo hiciesen delante suyo a su novia, se pondría como un gallo contra el agresor, porque le han tocado lo sagrado".

Un tema concreto que se planteaba en los objetivos del proyecto era ver si los chicos adoptaban actitudes y acciones para intentar no contribuir al miedo o directamente eliminarlo. Las evidencias nos dicen que no hay demasiadas diferencias entre chicos concienciados y no concienciados. Básicamente porque estos segundos también son conscientes de esas situaciones en la que se encuentran con una mujer desconocida y pueden ser considerados un peligro. Se trata de algo tan básico y sencillo como coger distancia, apartarse, cambiar la ruta o pararse para intentar hacer más llevaderos para las chicas esos tránsitos, pero parecen hacerlo ambos. Descartan otras opciones como intentar comunicar que no son agresores potenciales. Solo Hodei menciona algo más.

Markel (17 años, Hernani): "Lo mejor sería aumentar la distancia. Por que llegues cinco minutos más tarde a casa nadie te va a decir nada. Y la tipa mucho mejor lo pasará ya y tu seguir a tu puta bola. Creo que esto sería lo mejor."

Hodei (17 años, Hernani): "Yo hablo por el teléfono. Como si estuvieras hablando con alguien normal. Yo ahí adelanto, en ese momento. Porque así ya está escuchando igual como si estuviera hablando con mi madre: -Ama que ya llego..."

Sobre esta actitud empática y activa, se plantean también algunas dudas. A pesar de que este tipo de planteamientos se pueden percibir en primera instancia como indicios de solidaridad con las mujeres, de comprensión y de voluntad de cambio, existe también otra consecuencia: el reforzamiento de los roles, ellas como vulnerables y ellos como potenciales agresores. La duda que aparece, en definitiva, es si el hecho de recordar o mostrar a los hombres los privilegios que tienen contribuye a que dejen de tenerlos o bien los refuerza. Mostrar que depende de ellos que una mujer tenga o deje de tener miedo les atribuye un poder muy importante y les sitúa en el rol de potenciales agresores, que de ellos depende lo que le pase a esa chica que camina enfrente de ellos. La posibilidad opuesta sería la de mostrar mujeres que caminan seguras, que no temen a un hombre que camine detrás de ellas, o mujeres que

responden a las agresiones con seguridad y firmeza. La respuesta sobre cuál de las dos opciones contribuye más a la igualdad entre mujeres y hombres no la proporciona esta investigación, pero lo que sí nos muestra es que **reproducir constantemente y sin mostrar fisuras el relato de mujer-agredida y hombre-agresor reafirma estos roles y los consolida más que contribuye a modificarlos.**

Se preguntó también en general a los chicos concienciados que se puede hacer o debían hacer los hombres como ellos en la lucha feminista. Aparecen reflexiones generales y especialmente el debate sobre cómo deben o no incorporarse ellos a este movimiento y cuál debe ser su relación con sus compañeras feministas. Les ha costado discusiones y conflictos pero parece que tienen asumido, no sin contradicciones, la necesidad de estar en un segundo plano y en todo caso trabajar en todo lo que hemos visto que ya pueden hacer ellos: concienciar a los hombres que no lo están.

Unai (22 años, Barakaldo): “Es muy importante educar a los hombres en la cultura de la no-violación. Es muy fácil abstraerse del yo no soy uno de ellos.”

Markel (17 años, Hernani): “Los chicos sí somos importantes, bueno importantes, que tenemos que estar ahí para apoyar y todo para aportar nuestro granito de arena.”

Igor (17 años, Hernani): “Yo sí que es verdad que con la experiencia de estos dos años sí he aprendido como hombre y como feminista que debemos saber identificar hasta dónde debemos estar y dónde debemos decir: -Aquí no, aquí las mujeres.”

Unai (22 años, Barakaldo): “En las situaciones de babosos u otro tipo de acciones incluso más violentas o más directas la forma de actuar, ¿no? El yo ante esta situación ¿qué hago? ¿Me mantengo al margen? ¿Cuándo intervengo? ¿Intervengo? ¿Sí? ¿No? ¿Cómo? Si tienes que echar a un baboso, porque es un baboso le echas y punto, pero si ves que alguien se está pasando, ¿qué haces? ¿Permites? ¿Dejas esa permisividad, porque dices: -ostia voy a dejar que esa mujer se defienda ella? ¿Hasta cuándo? Ese paternalismo, es ahí donde tengo mis dudas, donde nunca he sabido actuar bien.”

4.9 Conciencia feminista: efectos sobre la percepción y la respuesta al miedo

Como último gran ámbito de análisis de los resultados centramos la mirada en otro de los objetivos iniciales de este proyecto: las diferencias entre las chicas activas en el ámbito de la igualdad y el feminismo y las que no tienen ese bagaje. Ya hemos ido viendo algunos ejemplos de ello y el interés también tiene un carácter transformador. Si existiera una gran diferencia o una superación diferencial del miedo en el espacio público, estaríamos ante un factor clave con posibilidades de desarrollo. Pero como vamos a ver la respuesta es que las diferencias son más bien pequeñas.

4.9.1 La misma encarnación del miedo, pero unos discursos alejados

Un posible idea preestablecida sería pensar esta conciencia incide en el modo o la intensidad que viven el miedo las chicas jóvenes, erigiéndose en un instrumento limitador de este. Una conciencia feminista dotaría de un discurso crítico con esta situación de desigualdad en el espacio público y empoderaría para desnaturalizarlo o trivializarlo. Nada más lejos de la realidad. Las chicas activistas no viven el espacio público con menos miedo. Esa conciencia parece que les hace la problemática más presente y verla más grave, lo cual redundo en miedo, porque disponer de esa conciencia y reconocer que el miedo es en parte irracional, no es suficiente para eliminarlo o mitigarlo. Cuentan historias y sensaciones parecidas sobre el miedo al volver a casa solas o sobre los espacios que representan focos de miedo a evitar. En algunos casos reflexionan que formar parte activa del feminismo les hace ser más conscientes pero quizás las hace sufrir más.

Jule (25 años, Barakaldo): “Nosotras entre nosotras también alimentamos el miedo: avísame cuando llegues a casa, quieres quedarte en mi casa en vez de ir sola (entre amigas)”

Se puede interpretar la existencia de un cierto discurso feminista victimizador o sobre-victimizador. El miedo a la violación, crimen patriarcal máximo, se concibe como la extrema representación de la injusticia machista. Parece que esta representación simbólica ligada con un discurso politizado de rechazo convierte la violación en imagen del terror total, lo cual agudiza el miedo y contribuye a mantener el estigma y el tabú sobre el tema.

Una vez más los chicos parecen ir un poco desencaminados cuando se les pregunta por las posibles diferencias entre las chicas. En Barakaldo algunos creen que ese discurso les puede ayudar a eliminar el miedo irracional a ellas. En Hernani observan tan empoderadas a las chicas con las que comparten colectivo feminista que también piensan algo parecido.

Markel (17 años, Hernani): “Al final las chicas de tu entorno, las que están formadas no tienen tanto miedo, no tienen miedo de otro.”

Las chicas concienciadas leen la realidad de una forma más compleja de los otros colectivos como ya hemos visto, tanto con los chicos como con las otras chicas. Otro matiz que hacen entre ellas es que las chicas no concienciadas perciben el miedo de la misma forma, pero no le dan carácter social, no lo relacionan con una desigualdad general y por lo tanto lo naturalizan. Cuando una de ellas es preguntada sobre si siente miedo cuando yendo sola por la noche le sueltan un comentario intimidatorio sexual prácticamente justifica esa acción.

Izaro (15 años, Vitoria-Gasteiz): “No, porque sabes que es el mítico gracioso que está con los demás, y cómo tú vas sola, al fin y al cabo... no sé vas sola, y es el típico gracioso”

Cristina (21 años, Barakaldo): “Yo creo que las chicas que no tienen conciencia feminista sienten el mismo miedo que nosotras. No piensan que ellas no deberían de sentir ese miedo”.

Naroa (21 años, Barakaldo): “Yo creo que sobre todo no lo relacionan ese miedo que sienten, con su día a día, con los piropos o con nada de eso”.

Evidentemente en el discurso explícito y en el implícito sí hay diferencias claras entre los dos grupos. También en el análisis de la realidad y en las reflexiones y el reconocimiento de sus propios malestares. Las feministas son capaces de identificar muchos más malestares y discriminaciones. En cambio las chicas que no tienen esa práctica activa tienen malestares más aislados, no identificados, no sistematizados, no reconocidos.

Claudia (15 años, Vitoria-Gasteiz): “En el centro, a veces por la ropa que llevas o así, te miran, o te dicen algo, pero malestar malestar tampoco es”

June (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Yo nunca he tenido ninguna experiencia de esas, nunca me han dicho nada”.

Esta normalización de las discriminaciones provoca que sin un trabajo más profundo de acompañamiento de los mapas, más sesiones y más tiempo, no haya sido posible investigar, rascar en las incoherencias que muestran entre lo que dibujan y lo que luego verbalizan, mostrar lo que realmente piensan. Se intuye en uno de los grupos de Vitoria-Gasteiz un cierto rechazo del discurso feminista o el cariz pro-igualdad que van intuyendo en las preguntas a menudo que avanza la sesión. Intentan restar

importancia o negar las desigualdades de género incluso destapando el mito de las denuncias falsas.

June (15 años, Vitoria-Gasteiz): "En género he puesto bienestar al tope, no sé por qué exactamente me parece un poco machista, pero bueno, sobre todo porque a las chicas nos dejan hacer más cosas que a los chicos. Porque los chicos y los seguratas son chicos, y se nota. Depende como vayas vestida o así, pero si vas un poco enseñando o así te dejan entrar, en cambio si vas tapada no. Con los chicos es diferente, igual a los chicos de nuestra edad les dejan entrar menos. Nosotras vamos maquilladas, o.. Otras veces vamos con un chico mayor y nos agarramos del brazo a él, para que nos dejen entrar."

June (15 años, Vitoria-Gasteiz): "No es para tanto, a los chicos también les pasa que les digan cosas si van solos, habrá casos de violaciones falsos."

Si nos fijamos en la cuestión concreta de las agresiones, el acoso y el ambiente sexista de los espacios festivos nocturnos vemos una gradación interesante en sus valoraciones y discursos. Las mujeres jóvenes pertenecientes a los colectivos feministas identifican estos lugares en sus mapas y en sus valoraciones como de malestar. Las participantes de uno de los dos institutos vitorianos, en el que hubo una cierta selección de perfiles de chicas interesadas o sensibilizadas en el tema, identifican bares y discotecas como lugares controvertidos, porque algunos chicos las miran y las cachean. Se expresan con bastante contundencia en este sentido. Y por último las chicas del otro centro de enseñanza no los sitúan como sitios problemáticos, a veces incluso como de bienestar y donde tienen ciertas ventajas o privilegios por el hecho de ser mujeres. Es curioso como para ellas no es un espacio de riesgo, ni observan agresiones, en contraposición con la calle, en este caso el Parque Arriaga como centro de todos los peligros y males, y por donde parece que no han pasado nunca, solo oído hasta la saciedad que hay peligro. Esta dualidad del malestar de estas chicas muestra que no hay un discurso social popular sobre las discotecas como espacios de agresiones y miedo, aunque sabemos a través de las observaciones participantes, por ejemplo, que sí lo son. Se sienten a gusto porque esos acosos continuos no son tipificados socialmente como riesgos a evitar, mientras que la cultura popular las advierte del riesgo clímax de la violación en espacios públicos alejados y solitarios.

4.9.2 Similitudes en las reacciones individuales, diferencias en las colectivas

La experimentación del miedo en determinadas circunstancias y espacios conlleva consecuencias y el uso de técnicas o estrategias para intentar evitarlo o minimizarlo.

Podemos considerar que evitar un determinado espacio es una limitación, más que no una “técnica”, pero en realidad se trata también de una forma de evitar el pánico que supondría pasar por ese lugar, aunque sea haciendo renunciaciones en términos de libertad. No se observan muchas diferencias entre ellas. Son muy pocas, pero sí de las feministas, las chicas que se enfrentan a ese tabú y pasan por esos espacios. Por lo tanto es algo que usan casi todas para poder sobrevivir. Volver a casa acompañadas o transitar en grupo también son formas de eliminar ese miedo que pasan por el tránsito condicionado y que usan todas indistintamente.

A partir de aquí podríamos enumerar una serie de comportamientos más fácilmente identificables como técnicas. Parece que surgen de forma espontánea, por inercia o por instinto, o que las aprenden y comparten entre ellas, tanto mujeres concienciadas, como no y también a través de transmisión generacional. Forman parte de una especie de autodefensa femenina popular. Llevar las llaves en la mano parece un clásico. Es interesante como los teléfonos móviles inteligentes se han convertido en un instrumento que aporta seguridad pudiendo ser utilizado con fórmulas distintas. También se cita la bicicleta como mecanismo de reducción de riesgos y por lo tanto del miedo, coincidiendo con los resultados de otras investigaciones. En el caso de su estudio sobre las mujeres y el espacio público en Zaragoza, López apunta que la bicicleta aporta a las mujeres autonomía y las protege de posibles agresiones (López, 2012).

Irene (17 años, Hernani): “A mí mi madre me ha dicho desde pequeña si alguien te viene patada en los huevos con la rodilla, y salir corriendo. Y llevar las llaves en la mano.”

Jule (25 años, Barakaldo): “Nosotras muchas veces nos llamamos entre nosotras al volver a casa solas, y vamos hablando por el camino, así te aseguras que tienes una persona que sabe donde estas”.

Bea (25 años, Barakaldo): “Yo hago como que hablo cogiendo el móvil con el número marcado pero simulando”.

Son varias de ellas las que expresan también el carácter o efecto limitado que tienen estas técnicas o que tendrían si realmente se encontraran con una situación de riesgo real. Coinciden en que estas técnicas no serán eficaces del todo en el momento de una agresión, pero les proporcionan tranquilidad en su vida cotidiana al volver solas a casa, y si hubiese una agresión les daría tiempo.

Maite (27 años, Portugalete): “No sé, aunque lleves algo en las manos, si te quieren hacer algo te lo harán igualmente, yo nunca llevo nada, porque soy

consciente de que me quieren hacer algo me lo harán, porque el chico que me querrá agredir será más grande que yo, y me lo hará lo que quiere. (..) Sé que hay gente que va con el teléfono o lo que fuera, igual te da más seguridad, pero en la práctica, yo creo que te harán lo que quieran”.

Laia (15 años, Vitoria-Gasteiz): “Recibimos clase de autodefensa personal. Está bien y te hace sentir más segura, pero si alguna vez viniera un chico a agredirme, no me serviría de nada, te cagas en el momento, te vas corriendo, o haces lo que puedes. Las técnicas tampoco te servirán de mucho, pero bueno sí que igual te da un poco de seguridad saber que sabes algunas técnicas”.

Una de las pocas diferencias es que el abanico de recursos es más amplio en el caso de las chicas feministas. Han asistido a charlas y han realizado cursillos de autodefensa feminista en los cuales se comparten técnicas cotidianas de este tipo, algunas quizás más curiosas y que en todo caso no dicen utilizar, sino solamente conocer.

Saioa (17 años, Hernani): “Al ver alguien por la calle o al encontrarte en una situación real de peligro en vez de pedir ayuda, es mejor gritar fuegoooo. Nos lo dijeron en un cursillo y lo tengo grabado. Si no, no se me hubiera ocurrido”.

Emma (19 años, Barakaldo): “Una amiga me comentó el otro día que si ve que alguien la sigue o tiene por detrás intenta darle asco, o rascarse, o sacarse un moco... eso nos lo comentaron en un taller, como técnica”.

En general, la mayoría de mujeres militantes feministas tampoco no tiene estrategias de empoderamiento y confrontación individual ante el miedo muy innovadoras o rupturistas. Hay algunas chicas que conforman una cierta excepción. Expresan como la formación feminista les ha dado más confianza, una relativización del miedo o estrategias de empoderamiento colectivo favoreciendo la autoestima o la auto-percepción de capacidad. Emma es el caso en el que se identifica una actitud más distinta en lo que se refiere a técnicas y estrategias. Con todas sus contradicciones, utiliza métodos para evitar el miedo y desarrolla estrategias para relativizar ese miedo paralizante.

Ainara (17 años, Hernani): “Yo con la edad, y al tener más confianza conmigo misma, siento que tengo menos miedo que antes. ¿Qué me harán en la calle? ¿Qué probabilidades existen para que me agredan? Es lo que pienso, cada vez, gracias a la formación tengo menos miedo. Antes era una cagada, ahora he cambiado la mentalidad, gracias a toda la formación que hemos hecho con

Liletak, y etcétera, creo que si no hubiera trabajado tanto, iría por la calle cagada.”

Naroa (17 años, Hernani): “Yo voy alabándome a mi misma durante el camino, para sentirme más fortalecida. Tienes mucha fuerza, tú puedes, ánimo. Así estoy preparada si debo reaccionar ante una reacción, y si no pasa nada, a lo largo del camino no he sentido tanto miedo.”

Emma (19 años, Barakaldo): “Si voy sin música, cualquier pasito me hace poner en alerta, o sentir miedo. Pero sí voy con música, me siento cómoda y segura, y no siento miedo. Por eso, siempre pongo música en los cascos y vuelvo así a casa. Yo soy consciente que si hay algún peligro, o debe pasar alguna cosa llevar música en los cascos es más peligroso, pero sé que como no me va a pasar nada, prefiero volver cada día a casa cómoda y por eso llevo música”.

Emma (19 años, Barakaldo): “He decidido que quiero alejarme de ese miedo que antes me atemorizaba cada día. Y por eso priorizo volver a casa cada día cómoda. [...] He intentado realizar un trabajo profundo. Y luego, a mí misma, me repito constantemente que no va a pasar nada, que no va a pasar nada, y así y con la música he conseguido volver a casa cómoda en mi vida diaria. [...] Así he conseguido ir tranquila al volver a casa por ese camino que en teoría no es seguro”.

Emma (19 años, Barakaldo): “Por ejemplo, si me cruzo con un hombre desconocido cuando voy por ese camino, ya de entrada ahora no siento que me va a hacer algo. He llegado a normalizar la situación y pienso, tranquila, es un hombre no va a pasar nada, luego, evidentemente, si hay alguna señal o veo que él hace algo raro sí que ya me pongo en alerta, no voy segura y tranquila del todo, pero intento que ese miedo no me paralice, normalizarlo y relativizarlo”.

Más allá de las posibles estrategias que la práctica en favor de la igualdad pueda ofrecerles a las propias chicas en su vida, es necesario poner en valor también la acción colectiva que estas realizan para denunciar y sensibilizar alrededor de estas problemáticas. Los dos colectivos feministas (*Iretargi* y *Liletak*) han realizado en el pasado [acciones de denuncia](#) de agresiones contra mujeres en el espacio público, han participado de [procesos para señalar y erradicar esos puntos](#) o han difundido materiales y [opiniones](#) acerca de la construcción social del miedo y sus efectos negativos para las mujeres. También forman parte de la organización de fiestas populares o de la gestión de espacios juveniles donde protagonizan el trabajo de prevención y abordaje de agresiones sexistas y acosos en estos, a través de

protocolos y materiales de denuncia. Además participan de movilizaciones y dinámicas de denuncia más amplias, como las marchas de mujeres de los últimos años para denunciar el acoso y las agresiones en los contextos festivos del País Vasco. En el caso de Hernani, en el año 2015 se realizó una de estas manifestaciones en la época de las Sidrerías, y las chicas reflexionaron sobre el carácter empoderador que tuvo para ellas.

Jaione (17 años, Hernani): “Igual no importa tanto que los chicos no tuvieran miedo de nosotras, pero importó mucho que las mujeres cogimos fuerza entre nosotras”.

En algunas sesiones se interpelló a las chicas sobre las posibles opciones y acciones para el cambio, para transformar estas situaciones. Coinciden en la dificultad de cambiar estas consecuencias profundas de las desigualdades de género existentes en la sociedad y en que si hay alguna clave es la educación. Hablan de la “intoxicación” que sufren las niñas/os desde que nacen y de la necesidad de la co-educación o la des-educación en esos roles. Es también pertinente citar, una reflexión que aparece en algunos casos sobre la habitual profusión de consejos, cursos y métodos para las mujeres, cuando para terminar con el miedo que sienten habría que poner mucho más el foco en evitar que los hombres sean potenciales agresores.

Irene (16 años, Vitoria-Gasteiz): “En general a ellos no les dicen que no agredan. Siempre recae todo en nosotras. Y el problema son ellos”.

Por último también aparecen críticas al carácter victimizador, infantilizador o incluso culpabilizador de algunas medidas y acciones institucionales. Las participantes de Barakaldo recuerdan y critican con dureza el caso de la polémica surgida alrededor de los consejos para evitar agresiones sexistas en el marco de las fiestas, difundidos por el Ayuntamiento de Bilbao en 2014. Más allá de poner el foco y la responsabilidad exclusivamente en las conductas individuales de las mujeres, consideran especialmente grave que el único medio para evitar la violencia propuesto por dicha institución fueran las restricciones y el cambio de hábitos de las mujeres.

Elene (25 años, Barakaldo): “No vayas por la noche, mira como vistes, cuidado con las sustancias”:

Como se ha visto en este punto, en general la conciencia feminista no es un elemento que incida de una forma clave en la reducción del miedo a nivel individual. El hecho de hablar del miedo (un miedo que se construye socialmente) tiende a aumentarlo en vez de disminuirlo. En este punto se muestra la dificultad de trabajar sobre esta temática en relación a la intervención, ya que tratar sobre esta temática reforzando la

posición de vulnerabilidad de ellas a través de centrar el debate en el miedo que se sufre parece ser contraproducente. En cambio, cuando la conciencia feminista actúa como empoderamiento, parece que sí tiene un efecto positivo en la experiencia del espacio público. La creación de espacios colectivos en los que trabajar desde la autodefensa o mostrando casos positivos de gestión del miedo puede ser una vía. Esta conclusión apunta hacia una necesidad de los feminismos de reconocer y combatir las violencias que las mujeres sufren en el espacio público, pero sin caer en la victimización y refuerzo de los roles patriarcales que sitúan a la mujer como vulnerable.

5. CONCLUSIONES

Este proyecto tenía como objetivo central analizar las experiencias de la juventud en el espacio público en Euskadi en relación con la percepción del miedo. El punto de interés era concretamente observar las relaciones de género que se dan en este ámbito y observar las estrategias y rupturas que ocurren en la actualidad, tanto por parte de mujeres como de hombres jóvenes.

En relación a las hipótesis planteadas: tensiones y complejidades

La primera conclusión a la que llegamos con este trabajo, confirmando la primera hipótesis (1)²⁴, es que efectivamente “el acceso y el uso del espacio público de las personas jóvenes se encuentra fuertemente condicionado por su posición en el sistema sexo-género”. Se ha podido ver como la experiencia que se relata es muy contrastada entre chicas y chicos. Las mujeres jóvenes sufren muchas restricciones de acceso al espacio público relacionadas con el miedo que sufren, a diferencia de los chicos, confirmando la hipótesis (1.1) sobre la percepción del espacio público como hostil por parte de ellas. Estas restricciones están condicionadas por el género de forma clara, ya sea porque el miedo que se tiene está relacionado con la propia posición en las relaciones de género, porque se teme a los hombres, porque una parte importante del miedo está relacionada con agresiones sexuales o porque la construcción de los roles de género, la feminidad y la masculinidad juegan un papel central en la configuración del miedo. Esta configuración concreta es la que hemos intentado mostrar a través de analizar cuándo, dónde, cómo, de quién y por qué se tiene miedo, sin perder de vista las implicaciones que tiene el miedo en sí mismo como coercitivo de la libertad de movimiento para las mujeres, haya o no riesgos reales de sufrir agresiones.

Pero sobre esta primera y general conclusión, se han apuntado diversos matices, concreciones y contradicciones que muestran la complejidad de la temática. Hemos querido realizar este análisis desde una perspectiva interseccional, dando importancia a cómo el género se relaciona con la edad en la percepción del miedo. Esta relación confirma que la experiencia generizada está condicionada por la edad y que este es un factor fundamental en la experiencia de miedo en el espacio público. Como se ha mostrado, el proceso de sexualización de los cuerpos que se da en la adolescencia

²⁴ Las hipótesis detalladas pueden verse en la página 9 y 10, en la sección de “Introducción”.

muestra como la configuración de la posición de género depende de la edad: las chicas tienen menos miedo cuando son más jóvenes y van aumentando su sentimiento de vulnerabilidad a medida que sus cuerpos son leídos como femeninos y como vulnerables a agresiones sexuales. En cambio, los chicos más jóvenes sí muestran tener miedo a agresiones y atracos, pero lo van perdiendo a medida que van creciendo y encajando en el rol masculino: dar miedo y no tenerlo.

En relación a los espacios, nos hemos encontrado con la dificultad en definir en términos rígidos qué es un espacio público. Las plazas y las calles parecen ser elementos clave pero han surgido también espacios como los bares, lonjas o discotecas que muestran la dificultad de definir estrictamente lo que es o no un espacio público. El acoso que se da en estos espacios de ocio nocturno ha aparecido como una cuestión central y no esperada inicialmente en el proyecto. En este sentido, las conclusiones apuntan no tanto a la necesidad de definir estos espacios sino a la de cuestionar la dicotomía espacio público / espacio privado y la problemática que conlleva. Esta dicotomía ha sido fuertemente cuestionada por los feminismos históricamente, pero en este caso toma una relevancia central ya que es justamente esta distinción la que se encuentra en los fundamentos del miedo y la que implica importantes desigualdades.

Como se ha mostrado, el miedo que se siente en el espacio público implica la paradoja de que ni son las mujeres las que más violencia sufren en estos lugares, ni el lugar donde sitúan la violencia es el que más riesgo tiene. A pesar de que esta investigación no se centraba en analizar el miedo de una forma general, la vinculación entre el espacio público y privado ha tenido mucha centralidad: el miedo en el espacio público no solo implica una restricción de acceso a la ciudad para las mujeres sino que a la vez contribuye a invisibilizar las violencias que se dan en el ámbito privado (y por parte de personas conocidas) y a desproveer de herramientas para hacerle frente. La defensa del hogar y de la familia y la nula problematización de las relaciones que se dan dentro aparece en la gran mayoría de relatos y se ha identificado como un factor clave de la perpetuación de la situación.

Otra de las cuestiones centrales del trabajo ha sido analizar la posición de los hombres jóvenes en relación al miedo. Si bien la hipótesis (1.2) se centraba en ver si “los hombres jóvenes desarrollan actitudes de preponderancia y dominación frente a las mujeres jóvenes y territorializan el espacio público a través de su ocupación”, los resultados apuntan hacia otras cuestiones. Se han identificado pocos relatos en los que se muestre de forma explícita tal actitud. En cambio, otros elementos se han mostrado como centrales en relación a la actitud de los hombres. En primer lugar, se

ha apuntado a la cultura de la violencia en relación a la masculinidad como factor esencial en la configuración del miedo. La invisibilización de las violencias contra las mujeres o la desresponsabilización a través de señalar al “otro” lejano como el posible agresor también se han identificado como elementos cruciales para entender el rol de los hombres jóvenes en relación al miedo. Los argumentos del “aquí no pasa” o “no soy yo” son parte del discurso que sitúa la violencia siempre fuera y nunca dentro, contribuyendo a invisibilizarla.

En relación a la segunda hipótesis (2) sobre si “las mujeres y hombres jóvenes están construyendo estrategias y comportamientos que contribuyen a cambiar o superar las situaciones de poder, desigualdad e inseguridad en el espacio público por cuestión de sexo-género” los resultados no muestran conclusiones muy claras sino más bien una gran complejidad. La diferencia entre mujeres con o sin conciencia feminista (hipótesis 2.1 y 2.2) no es tan evidente, ya que la percepción del miedo tiene un componente de alarma que no implica necesariamente que el hecho de ser consciente de él lo disminuya. Se ha mostrado como a nivel individual las diferencias no son muy significativas en relación a las estrategias de supervivencia en un entorno hostil pero en cambio sí lo son a nivel colectivo: mujeres feministas desarrollan discursos y estrategias colectivas para hacer frente a las agresiones y consideran el miedo como una cuestión relevante para la libertad de las mujeres.

Por la otra parte, en relación a si “los hombres jóvenes con una conciencia crítica sobre la masculinidad y el poder desarrollan comportamientos de mitigación o facilitación de las posibles percepciones de miedo e inseguridad de las mujeres con las que coinciden en el espacio público” (hipótesis 2.3), quedaría confirmada en parte. Sí que han identificado comportamientos que muestran el desarrollo de una sensibilidad, empatía y voluntad transformadora en relación al miedo que las mujeres sufren en el espacio público. Determinadas actitudes van en este sentido pero se muestra una negociación constante en relación a la masculinidad. La empatía de ellos en la calle puede ser transformadora, pero a la vez puede servir como simple espejo para ver los propios privilegios. Que esta empatía hacia la desigualdad que sufren las mujeres en el espacio público y en general se quede en el mero reconocimiento de una realidad o suponga una actitud crítica y activa para contribuir a la desaparición de sus propios privilegios y la construcción de sociedades más justas es lo que está en juego.

En relación a las metodologías: potencialidades y límites

Una de las tensiones a la hora de decidir qué caminos o equilibrios tomar ha sido la voluntad de reforzar el trabajo grupal con colectivos interesados en trabajar contra las desigualdades de género, versus la posibilidad de trabajar la dimensión individual con personas sin esa preocupación. La opción de realizar muchas entrevistas individuales, aumentando el número total de participantes, quizás nos hubiera dado mucha información sobre las visiones hegemónicas. Sin embargo, el mínimo conocimiento de las sociedades que nos rodean y especialmente la existencia ya de una prolífica literatura que es bastante concluyente, nos hacía pensar que estas visiones hegemónicas no serían muy sorprendentes y básicamente avalarían lo conocido. En vez de radiografiar el estatus quo y los discursos más comunes, nos pareció más relevante, nuevo, innovador y transformador conocer y estudiar las rupturas, las brechas, pero también las continuidades reproductoras. El uso de los *Relief Maps* como técnica innovadora para la investigación ha implicado también un reto, ya que no habían sido usados antes de esta forma y la aproximación grupal a las entrevistas ha implicado mayor superficialidad en su elaboración pero por otro lado también un mayor potencial como herramienta para fomentar dinámicas participativas y reflexivas de debate sobre la propia posición y las emociones en las relaciones de poder.

En lo referido al trabajo con los chicos jóvenes, sabíamos de antemano que podía resultar más complejo, no solo conseguir hacerles partícipes del proyecto, sino también que reconocieran sus posibles actitudes explícitas o implícitas de poder en el espacio público. Creemos que esta es una cuestión clave para conocer la problemática en toda su amplitud y complejidad y también para poder avanzar en el cambio. El resultado ha sido ambivalente, con logros importantes y límites pendientes de superar. El discurso políticamente correcto es una barrera difícil de franquear y nos quedará la duda del nivel de sinceridad y apertura que nos han ofrecido. Por este motivo, la realización de diversas sesiones en grupo, con diferentes técnicas y aproximaciones nos ha permitido contraponer los discursos y dar luz a las contradicciones que emanan de sus relatos. Sin embargo también debemos destacar el potencial emancipador del trabajo en grupos no mixtos con chicas jóvenes y las posibilidades de reflexión y profundización en cuestiones complejas que permitió el trabajo participativo en grupo con ellas, así como la facilidad para trabajar las metodologías con ellas.

Aunque como hemos expresado el acercamiento metodológico tenía algunas premisas claras, hemos hecho un esfuerzo para no sacar conclusiones de antemano y dejarnos

sorprender, si era el caso, por el resultado del trabajo de campo. Si bien es cierto que la experiencia previa y la certeza, avalada por la literatura en relación al uso desigual del espacio público y el miedo generizado, han estado presentes, hemos intentado avanzar sin apriorismos asumiendo también que los cambios sociales se dan a una velocidad muy rápida, a veces de una sola generación.

La valoración es que, por distintos motivos, ha sido sin duda un proyecto con dinámicas participativas tanto de investigación como para la acción. El trabajar con este tipo de colectivos en temas que les podían resultar interesantes ha sido clave. Han sido procesos transformadores en la medida que ya estaban en procesos activos de auto-percepción, reflexión y cambio. Les hemos considerado sujetos y no objetos de investigación y hemos intentado poner nuestro granito de arena en su camino, darles herramientas y ganas de proyectar estos temas a futuro para continuar denunciando la desigualdades de género en el espacio público como ya venían haciendo.

Preguntas abiertas y propuestas de futuro

Como conclusiones generales aparecen más preguntas que respuestas, pero en ellas está también parte de la solución. En primer lugar, es necesario destacar la necesidad de ver con ojos críticos el miedo al espacio público. Las agresiones que se sufren y la percepción del miedo no tienen una relación directa, y la configuración del miedo tiene implicaciones que van mucho más allá del temor a las agresiones: son parte de la construcción de la feminidad en relación a la vulnerabilidad y a la restricción de la libertad de movimiento. En este sentido, en lugar de preguntar de qué se tiene miedo, tal vez la pregunta está en ver de qué no se tiene miedo y qué implica. El miedo puede ser visto como potencialmente positivo si va dirigido a amenazas reales, ya que estar en alerta y desarrollar mecanismos de defensa puede ser también un elemento de protección. El debate, pues, está en ver cómo se trata el acoso callejero y las agresiones contra las mujeres en el espacio público de forma que se reconozcan como violencias pero no impliquen restricciones de movimiento ni una invisibilización de las violencias que se dan en los espacios privados.

En segundo lugar, también surge la duda sobre las personas en las que se centran los discursos sobre el miedo. En este trabajo hemos querido ver la percepción de los hombres jóvenes y hemos visto las tensiones que existen. Si el objetivo es que los hombres no agredan, no acosen y no sean cómplices de la violencia contra mujeres, debería haber propuestas sobre como trabajar con ellos. Se ha visto que tratar sobre

este tema es un arma de doble filo y que una actuación concreta precisaría de un debate previo profundo. Hay potenciales transformadores pero también hay actitudes muy arraigadas y legitimadas que persisten y se reproducen con fuerza, como el corporativismo masculino o las actitudes violentas.

Por todo ello, el miedo en el espacio público aparece como temática que saca a la luz cuestiones muy profundas y arraigadas de las relaciones de género patriarcales. Y es por eso que como pasa con otros muchos reflejos de las desigualdades sociales es complejo combatirlo y de momento utópico pensar en erradicarlo. Es necesario tomar este tema desde los feminismos intentando tener una perspectiva crítica que analice las causas y las consecuencias de este miedo: la socialización en la vulnerabilidad de las mujeres y la superioridad de los hombres, la configuración del miedo en relación a la sexualización, las restricciones en la movilidad y acceso a las ciudades para las mujeres, las relaciones con otros ejes de desigualdad, la naturaleza de la violencia, la invisibilización y falta de herramientas para detectar, combatir y erradicar la violencia en el espacio privado y la permanente sensación de vulnerabilidad.

En otra dimensión, es muy importante que las instituciones públicas, los organismos que trabajan en favor de la igualdad, pero también otros que directamente tienen que ver con el espacio público, tomen conciencia de la gravedad de este asunto, analicen y estudien sus particularidades y desplieguen un abanico de acciones y estrategias a través de distintos canales, para ir revirtiendo esta situación demasiado oculta hasta hace bien poco.

6. RECOMENDACIONES

Las recomendaciones en relación al trabajo realizado se basan en acciones concretas y ejemplos de buenas prácticas, que pueden contribuir a mejorar la situación de los temas centrales identificados como problemáticos: el acoso callejero, el miedo que sufren las mujeres jóvenes, la identificación de las violencias de forma integral, los espacios de ocio nocturno y el trabajo específico con hombres jóvenes. La idea general se basa en la problematización de la cuestión del miedo desde una perspectiva integral que comprenda las violencias de una forma compleja, promoviendo acciones de tipo muy diversos, tanto en relación a la mejora del espacio público como de sensibilización y empoderamiento. Se considera que las actuaciones deben encaminarse hacia diferentes direcciones, procurando encontrar un equilibrio entre la denuncia y erradicación de las agresiones en el espacio público y la concienciación sobre las violencias de una forma integral y no victimizadora. El trabajo tanto con chicas como con chicos jóvenes se considera imprescindible, pero también las actuaciones dirigidas a otros agentes claves en la perpetuación de esta situación.

Contra el acoso callejero

En relación al acoso callejero, las recomendaciones se basan en la elaboración de campañas de sensibilización y concienciación y la creación de instrumentos específicos para hacerle frente.

- Constitución de un observatorio contra el acoso y la redacción de una ley específica contra el acoso callejero. Se encuentran casos previos de elaboración de este tipo de prácticas en otros países como por ejemplo Chile.
- La difusión y promoción de experiencias de denuncia colectiva y uso de nuevas tecnologías. Un ejemplo de acción de este tipo es el movimiento [Hollaback!](#)
- Elaboración de campañas de sensibilización generales que incidan en ideas como que acosar no es ligar, que el piropo no es un halago, ejemplos de actitudes que suponen acoso machista, etc.

Para subvertir el miedo en las mujeres jóvenes

En relación a la percepción del miedo, las recomendaciones se basan tanto en la mejora del espacio urbano para que mitigue los condicionantes espaciales, como en el

trabajo con mujeres para disminuir el miedo. Se considera que este tipo de actuaciones que tratan sobre las agresiones en el espacio público son imprescindibles pero deben realizarse de forma que no contribuyan a aumentar la percepción de miedo sino la capacidad de responder a agresiones.

- Difusión de estrategias individuales y colectivas para hacer frente al miedo. Se encuentran algunos ejemplos como la aplicación móvil [Companion](#).
- Extensión de los cursos de autodefensa en el territorio, en casas de mujeres y edificios municipales, pero también en centros educativos, universidades, etc.
- Mantener a largo plazo la planificación urbanística con perspectiva de género: eliminar los puntos negros, crear espacios para usos diversos, etc.
- Potenciar las iniciativas feministas que tratan esta cuestión.

Identificación de las violencias de forma integral

Con el objetivo de mantener una visión integral sobre la violencia y que el trabajo sobre la cuestión del miedo no contribuya a la invisibilización de otros tipos de violencias, las recomendaciones en este punto se basan en acciones más generales sobre las violencias patriarcales, poniendo especial énfasis en el ámbito privado y las relaciones sexo-afectivas.

- Concienciar sobre las violencias que se sufren en el ámbito privado. Dar herramientas para identificarlas de forma preventiva y hacerles frente.
- Desarrollar campañas en relación a la cultura del consentimiento ('No es no' etc.).
- Protocolos para los medios de comunicación: necesidad de dar información rigurosa sobre agresiones, acoso y violencias machistas. Evitar la culpabilización de la víctima, los discursos revictimizadores y el alarmismo social.

Sobre los espacios de ocio nocturno

Habiendo identificado los espacios de ocio nocturno como lugares en los que se dan muchas agresiones machistas y sobre los que se pone poca atención, las recomendaciones en este sentido tienen como objetivo poner sobre la mesa estos espacios como problemáticos y contribuir a mejorar la situación que se da en ellos.

Involucrar a otros actores que participan de la organización de eventos festivos se considera clave para la concienciación.

- Difusión de protocolos en todas las fiestas de los pueblos y en los grandes eventos festivos puntuales: festivales, fiestas a favor de las ikastolas, etc.
- Trabajar con el sector de la hostelería y los bares y discotecas. Formación en prevención a camareros/as y a empleados de seguridad. Existen ejemplos interesantes en Londres y Berlín, por ejemplo.
- Campañas de sensibilización en estos espacios.

De carácter educativo con los hombres jóvenes.

Las actuaciones dirigidas a hombres jóvenes son básicas para la transformación de la situación en relación al miedo y las agresiones. Las recomendaciones en este punto se dirigen a aprovechar las potencialidades de cambio identificadas en el trabajo y elaborar propuestas en relación a los temas que se han apuntado como perpetuadores de la situación.

- Realizar campañas generales en relación a la cultura de la violencia y en relación a las masculinidades: educación en la gestión de conflictos no violenta.
- Difundir buenas prácticas y sensibilizar sobre la cultura del consentimiento.
- Aprovechar los malestares empáticos o las solidaridades ya existentes para canalizarlos en una actitud vital transformadora.
- Campañas de sensibilización para romper el corporativismo masculino en la tolerancia del sexismo y la violencia.

7. BIBLIOGRAFÍA

- Abbott-Chapman, Joan y Robertson, Margaret (2009). «Adolescents' Favourite Places: Redefining the Boundaries between Private and Public Space». *Space and Culture*, 12, 419.
- Aitken, Stuart C.; Lund, Ragnhild y Kjørholt, Anne Trine (2007). «Why Children? Why Now?». *Children's Geographies*, 5 (1), 3-14.
- Albelda, J. S. (2011). Las nuevas masculinidades: los hombres frente al cambio en las mujeres. *Prisma Social: revista de ciencias sociales*, (7), 16.
- Anderson, T. L., Kavanaugh, P. R., Bachman, R., & Harrison, L. D. (2007). Exploring the drugs-crime connection within the electronic dance and hip-hop nightclub scenes, final report. Washington, DC: U.S. Department of Justice.
- Anderson, Jon y Jones, Katie (2009). «The difference that place makes to methodology: uncovering the "lived space" of young people's spatial practices». *Children's Geographies*, 7 (3), 291-303.
- Azpiazu, Jokin (2013) «Grupos de hombres y discursos sobre la masculinidad: ¿Nuevas configuraciones?» Inédito.
- Badinter, E. (1993). Xy: la identidad masculina. *Cuenta y razón*, (75), 132-142.
- Bain, Alison L. (2003). «White western teenage girls and urban space: Challenging Hollywood's representations». *Gender, Place & Culture*, 10 (3), 197-213.
- Batista, Antoni (2011) Catalunya i Euskadi. Nació còncava i convexa. Barcelona: Angle Editorial.
- Bieri, Sabin y Gerodetti, Natalia (2007). «"Falling women"- "saving angels": Spaces of contested mobility and the production of gender and sexualities within early twentieth-century train stations». *Social & Cultural Geography*, 8 (2), 217-234.
- Bilbao, M; Longo, O. y Corcuera, N. (2014) Juventud Vasca 2012. Vitoria-Gasteiz: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco
- Bondi, L y Domosh, M (1998) «On the contours of public space: a tale of three women». *Antipode*. Vol. 30 (3), 270-289.
- Bonino, Luis 2003.- Masculinidad hegemónica e identidad masculina, en *Dossiers Feministes*, 6, pp 7-36. Editada por el Seminario de Investigación Feminista de la Universitat Jaume I de Castellón, España
- Boratav, Hale Bolak (2005). «Negotiating Youth: Growing Up in Inner-city İstanbul». *Journal of Youth Studies*, 8 (2), 203-220.
- Brown, M (2011) 'Gender and Sexuality I: Intersectional anxieties'. *Progress in Human Geography*.
- Brownmiller, Susan (1975) *Contra nuestra voluntad*. Madrid: Planeta.
- Cahill, Caitlin (2000). «Street Literacy: Urban Teenagers' Strategies for Negotiating their Neighbourhood». *Journal of Youth Studies*, 3 (3), 251-277.

- (2004) 'Defying gravity? Raising consciousness through collective research' *Children's Geographies*. Vol. 2, No. 2, 273–286
- Carreras, A. y Tafunell, X. (2005) *Estadísticas históricas de España: siglos XIX-XX*. Bilbao: Fundación BBVA.
- Chatterton, Paul y Hollands, Robert (2002). «Theorising Urban Playscapes: Producing, Regulating and Consuming Youthful Nightlife City Spaces». *Urban Studies*, 39, 95-116.
- Chiu, Chihsin (2009). «Contestation and Conformity: street and Park Skateboarding in New York City Public Space». *Space and Culture*, 12, 25-42.
- Collins, Damian C.A. y Kearns , Robin A. (2001). «Under curfew and under siege? Legal geographies of young people». *Geoforum*, 32, 389-403.
- Connell, R. (1995). *Masculinidades, Ciudad de México*: UNAM.
- (1997) La organización social de la masculinidad. *Masculinidad/es. Poder y crisis*, 2, 31-48.
- Crenshaw, K. (1989) 'Demarginalizing The Intersection Of Race And Sex: A Black Feminist Critique Of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory, And Antiracist Politics. *The University Of Chicago Legal Forum*, 140: 139-167.
- Cucurella, Ariadna (2007). «La perspectiva de gènere en el disseny i l'ús d'espais públics urbans: El cas del Parc dels Colors de Mollet del Vallès (Barcelona)».
- Darke Jane (1998a): La ciudad modelada por el varón. "La vida de las mujeres en las ciudades. La ciudad, un espacio para el cambio. Chris Booth, Jane Darke y Susan Yeandle eds. Narcea S.A de Ediciones. Madrid.
- (1998b): Un castillo para la mujer o un lugar donde ser ella misma. "La vida de las mujeres en las ciudades. La ciudad, un espacio para el cambio. Chris Booth, Jane Darke y Susan Yeandle eds. Narcea S.A de Ediciones. Madrid.
- Davis, K. (2009) 'Intersectionality as Buzzword: A Sociology of Science Perspective on What Makes a Feminist Theory Successful', *Feminist Theory* 9 (1): 67-85
- Day, Kristen (1997) Better safe than sorry? Consequences of sexual assault prevention for women in public space, *Perspectives on Social Problems*, 9, pp. 83–101.
- (1999) Embassies and sanctuaries: women's experiences of race and fear in public space, *Environment and Planning D*, 17, pp. 307–328.
- (2001) 'Constructing Masculinity and Women's Fear in Public Space in Irvine, California', *Gender, Place & Culture*, 8: 2, 109 — 127
- De Miguel Álvarez, A. (2008). Feminismo y juventud en las sociedades formalmente igualitarias. *Revista de Estudios de Juventud*, (83), 29-45.
- Deegan, Mary Jo (1987) The female pedestrian: the dramaturgy of structural and experiential barriers in the street, *Man–Environment Systems*, 17(3 & 4), pp. 79–86.
- Del Valle, T. (1983) "La mujer vasca a través del análisis del espacio: utilización y significado". *Lurralde-Investigación y Espacio*, N 2 6:251-269.
- (1997). *Andamios para una nueva ciudad. Lecturas desde la antropología*. Madrid: Ediciones Cátedra.

- (1996). El espacio y el tiempo en las relaciones de género. *La Ventana. Revista de estudios de género, UdeG, Guadalajara*, (3).
- (1996). La construcción del espacio en Donostia y Bilbao y las desigualdades de género Kobie. *Antropología cultural*, N°. 7, 1994-1996, págs. 5-16
- (2006). Seguridad y convivencia: Hacia nuevas formas de transitar y de habitar. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 49.
- Doan , Petra L. (2007). «Queers in the American City: Transgendered perceptions of urban space». *Gender, Place & Culture*, 14 (1), 57-74.
- Driskell, David; Fox, Carly y Kudva, Neema (2008). «Growing up in the new New York: youth space, citizenship, and community change en hyperglobal city». *Environment and Planning A*, 40, 2831-2844.
- Ehrkamp , Patricia (2008). «Risking publicity: masculinities and the racialization of public neighborhood space». *Social & Cultural Geography*, 9 (2), 117-133.
- Elzo, Javier y Silvestre, María (dirs.) (2012) “Un individualismo placentero y protegido”. Cuarta Encuesta Europea de valores en su aplicación a España. Edit. Universidad de Deusto. 411 páginas, Bilbao 2010.
- Evans , Ruth (2006). «Negotiating social identities: The influence of gender, age and ethnicity on young people’s “street careers” in Tanzania». *Children’s Geographies*, 4 (1), 109-128.
- Fernández-Salinas, Víctor (2007). «Visibilidad y escena gay masculina en la ciudad española». *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 49.
- Fox, J. G., y Sobol, J. J. (2000). Drinking patterns, social interaction, and barroom behavior: A routine activities approach. *Deviant Behavior*, 21, 429-450.
- Freixanet-Mateo, M (coord.) (2001) *No surtis sola. Espais públics segurs amb perspectiva de gènere*. Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials.
- Freire (1970) *Pedagogia do oprimido*. Rio de Janeiro: Paz e terra
- Garry, A. (2011). “Intersectionality, Metaphors and the Multiplicity of Gender” *Hypatia*, Volume 26, Issue 4, pages 826–850
- Gearin, Elizabeth (2003). «Geographies of Young People: The Morally Contested Spaces of Identity». *The Professional Geographer*, 55 (1), 106-107.
- Giddens, A. (1991) *Modernity and Self-Identity: Self and Society in the Late Modern Age* (Polity: Cambridge): 44
- Goicoechea, E. R. (1984). Cuadrillas en el País Vasco: identidad local y revitalización étnica. *Reis*, (25), 213-220.
- Gordon, M. y Riger, S. (1989) *The Female Fear. The Social Cost of Rape* (Urbana, IL, University of Illinois Press).
- Gough, Katherine V. y Franch, Monica (2005). «Spaces of the street: Socio-spatial mobility and exclusion of youth in Recife». *Children’s Geographies*, 3 (2), 149-166.
- Graham, K., & Wells, S. (2001). Aggression among young adults in the social context of the bar. *Addiction Research and Theory*, 9, 193-219.

- Graham, K., & Wells, S. (2003). Somebody's gonna get their head kicked in tonight! Aggression among young males in bars—A question of values. *British Journal of Criminology*, 43, 546-566.
- Grazian, David (2007) *The Girl Hunt: Urban Nightlife and the Performance of Masculinity as Collective Activity*
- Hall, Tom; Coffey, Amanda y Lashua, Brett (2009). «Steps and stages: rethinking transitions in youth and place». *Journal of Youth Studies*, 12 (5), 547-561.
- Haraway, D., (1991), *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1995.
- Harding, Sandra (1989) Is there a Feminist Method?, en S. Harding (ed.), *Feminism and Methodology: Social Sciences Issues*. Bloomington, Indiana: Indiana, pp. 17-32.
- Herrera, Elsa; Jones, Gareth A. y Thomas de Benítez, Sarah (2009). «Bodies on the line: identity markers among Mexican street youth». *Children's Geographies*, 7 (1), 67-81.
- Hopkins, Peter E. (2010). *Young people, place and identity*. Nova York: Routledge.
- Hyams, Melissa (2003). «Adolescent Latina Bodyspaces: Making Homegirls, Homebodies and Homeplaces». *Antipode*, 35, 535-558.
- (2004). «Hearing girls' silences: thoughts on the politics and practices of a feminist method of group discussion». *Gender, Place & Culture*, 11 (1), 105-119.
- Irazuzta, I. (2005) Social mechanisms and institutions: the family. En: Gatti, G., Irazuzta, I., & de Albeniz, I. M. (2005). *Basque society: Structures, institutions, and contemporary life* (Vol. 7). University of Nevada Press.
- Jaureguiondo, A. L. (2003). La perspectiva local en el estudio de la sociabilidad: espacios asociativos de la juventud guipuzcoana en la década de 1960. *Vasconia: Cuadernos de historia-geografía*, (33), 49-61.
- Kato, Yuki (2009). «Doing consumption and sitting cars: adolescent bodies in suburban commercial spaces». *Children's Geographies*, 7 (1), 51-66.
- Katz, Cindi (2006). «Los terrores de la hipervigilancia: seguridad y nuevas espacialidades de la niñez». *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 47.
- Kaufman, Michael. (1985) 'The Construction of Masculinity and the Triad of Men's Violence,' en M. Kaufman, ed. *Beyond Patriarchy: Essays by Men on Pleasure, Power and Change*, Toronto: Oxford University Press, 1985. Reeditado por Laura L. O'Toole y Jessica R. Schiffman, *Gender Violence* (Nueva York: NY University Press, 1997)
- Kavanaugh, P. R. (2013). The Continuum of Sexual Violence Women's Accounts of Victimization in Urban Nightlife. *Feminist Criminology*, 8(1), 20-39.
- Kavanaugh, P. R., & Anderson, T. L. (2009). Managing physical and sexual assault risk in urban nightlife: Individual- and environmental-level influences. *Deviant Behavior*, 30, 680-714.
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. *Masculinidades. Poder y crisis, Ediciones de las Mujeres*, (24).

- Koning , Anouk de (2009). «Gender, Public Space and Social Segregation in Cairo: Of Taxi Drivers, Prostitutes and Professional Women». *Antipode*, 41 (3), 533-556.
- Koskela, H. (1997) "Bold walk and breakings': Women's spatial confidence versus fear of violence", *Gender Place and Culture*, 4(3), 301-314.
- (1999). *Fear, control and space: geographies of gender, fear of violence and video surveillance*. University of Helsinki, Department of Geography.
- Koskela, H. y Pain, R. (2000) 'Revisiting fear and place: women's fear of attack and the built environment', *Geoforum*, 31, 269-280.
- Langevang , Thilde y Gough , Katherine V. (2009). «Surviving through movement: the mobility of urban youth in Ghana». *Social & Cultural Geography*, 10 (7), 741-756.
- Leonardo, J. (2012) Cambio de valores en los inicios del siglo XXI en Euskadi y Navarra: análisis de las Encuesta Europeas de Valores, 199-2008. Publicaciones de la Universidad de Deusto.
- Lieshout , Maartje van y Aarts , Noelle (2008). «Youth and Immigrants' Perspectives on Public Space». *Space and Culture*, 11, 497-513.
- Liu , Fengshu (2009). «It is not merely about life on the screen: urban Chinese youth and the Internet café». *Journal of Youth Studies*, 12 (2), 167-184.
- López, M. A. (2012). Los espacios "del miedo", ciudad y género. Experiencias y percepciones en Zaragoza. *Geographicalia*, (61), 25-45.
- Martínez, Z. (2005) Social mechanisms and institutions: the associative world. En: Gatti, G., Irazuzta, I., & de Albeniz, I. M. (2005). *Basque society: Structures, institutions, and contemporary life* (Vol. 7). University of Nevada Press.
- Mattingly , Doreen (2001). «Place, teenagers and representations: lessons from a community theatre project». *Social & Cultural Geography*, 2 (4), 445-459.
- McCall, L. (2005) 'The Complexity of Intersectionality' *Signs: Journal of Women in Culture and Society* , 30, 1771
- McDowell, Linda (2003). «Transitions to Work: masculine identities, youth inequality and labour market change». *Gender, Place & Culture*, 9 (1), 39-59.
- McIlwaine, Cathy y Datta, Kavita (2004). «Endangered Youth? Youth, gender and sexualities in urban Botswana». *Gender, Place & Culture*, 11 (4), 483-512.
- Meneses, C., Romo, N., Uroz, J., Gil, E., Marquez, I., Giménez, S., & Vega, A. (2009). Adolescencia, consumo de drogas y comportamientos de riesgo: diferencias por sexo, etnicidad y áreas geográficas en España. *Trastornos adictivos*, 11(1), 51-63.
- Merino, Rafael y Garcia , Maribel (2006). «Emancipation enlargement and the acquisition of autonomy by young people in Catalonia». *Young*, 14 (33), 33- 47.
- Morris-Roberts , Kathryn (2001). «Intervening in Friendship Exclusion? The Politics of Doing Feminist Research with Teenage Girls». *Ethics, Place & Environment*, 4 (2), 147-153.
- Nascimento, M. (2015). Hombres, masculinidades y homofobia: apuntes para la reflexión desde lo conceptual y de lo político. *Conexões PSI*, 2(2), 41-59.
- Nofre, Jordi (2008). L'agenda cultural oculta. Una deconstrucció de l'oci nocturn de Barcelona i els seus suburbis. Tesis doctoral. Universitat de Barcelona.

- Nolan, Nicholas (2003). «The ins and outs of skateboarding and transgression in public space in Newcastle, Australia». *Australian Geographer*, 34 (3), 311-327.
- O'neil, Mary Lou (2002). «Youth Curfews in the United States: The Creation of Public Spheres for Some Young People». *Journal of Youth Studies*, 5 (1), 49-67.
- Ortiz, Anna (2004). «Ús i apropiació de la Via Júlia i la rambla del Raval de Barcelonades d'una perspectiva de gènere». *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 44, 89-108.
- (2007). «Geografías de la infancia: descubriendo "nuevas formas" de ver y de entender el mundo». *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 49, 197-216.
- Patiño-Díe, M. (2016). La construcción social de los espacios del miedo: Prácticas e imaginarios de las mujeres en Lavapiés (Madrid). *Documents d'anàlisi geogràfica*, 62(2), 403-426.
- Pain, Rachel (2001). «Gender, Race, Age and Fear in the City». *Urban Studies*, 38, 899-913.
- Parks, K. A., & Scheidt, D. M. (2000). Male bar drinkers' perspective on female bar drinkers. *Sex Roles*, 43, 927-941.
- Pateman, Carole. (1983). "Feminist Critiques of the Public/Private Dichotomy" a Benn and Gaus (eds.) *Public and Private in Social Life*. New York, NY: St. Martin's Press.
- Pateman, Carole (1995) *El contrato sexual*. Madrid: Anthropos.
- Pérez-Orozco, Amaia (2014) *Subversión Feminista de la Economía: Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Pescador, E. (2008) *Masculinidades y población adolescente*. Inédito
- Platero, L (ed) (2012) *Intersecciones: cuerpos y sexualidades en la encrucijada*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Podmore, Julie A. (2001). «Lesbians in the Crowd: gender, sexuality and visibility along Montréal's Boul. St-Laurent». *Gender, Place & Culture*, 8 (4), 333-355.
- Quinn, Beth A. (2002). "Sexual Harassment and Masculinity: The Power and Meaning of 'Girl Watching.'" *Gender & Society* 16(3):386-402.
- Ramírez, Antonio (2004) *Violencia masculina en el hogar*. Pax, Mexico.
- Revilla Castro , Juan Carlos (2001). «La construcción discursiva de la juventud: lo general y lo particular». *Papers*, 63/64, 103-122.
- Robinson , Cara (2009). «"Nightscapes and leisure spaces": an ethnographic study of young people's use of free space». *Journal of Youth Studies*, 12 (5), 501-514.
- Rodó-de-Zárate, Maria (2013) "Gènere, cos i sexualitat: La joventut i l'experiència i ús de l'espai públic urbà" *Papers: Revista de Sociologia*. Vol. 98. Num. 1, 127-142
- (2014) "Developing geographies of intersectionality with Relief Maps : reflections from youth research in Manresa, Catalonia". *Gender, Place & Culture*, 2014, Vol.21, (8), p.925-944
- (2015a) "Young lesbians negotiating public space in Manresa: an intersectional approach through places". *Children's Geographies*. Vol. 13. Issue 4. p. 413-434

- (2015b) "Managing fear in public space: young feminists intersectional experiences through Participatory Action Research" Cahiers du CEDREF (online) vol.21.
 - (2015c) "El acceso de la juventud al espacio público en Manresa. Una aproximación desde las geografías feministas de la interseccionalidad" Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales. vol. XIX, nº 504
- Rooke, Alison (2007). «Navigating Embodied Lesbian Cultural Space: Toward a Lesbian Habitus». *Space and Culture*, 10 (2), 231-252.
- Rose, G. (1993) *Feminism & Geography*. Cambridge: Polity Press.
- Ruddick, S. (1996) 'Constructing difference in public spaces: Race, class, and gender as interlocking systems', *Urban Geography* 17:132–51.
- (2003). «The Politics of Aging: Globalization and the Restructuring of the Youth and Childhood». *Antipode*, 334-362.
- Serra, Anna (2007). «Vida quotidiana en un espai urbà transformat: El Mercadal de Girona des d'una perspectiva de gènere». *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 49.
- Shildrick, Tracy (2006). «Youth culture, subculture and the importance of neighbourhood». *Young*, 14, 61-74.
- Shildrick, Tracy; Blackman, Shane y Macdonald, Robert (2009). «Young people, class and place». *Journal of Youth Studies*, 12 (5), 457-465.
- Sortzen (2010) ¿Proposición o imposición? Diagnóstico de la percepción y opiniones sobre la violencia sexista de la juventud de los municipios de Ondarroa y Markina-Xemein.
- (2011) *Agresiones sexuales. Cómo se viven, cómo se entienden y cómo se atienden*. Vitoria-Gasteiz: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.
- Stolcke, V. (2010) ¿Qué tiene que ver el género con el parentesco?" In *Procreación, crianza y género. Aproximaciones antropológicas a la parentalidad*, edited by V. Fons, A. Piella, and M. Valdés, 319–333. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias.
- Thomas, Mary E. (2005). «Girls, consumption space and the contradictions of hanging out in the city». *Social & Cultural Geography*, 6 (4), 587-605.
- Travlou, Penny; Owens, Patsy Eubanks; Thompson, Catharine Ward y Maxwell, Lorraine (2008). «Place mapping with teenagers: locating their territories and documenting their experience of the public realm». *Children's Geographies*, 6 (3), 309-326.
- Tejerina, B.; Carbajo, D. y Martínez, M. (2012). *El fenómeno de las lonjas juveniles. Nuevos espacios de ocio y sociabilidad en Vitoria-Gasteiz*. Informes del CEIC, 004.
- Tena, Olivia (2010). *Estudiar la masculinidad ¿para qué?* En: Norma Blazquez, Maribel Ríos y Fátima Flores (ed.) *La investigación Feminista: Epistemología, metodología y representaciones sociales*. CEIICH UNAM.
- Trilla, J. (coord.) (2011). *Jóvenes y espacio público. Del estigma a la indignación*. Barcelona: Edicions Bellaterra.

- Valentine, Gill (1992) "Images of danger: women's sources of information about the spatial distribution of male violence", *Area*, 24, pp. 22± 29.
- (1993). «(Hetero) sexing space: lesbian perceptions and experiences of everyday spaces». *Environment and Planning D: Society and Space*, 11 (4), 395-441.
 - (1996a). «Angels and devils: Moral landscapes of childhood». *Society and Space*, 14, 581-599.
 - (1996b). «Children should be seen and not heard: The production and transgression of adults' public space». *Urban Geography*, 17, 205-220.
 - (2000). «Exploring children and young people's narratives of identity». *Geoforum*, 31, 257-267.
 - (2007) "Theorizing and Researching Intersectionality: Challenge for Feminist Geography." *Professional Geographer* 59 (1): 10–21.
- Vázquez; Estébanez; y Cantera (2009) *Violencia contra las mujeres jóvenes: la violencia psicológica en las relaciones de noviazgo*.
- Winton, Alisa (2005). «Youth, gangs and violence: Analysing the social and spatial mobility of young people in Guatemala City». *Children's Geographies*, 3 (2), 167-184.
- Woolley, Helen (2006). «Freedom of the city: Contemporary issues and policy influences on children and young people's use of public open space in England». *Children's Geographies*, 4 (1), 45-59.
- Wridt, Pamela (2004). «Block politics». *Children's Geographies*, 2 (2), 199-218.
- Yuval-Davis, N. (2006). "Intersectionality and Feminist Politics." *European Journal of Women's Studies* 13 (3): 193–210.